

LA MANZANA DEL
CIELO

Gregorio Sanchez Gomez

LA AMAZONA
DE CAÑAS

GREGORIO
SANCHEZ
GOMEZ

LA AMAZONA DE CAÑAS

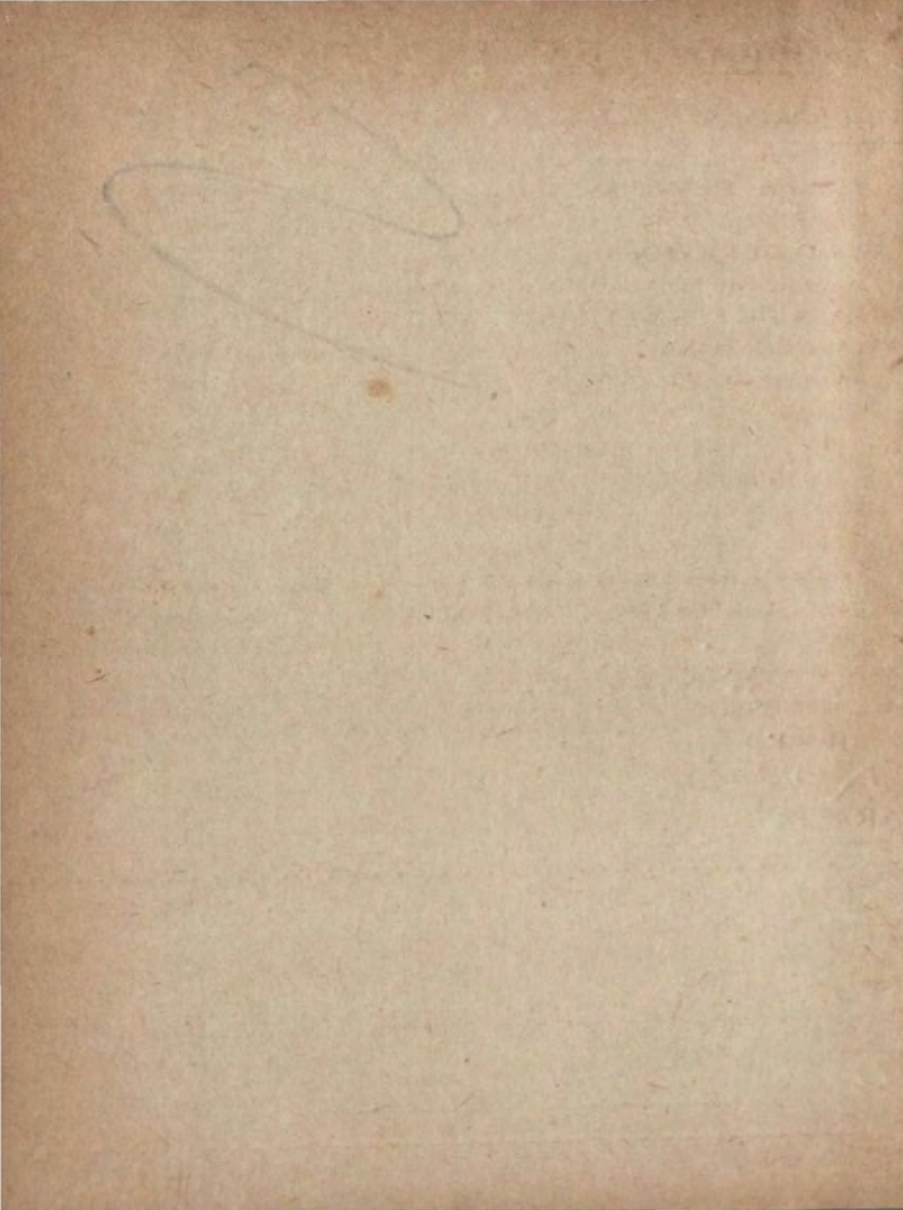
63

OTECIA CENTENARIO
NICIPIO DE CALI



009036

NOVELA



OBRAS DE SANCHEZ GOMEZ

PUBLICADAS:

LA TIERRA DESNUDA	Novela
LA DERROTA	"
ROSARIO BENAVIDES	"
(Laureada por la Academia Colombiana)	"
LA CASA DE LOS DEL PINO	"
LA VIRGEN POBRE	"
LA AMAZONA DE CAÑAS	"
EL GAVILAN	"
CASADA... Y SIN MARIDO	"
VIDA DE UN MUERTO	"
EL BURGO DE DON SEBASTIAN	"
LA BRUJA DE LAS MINAS.....	"
EL HOMBRE EN LA HAMACA	Filosofía
SOCIOLOGIA POLITICA COLOMBIANA	Sociología
FEMINA	"
PROBLEMAS SOCIALES DE COLOMBIA.....	"
LOS IMPUESTOS EN COLOMBIA	Economía
EL AHORRO	"

PARA PUBLICAR:

MAGOLA	Novela
NOVELAS CORTAS	"
LA JOVEN ENDEMONIADA	Cuentos
CAMPOS CON SED	"
OBRAS ESCENICAS	Teatro
VISTAS DE COLORES	Poesía

CUENTOS DE SANCHEZ GOMEZ

LA JOVEN ENDEMONIADA.

LA DIVINA PROVIDENCIA
EL VIAJERO Y LA NIÑA
EL ULTIMO VIAJE DE NOEL
EL HOMBRE QUE ESTABA PARADO
EN UNA ESQUINA
EL HOMBRE QUE GOLPEO A SU MADRE
VAGABUNDOS
GUTTIERRITOS
ULTIMA INSTANCIA
CANDIDO VEGA, EL HERRADOR
EUTANASIA
CLEPTOMANIA
NOCHE DE ANGUSTIA
MI CARRERA ORATORIA
EL FANTASMA



CAMPOS CON SED.

HIJO DE BEBEDOR
EL RETRATO DE LA OTRA
EL PUENTE
EL GENERAL
INTRUSO
GUAPEZA
DESTINO
VENGANZA
GRATIFICACION
MEDIO-POLLITO
EL NEGRO PORRONGO
EL INSPECTOR ORDUZ
HISTORIA DE GASTOS
CUENTO ABSURDO

MUNICIPIO
SANTIAGO DE CALI

CODIGO 2-16-53082

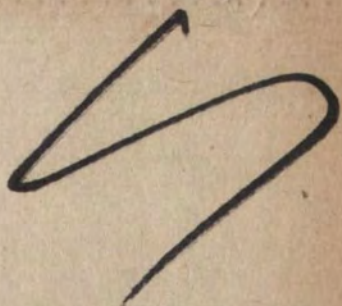
NIT.

0745



2490

GREGORIO
SANCHEZ
GÓMEZ



LA AMAZONA DE CAÑAS

NOVELA

Propiedad de

SANCHEZ GOMEZ HERMANOS

**Derechos reservados
conforme a la Ley.**

Editores:

SANCHEZ GOMEZ HERMANOS

Centenario — Calle 4ª Norte. Nº 1-29-A.

CALI — Valle — COLOMBIA — Sur América.

LA AMAZONA DE CAÑAS

I

Lentamente, echándose hacia atrás contra el respaldo del sillón abacial, mientras cerraba por breves instantes los párpados que una ligera hinchazón abotagó, Virgilio Rueda, el celebrado poeta modernista, oprimió entre sus dedos crispados la pluma de escribir y la arrojó luego con gesto de impaciente fatiga sobre la mesa.

¡Ay, no podía más! Estaba extenuado, rendido por la labor creadora, agotado por el constante y arduo parir de aquella musa que llevaba dentro; y más que todo, por el aniquilante esfuerzo que le imponía a su imaginación la necesidad convencional de ofrecerles a sus lectores y admiradores, pocos pero escogidos, los productos de su alquitara mental, —alambique de fantasía—, originales hasta la extravagancia y retorcidos hasta el delirio.

Dios solamente, contralor de todo acto humano; los libros que descansaban allí sobre el escritorio como muertos; y un gato de fosforescentes pupilas y eléctrica piel, porque Rueda, siguiendo la moda del tiempo,

tenía también su mascota que era este gato, podían saber, y lo sabían en efecto, a cuáles hondas torturas e inenarrables suplicios sometía su pobre cerebro, con el premeditado fin de enriquecer la estética contemporánea y de aumentar la pública estupefacción con el sibilismo de sus versos.

El celebrado poeta modernista, tanto más celebrado cuanto más ininteligible, gozaba felizmente de innegable talento, que en los comienzos de su carrera literaria dio frutos sencillos, espontáneos, frescos y acaso un poco pueriles, acogidos con emocionada ternura por las sentimentales lectoras. Entonces pertenecía por derecho propio a lo que llaman los clasificadores "escuela romántica", y él mismo era en verdad consumado romántico. Su firme idealismo no había sufrido mengua por causa alguna: ni por los dolores físicos, ni por las decepciones que todo hombre está condenado a padecer en mayor o menor cuantía, ni por la volubilidad y traición de las mujeres.

Mas he aquí que un día cualquiera, ¡oh fatalidad!, se dio cuenta con horror de que era preciso ingresar en la falange de los nuevos cultores de la rima, so pena de quedar rezagado en el difícil camino del arte, y por añadidura cubierto por el desprecio y la burla de sus conmlitones. Debía, ¡vive Dios!, para conservar sobre las sienes la corona de mirto que cual distintivo simbólico ciñe la frente de los vates, arrojar lejos de sí aquella palabrería arcaica, racional y tan comprensible que usaban los versificadores de antaño,

para adoptar en cambio el estilo y el léxico de los de la época y no quedarse de los últimos en la marcha victoriosa.

¡Cuántas vigiliass, cuántos sacrificios, cuántas amputaciones dolorosas del criterio le hubo de costar la indispensable transformación! Renunciar en forma irrevocable al sentido común, modificar la acepción de los vocablos, entrar a saco en el santuario de la emotividad ajena para trastornarla y de los entendimientos para volcar su tradicional contenido, y tras de todo esto reírse con mefistofélica risa de la credulidad de los demás, ¿es por ventura empresa mínima y sencilla para el hombre sincero que tiene la pretensión de querer decir algo y de continuar sintiendo a derechas?

El hecho fue que Virgilio Rueda, el celebrado poeta modernista, se acostó cierta noche por última vez con la musa romántica, y amaneció ¡oh prodigio! en brazos de liviana bayadera; mejor dicho, de ebria y contorsionada bacante. Pudo ser sueño, o pesadilla tal vez; lo cierto es que la aurora de tal día abrió con sus dedos entumecidos de rocío los párpados de un hombre nuevo. Asombrose él mismo cuando vio salir de los gavilanes de la pluma, como pompas de jabón irisadas y frágiles, y saltar sobre las cuartillas con aire de muchachitos traviesos, esas frases extrañas, cabalísticas, que luégo, más tarde, el público devoró entre torturado y atónito, persuadido por otra parte de que el poeta había subido un peldaño más en la escala de la inspiración y la gloria.

De entonces a la fecha habían transcurrido muchos días; creció su fama con menoscabo de su popularidad. ¿Qué importaba? Ahora podía ser, éralo sí, más que poeta, artista; orfebre orgulloso que sólo comprendían y apreciaban en su auténtico valor los iniciados, y que contaba además con la aquiescencia de los cenáculos. De esta suerte desviaron también su ruta no pocos bardos de sensible vena: alejándose del corazón popular y de la memoria de las doncellas, para alistarse entre los hierofantes del culto nuevo.

Con gesto cansado, de hombre que desahució la ilusión y abandonó falazmente el entusiasmo, paseó larga mirada por el espacioso aposento. El sol de esa mañana de verano entraba hasta allí como receloso, cantando pasito, a la sordina, su luminoso canto vibrante; se colaba al cuarto tras de violar el tamiz de los cristales, y traía consigo, a rastras, un hálito de vago sabor campestre metido subrepticamente a la ciudad por alguna errabunda brisa contrabandista. Largas filas de libros, alineados como soldados en amplios estantes y en lujosas vitrinas, recibían la silenciosa caricia de la luz y parecían contestar a su saludo con tenue estremecimiento. Graves, hieráticos, adustos y solemnes, algunos bustos de hombres célebres, que semejaban no haber sido en la vida más que cabezas, sugerían la ilusión de hablar desde un púlpito, desde la tribuna de sus repisas y sustentáculos, a una muchedumbre absorta y callada

Se levantó temprano, según costumbre, con el ánimo de aprovechar la hora matinal, no obstante la animada vigilia transcurrida en grata compañía de amigos y mujeres galantes. Al despertar, tras corto y ligero sueño, sintió cansancio súbito, relajación física abominable, a lo que se juntaba el entorpecimiento singular de la mente. No bebió mucho, empero; ni cayó durante la velada en excesos extraordinarios. Como puente tendido sobre el paladar, una espina aguda, rezumante de amargura salobre de agua de mar, se interponía entre la garganta y la boca.

Para combatir con la ducha fría aquella desagradable sensación, permaneció largo rato en el baño; probó la pulpa ácida de una fruta; ingirió el contenido de pequeña taza de café, y se quedó por varios minutos en extática contemplación de sí mismo, frente al espejo del armario. En el fondo del cristal, limpio y sincero como el alma en la soledad, vio la figura de un hombre en pijama, de rostro pálido, demacrado, lleno de las nacientes espigas de la barba; los ojos brillantes y ardientes; la boca sensual fruncida por acerba mueca de hastío.

Finalmente se encaminó al cuarto de trabajo, a continuar la elaboración de aquel poema ultraísta, sobrenatural y macabro, que lo traía desvelado hacía algunos meses y en el que pensaba verter toda su desolada filosofía de poeta cerebral, fascinado e inquieto por el eterno enigma de la muerte.

Y allí estaba, sí; o peor aún, no estaba, puesto que lo que había junto al escritorio, hundido en el sillón abacial, era un cuerpo sin bríos, un organismo que consumía el desgaste continuo. Le parecía que dentro del doliente cráneo de donde extrajo tanta riqueza lírica, tenía únicamente un puñado de estopa.

En vano intentó, con firme propósito de la voluntad, concentrar el pensamiento en algo preciso, ordenar dispersas ideas, tener, en fin, noción clara y concreta sobre un tema cualquiera que por su originalidad y belleza le permitiese añadir un eslabón más a la cadena de sus construcciones retóricas. En cuanto al poema, ni pensarlo. Si algo se le ocurría eran futilidades, pobres lugares comunes, imágenes andrajosas y mendicantes; hasta las palabras huían de la memoria debilitada. ¡Qué tortura, Dios Santo, qué cruel tortura espiritual!

Decididamente, esa mañana no podría escribir una línea. Se hallaba dominado por el transitorio colapso mental, común a los escritores que hacen mucha faena, y que los sume en ciertos días en verdadera impotencia creadora; pero no era esto nada más: su entorpecimiento era tan agudo, su cansancio tan hondo, que, cogiéndose entre las manos la dolorida cabeza, hubo de pensar asustado en su situación.

Estiró el brazo hacia el costado derecho del escritorio, para oprimir con nervioso afán el botón del timbre. Transcurridos breves instantes la puerta de la habitación se abrió suavemente, dando paso a un in-

dividuo de indefinible edad y aspecto sonriente, vestido con cierta negligencia.

—¿Me llamó, Maestro? Buenos días —dijo con solicitud cariñosa, fijando en el poeta sus ojillos inquisidores.

Tras de corto silencio el poeta contestó, como si regresara de un sueño poco agradable:

—Hoy me siento mal, Pedro; creo que debo ver al médico. Hágame el favor de avisar que preparen el automóvil.

Dijo lo anterior con tono tan fúnebre y aire tan desolado, que en el rostro del Secretario se reflejó al punto la expresión del alarma.

—Supongo que no será cosa grave —aventuró con visible inquietud.

—No sé... Tal vez no... Pero me preocupa mi estado. Mire: hace media hora estoy aquí, haciendo esfuerzos desesperados por comenzar una cuartilla, y no puedo. ¡Es horrible, créame! Es peor que un suplicio chino.

—Peor que un suplicio chino, en efecto —repitió como un eco el Secretario, mirando lleno de consternación al blanco montoncito de papel colocado sobre la mesa.

No había señal alguna de escritura; aquello parecía más bien diminuto cementerio: cadáveres, cosas que no llegaron a vivir, que se quedaron transitoriamente sumidas en el limbo de lo frustrado, en la vaguedad

de lo informe. Y Pedro pensó que se hallaba ante repentina catástrofe, y que a su fervorosa y fanática admiración por el hombre que tenía delante se juntaba ahora, en el instante fugaz que estaba viviendo, un dolor recóndito y angustiado.

—¡La salud! —exclamó Rueda con reconcentrada vehemencia—. ¿Qué es un escritor sin salud? Y sin embargo, hay algunos tan abnegados que no sólo se resignan a perderla sino que hacen de ello incluso motivo de inspiración.

—¿Motivo de inspiración? —preguntó asombrado el Secretario.

—¿No sufren, pues, del hígado los productores de panfletos? ¿No es mala circulación lo que hace concebir sus obras a los poetas elegíacos?

—También el estómago... según dicen los médicos...

—Oh, el estómago; ése es el peor enemigo —aseveró el poeta con súbito mal humor, como si la evocación de tan prosaica víscera le hiciese recordar que también a él se le encalambraba por ratos—. ¡Quién creyera que el vientre y el corazón, que es como si se dijese los extremos, son los ejes sobre que gira la existencia humana!

Tras de una pausa, continuó:

—Comer y amar, atiborrarse de viandas y de satisfacción sexual, he aquí el fondo de la vida. Si no fuera por el cerebro, por la inteligencia, ¿en qué quedaría

este pobre sér que es el hombre, colmado de necesidades tristes e inconfesables miserias?

Decidiendo de pronto ponerle fin a aquella charla patológica, y temeroso de que sus palabras fueran un disolvente para el optimismo de su interlocutor, por lo mismo que conocía su índole impresionable y sensible, Virgilio Rueda se calló, abismándose de nuevo en sus preocupaciones, mientras Pedro Fernández, el Secretario, salía a darle cumplimiento a lo ordenado.

Media hora después, lo que tardó en vestirse y en recorrer el trayecto que separaba su casa de la clínica, el poeta se hallaba en grave consulta de salud. Este acto, que para la generalidad es sencillo y corriente, tenía para él importancia inusitada, y significación trascendental. Entre tanto que el médico, su amigo, lo examinaba con profunda atención, inclinado sobre el cuerpo expuesto hasta la mitad, auscultándolo, palpándolo con energía, Rueda pensaba en el diagnóstico que iba a escuchar dentro de poco, favorable o adverso, seguramente adverso, y una zozobra misteriosa le acongojaba el ánimo. Su semblante se había cubierto de tenue palidez, sobre la que resaltaba como flor esa otra palidez que es la sonrisa de los que sufren, y que en los labios de Rueda tomaba expresión amarga y henchida de tedio.

—Bien —dijo el médico, ayudándole a incorporarse—: su caso es delicado, Virgilio: abusó de su organismo, y ahora la naturaleza se venga,

—¿Tan grave es en verdad mi estado? —inquirió el poeta tratando de dominar la emoción.

—Grave, sí, pero no desesperado. Primero la neurastenia; la consunción después, que es como la muerte. En sus manos está, ahora que es tiempo, atajar el mal y salvarse.

—A eso vine precisamente.

—Pero no basta venir. Ya le advertí varias veces que es peligroso continuar la vida que lleva: usted se consume por todos lados, como bujía prendida por los dos extremos, y cuando llegue a la conjunción... ¡El desastre, querido! Tengo el deber de decirle, pues, como médico y amigo, que con el absurdo sistema de consumir sin medida fuerzas cerebrales y energías amorosas no tardará en presentarse lo que tengo previsto.

—¿De modo que usted cree...?

El médico lo miró con sorna, y respondió:

—Debe someterse a un tratamiento; mañana, hoy mismo si es posible. Ante todo, es indispensable apagar uno de los extremos de la bujía; o ambos, si es usted capaz de ello. No se trata de drogas. Lo que le amenaza es algo terrible, ya lo sabe: el "surmenage", un posible reblandecimiento, acaso la locura. Hay que recurrir, por lo tanto, a remedios heroicos.

—Dejar las mujeres no importaría —murmuró Rueda distraídamente, como si sostuviese monólogo triste—; pero, ¡renunciar a escribir!

—Sin duda es gran sacrificio para usted, lo comprendo. Nadie, sin embargo, más que usted mismo, puede hacer tal sacrificio; ninguno podría hacerlo en su lugar.

—¿Y qué me aconseja?

—Que deje la ciudad una temporada. Permaneciendo en ella incurriría diariamente en la tentación. La ciudad lo satura a uno de su esencia, de su veneno; nos inculca hábitos imperiosos, nos colma de necesidades que son como la propia vida. Váyase a un pueblecito tranquilo, donde no haya ruidos ni esté expuesto a emociones violentas; donde en el sosiego de unos días apacibles pueda recuperar las fuerzas perdidas.

Al cabo de un rato, el médico interrogó:

—¿Cuándo piensa partir?

—¿Eh? —dijo Rueda cual si le acabaran de dirigir absurda pregunta—. ¿Imagina usted que esto se resuelve en un rato?

—Saldrá mañana —replicó el médico con firmeza—. . . . Bueno, dentro de tres días, para que haga sus preparativos. De lo contrario, le advierto que no asumo responsabilidad.

Se estrecharon las manos, y Rueda regresó a su casa, meditabundo. El resto de la mañana lo pasó metido en su cuarto de trabajo, lo mismo que fiera enjaulada, yendo y viniendo a la manera del hombre que se convirtió en movimiento. La idea de tener qué ha-

bitar, siquiera por pocas semanas, un lugarejo de provincia, lo llenaba de espanto. ¿Cuál sería su vida en la aldea, entre paletos ignorantes y suspicaces, entre campesinos sandios que apenas saben hablar, asediado día y noche por la curiosidad parroquiana y por el chisme local, viendo desfilar las horas lentas y monótonas que arrastran los pies cansados y elefantiacos por las solitarias calles, y siempre, como maldición, clavado en la mente el recuerdo torturador de la ciudad amada y distante?

¡Ay, cuánto le costaba el amor de aquella musa fecunda, insaciable y lúbrica, y ese otro amor humano, dulce y mortal, que lo empujaba hacia los voluptuosos regazos femeninos, embriagadores como el licor y enloquecedores como el tóxico!

A la hora del almuerzo, con el tono lúgubre de quien da una mala noticia o enuncia una desgracia, Rueda puso en conocimiento de su Secretario el concepto del médico.

—¡Imagine —concluyó—, imagine el triste papel que vamos a hacer en un caserío! Pareceremos ánimas solas, y hasta es posible que espantemos, porque no nos quedará más recurso que aislarnos y convertirnos en entes misteriosos.

—Ah, ¿de manera que el doctor cree que yo también debo ir?

—No lo cree el doctor, hombre; lo pienso yo.

—Pues es cosa hecha. Lo que usted disponga y ordene.

La verdad es que a Pedro Fernández no le parecía tan terrible el asunto como al poeta, ni tan desesperada la situación. Amaba la ciudad también, pero muchas veces había pensado que por buena que sea la ciudad es conveniente dejarla de cuándo en cuándo para apreciar mejor su sabor. De idéntica suerte, en amores parece cosa averiguada que se paladea más intensamente la dulce almendra pasional cuando los protagonistas tienden entre ellos largo puente de ausencia.

Allá en las interiores praderas del alma del Secretario, apacibles y arcádicas, triscaban unos jubilosos rebaños: sus escondidos deseos de vida bucólica. ¡Ah, el campo! No podía explicarse por qué, siendo tan verdadero poeta como lo era, Virgilio Rueda no sentía afición por el agro. Sin duda, la civilización lo había corrompido.

—Encárguese usted de arreglarlo todo —dijo el poeta, como si ordenase la preparación de unos funerales—. Cuando todo esté listo, me avisa. Ya lo sabe: dentro de tres días.

Y los dos hombres, tan regocijados de ordinario a la hora de alimentarse, acabaron aquel almuerzo en medio de profundo silencio.

II

Congestionado, empapado en sudor, bufando de fatiga dentro del vestido de viaje, Pedro Fernández descendió al andén, y colocó un instante las maletas sobre el pavimento. Volvióse en seguida hacia el estribo del vagón, para ayudar a descender a su compañero.

—¿Queda muy lejos el pueblo? —inquirió Rueda, sin aceptar el apoyo que el Secretario le ofrecía y saltando ágilmente del tren.

—Media hora en automóvil, según informes.

—Menos mal; temía que fuese preciso subirse a horcajadas sobre el lomo de cualquier áspero rocín.

—Eso será más tarde —pronóstico Pedro con sonriente gesto de persona que espera dar grandes sorpresas—; cuando ya estemos en el terreno. Por lo que alcancé a columbrar, hay aquí yeguas magníficas. ¡Qué jacas, Maestro!

—Habla usted como un chalán, Pedro.

—Perdón, quise decir corceles; o si lo prefiere, pegasos.

—Habrá comprendido que no me refiero a su lenguaje tanto como a su entusiasmo hípico. Modere sus bríos. ¿Acaso está seguro de que el primer jamelgo que cabalgue le ha de soportar tranquilamente sobre los lomos?

—Eso ya lo veremos.

—¿Es usted buen jinete?

—Cuando muchacho, montaba en el palo de la escoba y en las espaldas de los compañeros de juegos. Nunca he salido de la ciudad por más de unas horas; y como de la ciudad han desterrado al caballo...

Subieron al auto que les esperaba, previa orden del Secretario para que despacharan los equipajes, y emprendieron la marcha. El camino por donde iban es un carretero estrecho, de menuda grava, con muchas vueltas, lleno de trecho en trecho de casitas alegres y uno que otro bohío desmantelado. En algunos puntos se veía tenduchos flamantes y abigarradas licorerías. Una vegetación espesa, lujuriosa, de verde escalonado, pues se veía desde el color obscuro intenso hasta el matiz más tierno, se alzaba a lado y lado de la vía, como enlazándola en potente abrazo. Sobre los altos árboles de troncos gruesos y nudosos y copas espesas, colmadas del vino de las hojas, prevalecían las empinadas palmeras, finas y gallardas, semejantes a mujeres curiosas que se levantan sobre las puntas de los pies a otear el enigmático horizonte. Más abajo estaba la algaida, la maleza, esa hierba profusa que se extiende sobre el terreno, ocultándolo, que abriga poblaciones extrañas de insectos y reptiles, y que en ciertos lugares alcanza tal altura que puede superar la de una res y hasta la de un hombre.

Cuando se cruzaban con otros vehículos, raudos y estridentes, igual que dos exhalaciones contrarias, nu-

bes de polvo los envolvían y sofocante olor de gasolina quemada les llenaba las dilatadas narices.

Todo el paisaje parecía sucumbir bajo la garra inclemente de la canícula. Un sol llameante, colérico, vertía sobre los campos el ardoroso rocío de su luz blanca y esplendorosa que cegaba los ojos. A su caricia exaltante, el follaje se enardecía, tomando un brillo metálico, de oros viejos en combustión y de esmeraldas sometidas a la influencia de un fuego aniquilador. El sopor de la naturaleza era tan completo, que hasta las cigarras habían callado.

—Más a prisa, chofer —clamó Rueda de repente, medio asfixiado, ávido de encontrar alguna frescura en la velocidad y dirigiendo una mirada, entre compasiva y envidiosa, a su Secretario, que a su lado y apoyándose en los cojines de hule se había adormecido lo mismo que una criatura.

Sonrió burlonamente viendo de qué modo sudaba bajo el ladeado sombrero de paja, y emitía pausados ronquidos. Luégo su sonrisa fuese desvaneciendo en la contemplación melancólica del fugaz panorama. Avanzaban entonces por entre una llanada que el hombre apartó, pues se veía por dondequiera el lindero natural de agresivas púas o la división artificiosa de guadúa y de alambres. Verdeaban los potreros, sonreían como una promesa las sementeras; aquí y allá, dispersas, o dando su sombra paternal a las casitas rústicas, ceibas enormes extendían el fastuoso toldo de su ramaje.

¡Ah, cuán felices debían de ser en ese momento los ganados que seстеaban bajo los árboles! De buen grado se echara también al amor de aquella dulce sombra proyectada por el follaje, a rumiar el descanso y la paz que reflejaban en sus grandes pupilas. Pero pensó en seguida que su confuso anhelo de dicha rural no era más que una ilusión producida por la velocidad. Cuando se va en tren o en automóvil el paisaje cobra aspectos inéditos, y por desolado que sea nos inspira siempre interés. Quisiéramos detenernos a permanecer allí por mucho tiempo, acaso por el resto de la vida, ávidos de una felicidad agraria más soñada que real, concebida al calor de la fantasía y de nuestra propia sugestión. ¿Quién, asomado a la ventanilla de un vagón, o por los cristales de un automotor, no ha sentido esa ternura recóndita y pantéista que produce el espectáculo pasajero de un escenario agreste? ¿Quién no ha paladeado con emocionada fruición el vientecillo cordial que llega entonces de los campos, impregnado como un pañuelo de los aromas vegetales y del aliento fragante que exhala el tibio seno de la tierra?

La brusca parada del automóvil, que despertó también bruscamente al Secretario, lo hizo dejar sus reflexiones. Frente a ellos, una casa sencilla, de un solo piso, con la fachada pintada de verde, parecía darles la bienvenida.

—¿No es aquí donde usted me indicó? —interrogó el motorista dirigiéndose a Pedro,

—Sí, aquí es; muchas gracias, amigo.

Se volvió hacia el poeta, y añadió con cierta solemnidad, cual si hiciese una presentación:

—Esta va a ser su residencia, Maestro; nuestra residencia. Espero que no le disgustará.

Iba a expresar Rueda su complacencia cuando la puerta se abrió, apareciendo en el quicio la figura de una mujer de heroica estatura, gorda y sonriente como ha de ser sin duda la dicha humilde de los que no abrigan en su alma absurdos deseos, ni ambiciones fantásticas, ni sueños descabellados.

—He ahí el ama de llaves —continuó diciendo Pedro Fernández—; creo que es lo mejor que he podido arbitrar en materia de servicio doméstico.

La mujer habló, con voz dulce y afable:

—¿Han llegado bien los señores?

—El señor ha llegado bien, Petronila —respondió el Secretario, indicando con una ligera reverencia al poeta que la contemplaba con curiosidad—; muchas gracias.

Mientras ascendían la pequeña gradería que daba acceso al penumbroso corredor delantero, enclaustrado por columnitas de cedro donde se prendían copiosos festones de verdura, Rueda iba diciendo:

—Veo que está en todo, Pedro. No ha olvidado el horror que me inspiran los hoteles, y particularmente los de pueblo. En cuanto a la vivienda, no podría hallarla más de acuerdo con mis deseos. Aquí, a la en-

trada del lugar, un poco apartada del caserío, esta casita es encantadora. Seremos entre campesinos y aldeanos.

—Entre síquicos y bucólicos —corroboró Pedro, no encontrando calificativo más adecuado que el de “síquicos” para designar a la gente ciudadana.

En el interior de la morada abundaban las comodidades; por este aspecto, Virgilio no echaría de menos la urbe; lo único que faltaba eran libros: parecían estar desterrados implacablemente de allí. Nada se veía tampoco que pudiese excitar en forma material el deseo de escribir; por el contrario: las cosas simulaban estar dispuestas de tal suerte que solo invitasen al ocio y a la vida vegetativa.

Escoltado por la voluminosa mujer, el Secretario se fue a dar órdenes, asumiendo de lleno sus administrativas funciones. Rueda, entre tanto, en la habitación privada que le tenían lista, se dejaba caer con cierto desaliento sobre un sillón. Así permaneció largo rato, absorto en un análisis introspectivo. Se compadecía él mismo, y se preguntaba qué diablos iba a hacer en aquel retiro, dulce y sosegado sin duda, pero donde se vería condenado a ver pasar los días como un perfecto idiota, en la desocupación más completa, sin poder escribir, sin poder leer, privado en absoluto de sociedad intelectual y abrumado por la nostalgia de la ciudad remota cuyos rumores persistían en su mente como el ruido del mar en el fondo de un caracol.

Abierta sin reservas sobre la campiña inmediata, una ventana baja, cuyo amplio marco recortaba geométricamente un trozo de cielo reverberante, de un azul furibundo, permitía divisar buena cantidad de paisaje.

Esa tarde, después de la siesta, estaba el poeta acodado sobre el alféizar, contemplando el sereno cuadro campestre, cuando Pedro Fernández entró a darle noticias.

—Acabo de regresar de la calle —dijo, enjugándose el sudor con trágico gesto y desplomándose de golpe sobre un taburete—; salí después de almorzar, y he recorrido varios kilómetros en tres o cuatro cuadras.

—¡Qué bárbaro! —exclamó Rueda volviéndose—; se tuesta por gusto. Sólo a usted se le ocurre meterse en estado normal bajo semejante lluvia de plomo. Bueno, y ¿qué hay por el pueblo?

—Por lo que he podido apreciar, en materia de monumentos sólo contamos con nuestra ama de llaves. En la plaza hay un templo. Ah, una pila también, de insoportable sequedad.

—¿Y ha visto a los vecinos?

—En el Estanco encontré algunos tipos que me reportearon en el acto. Gente simpática e interesante. Mi colega, el Secretario del Alcalde; un tal doctor Jerjes, que dicen que es abogado; y dos o tres más, Ya sabían todos que estábamos aquí.

—¿Cómo! ¿Me conocen? Supongo que no habrá cometido la indiscreción...

—Nó; creen simplemente que somos dos forasteros sin importancia. El chofer que nos trajo le contó a una amiga suya nuestra llegada, y ésta se encargó de propalar la noticia.

Rueda volvió a hundir su mirada en el panorama, cayendo de nuevo en éxtasis. El rabioso fuego solar claudicaba ya, asediado de brisas, desmadejándose en el vasto palenque de la tarde. Infló los pulmones, para absorber mejor la suave caricia de aire fresco, y un gran suspiro de alivio se fugó de su pecho.

—¿Quiére dar un paseo, Maestro?

—¿Por el lugar? Nó, gracias. Prefiero permanecer aquí en esta atalaya.

—Iremos por el campo; vagaremos, sin alejarnos mucho, por los contornos.

Rueda se decidió súbito, y salieron. Ante ellos se abría el camino, sinuoso, pero, en aquella parte que quedaba aldeaña al pueblo, extendido cual una cinta recta que se perdía a lo lejos. Una doble muralla de vegetación, interrumpida aquí y allá por anchos descampados estrechaba con su cinturón de follaje el riñón de la vía. Algunos pájaros profetizaban con triste cantar el advenimiento de la noche.

Se desviaron por un sendero natural, saliendo más adelante al abierto campo de una dehesa.

—¿Quién será el dueño de esto? —quiso Rueda saber, parándose un momento para contemplar la irregular explanada que tenía ante él.

Y contó mentalmente, irónico, hasta una treintena de reses, lucias y gordas, que dispersas a su capricho punteaban de manchas blancas el llano. Comenzaban a reunirse, bajo el instinto supersticioso que despierta el crepúsculo, y alzaban hacia el espacio sus melancólicas pupilas como en una oración muda y angustiada.

El Secretario se encogió de hombros, sin responder, acaso porque no le interesaba el asunto. Ah, de seguro el inmueble hacía parte del activo de algún intrépido propietario de la localidad. Pero exclamó en seguida, repentinamente entusiasmado, fijando los ojos en el lugar por donde se ponía el sol:

—¡Qué hermoso atardecer! ¡Cómo se me ensancha el pecho ante este crepúsculo!

Se puso a declamar a continuación unos versos de Rueda, un poema futurista, esotérico y matemático, en que el artista había vaciado, tomando por tema la hora vespertina, su nueva y moderna concepción de la poesía.

Cuando recitaba con más calor, contorsionándose como un poseso, y seguido con regocijada mirada por el poeta, a quien sin duda divertía el devoto homenaje de su Secretario, una risotada burlona lo interrumpió groseramente. Volviéronse ambos sorprendidos, y des-

cubrieron a poca distancia, junto a unas matas, un hombre cuya presencia no habían advertido hasta entonces.

El individuo estaba tendido boca abajo, acodado sobre la hierba, y con la cara cogida entre las palmas de las manos. Tenía todo el aire de un vagabundo, por su traza personal y por su indumento.

—¿Qué jerigonza es esa, caballero? —preguntó dejando de reír, adoptando una expresión cándida, con la que contrastaba de manera chocante su modo de mirar cínico y desenfadado.

—¿Cómo se atreve usted, beocio, a calificar de jerigonza una producción del genio? —respondió Pedro indignado—. ¿Quién es usted para que se permita tal libertad?

—No sé qué es eso de beocio —advirtió el extraño sujeto frunciendo el ceño—, pero me parece que no es nada ofensivo, ¿eh?

Rueda intervino, encantado.

—Tranquilícese, buen hombre. La palabra “beocio” no le ofende a usted. Pero dígame: ¿a quién pertenecen estas dehesas?

El vagabundo se incorporó.

—Son de don Timo —explicó con cierta satisfacción ostensible.

—¿Y quién es don Timo?

—¿Don Timo? ¡Ah! Pues don Timo es don Timo. El señor más rico del pueblo. Si quiere otros datos le

diré que es el padre del doctor Jerjes. A mí también me pertenecen estos potreros porque yo los cuido de balde.

—¡Qué injusticia!

—¡Cómo! ¿Injusticia que me pertenezcan? ¿Injusticia que los cuide?

—Nó; que no tenga sueldo.

—Nunca se lo he exigido a don Timo; pero me compenso paseándome por aquí libremente. ¿Lo oye usted caballero? ¡Libremente! —añadió pronunciando esta última palabra con extraña voluptuosidad. Como el doctor Jerjes es mi amigo, me permite andar por sus predios. No hay riesgo de que me molesten los gendarmes.

—Ni hay motivo, supongo —aseguró Rueda.

—Sí, no hay motivo —convino el sujeto sonriendo de modo singular, y agradeciendo a su modo el hipotético concepto de su interlocutor—. Tan cierto como que me llaman Ochodados.

Agregó a quemarropa:

—Ustedes también se pasean ¿eh? Bien hecho. De hoy en adelante pueden pasearse todo lo que quieran.

—¡Ya lo creo! —dijo el poeta.

—¿Así que nos da usted su permiso para efectuar nuestras excursiones peripatéticas? —peroró con imprevisto énfasis el Secretario—. ¡**Sancta simplicitas!**

Como si nada hubiese oído, el vagabundo hizo un doble saludo a lo militar, primero con la diestra, luego con la siniestra, lo que les permitió observar que en cada una de sus manos le faltaba el dedo anular. Dio después media vuelta, y se alejó. Caminaba con lentitud, metidas las garras en los bolsillos, silbando el estribillo de una picaresca canción que le había aprendido a Piernona.

—¡Curioso tipo! —comentó concisamente el poeta.

—No me gusta nada; tiene aspecto de ser un perfecto fascineroso.

Continuaron su marcha, despacio, aspirando a todo pulmón el aire embalsamado de intensa fragancia campesina. Una brisa muy agradable repartía con generosidad de mujer pródiga todo el perfume que se había robado en los huertos. Olía a tierra tibia, a mies madura, a exquisitas frutas en sazón. Y los embriagaba esa indefinible sensación de ternura que suscita en los ánimos la llegada de la nocturna paz.

Aún persistía en el lejano horizonte el agónico resplandor diurno. En la purpúrea hoguera del sol que zozobraba más allá de las arboledas, en el límite del paisaje indeciso, hundiéndose como hostia de sangre en el copón de las colinas distantes, se bañaban con estridentes gritos algunos pájaros rezagados. Una lucha oscura se trabó entre las tinieblas y la luz.

—Regresemos —dijo Rueda al cabo de un rato—; por hoy hemos paseado bastante. No dirá mi médico que no cumplo sus prescripciones.

Y echaron de ver, alzando los ojos al cielo, que éste se había poblado de fuegos. Abajo, densa sombra los envolvía. Arriba, hasta donde sólo podía subirse por la escala de los sueños, millonadas de rutilantes estrellas inflamaban el espacio con su lumbré diamantina. El Argos celeste parecía beberse la tierra por sus ojos innumerables.

Pedro lamentó que no fuese noche de luna; de serlo, pudiesen apreciar mejor el paisaje y andar con más seguridad; no como iban ahora, tropezando a trechos con raíces de troncos y exponiéndose a dar de narices a cada instante contra los cuernos de alguna res echada en el llano.

A poco andar, el ambiente se aclaró, adquiriendo tenue diafanidad. Volvieron a salir al camino. Un silencio vasto y profundo comenzaba a extenderse sobre los campos, colmándolos de alucinante quietud.

—¿Qué hora será? —dijo Pedro de pronto.

Se les había hecho tarde sin advertirlo; ni siquiera se les ocurrió pensar en todo ese tiempo, que se encontraban sin cenar.

Rueda no contestó. Avanzaba maquinalmente, absorto en sus reflexiones. Tal vez su cerebro elaboraba en aquel momento, en sus retortas misteriosas, alguna nueva creación estética.

Tal como solía acontecer siempre que hablaba como poeta, o rumiaba su ensueño, suscitando entonces el religioso respeto de su Secretario, éste concluyó por callarse también. Y así, el uno como el sér, el otro como la sombra del sér, recorrieron el trayecto que aún los separaba de la casa, y entraron en ella con gran satisfacción del ama de llaves, que empezaba a sentir inquietud por su tardanza.

III

Muy temprano esa mañana Pedro Fernández se levantó, galvanizado por un propósito concebido y madurado desde la víspera. Petronila le había contado que en los charcos del río se criaban peces en abundancia, y que su captura era un juego de niños. ¡Ah, pescar! ¡Sentir la inquietud que despierta la expectativa! ¡Darse cuenta con cierta fruición cruel, de que un sér misterioso se agita desesperadamente bajo el agua, obligado a nacer a una nueva vida: a la de la luz, a la del aire hostil que significa para él la muerte!

Provisto de una vara rústica a cuyo extremo se anudaba el hilo traidor; metida la extremidad de arriba en un casco blanco, y las de abajo en ceñidas polainas, salió a campo traviesa cuando ya el sol comenzaba a escalar la comba celeste. Buen día. Como de costumbre, se alegraban los pájaros infatigables, contentos del buen tiempo, y la tierra sacaba, para perfumarse, un puñado de aromas frescos.

Largo rato marchó, tratando de orientarse. Se cruzaba aquí y allá con algunas gentes, campesinos ingenuos que lo saludaban con afabilidad respetuosa, un tanto admirados de su traza. Las chagras se sucedían a ciertas distancias, conmovidas por el principio de las faenas.

Pedro echó de ver que en un buen trayecto se dificultaba su andar, debido a las lindes artificiales de las parcelas; abundan el alambre de púas, la cerca de cactus, el valladar de entretejida guadúa, semejante a imbricada red vegetal. Sobre una de esas trincheras que alzó el derecho de propiedad, un gallo petulante, sacando el pecho de tenor, promulgó victoriosamente la hora. En seguida descendió cual una flecha, a fecundar una gallina.

Desde donde se hallaba, límite de una finca rural, en parte dehesa y en parte cultivada, podía observar el espectáculo siempre interesante de la actividad campesina. Algunos hombres trabajaban la gleba; otros lidiaban el ganado, vestidos de vaquería. Se apoyó de codos contra el borde del cerco, empinándose un poco sobre los pies, y permaneció durante algunos minutos mirando la escena. En el ancho corral un toro en celo quería asaltar una novilla, opulenta y arisca, y esto excitó por algún tiempo las exclamaciones y la risa ruda de los labriegos. Bajo la mañana de estío, henchida de nacientes ardores, todo parecía estimular los instintos lascivos.

—¿A dónde va el gringo? —preguntó un vaquero curioso, que lo descubrió, confundiéndolo por el casco con algún extranjero.

—Estoy buscando el río —respondió Pedro sin cambiar de postura—. ¿Quiére hacerme el favor de indicarme el camino?

—Hay qué volver a la carretera, y seguir por ella un buen trecho; es la vía más corta. Pero, dígame, **míster**: ¿es asunto de minas?

—Nó, amigo; nada de eso; ni tampoco soy. lo que cree. Deseo pescar un poco, únicamente.

—Ah —dijo el otro, cual si le pareciese un motivo pueril el que llevaba por allí al intruso—; seguro que usted es forastero. Bueno, como le digo: vuelva al camino principal, y siga derecho. Pronto dará con lo que necesita.

Pedro continuó su ruta, no tardando en llegar a sus oídos un rumor sordo de aguas corrientes. La vegetación se apretaba en aquella parte, densa y nutrida, a manera de una gran cabellera verde.

Un descampado, entre la tupida arboleda, le dio acceso hacia el río. No era un caudal ingente, como el de las grandes venas fluviales, pero sí lo bastante ancho y profundo para ser más que una quebrada. Heridas por el sol matinal, las aguas oscuras, cuyo matiz sombrío agravaba el reflejo profundo del follaje de las márgenes, iban deslizándose con la blandura fálaz de una serpiente silenciosa.

Cincuenta metros más arriba de allí, después de unas peñas quemadas que el sol depiló de su cobrizo vello de líquenes, y cuya calvicie morena las hacía parecer cráneos mondos de viejos mohanes indios, un alto barranco orillado de hierba confusa, amarillo y gredoso, se alzaba cual un pequeño acantilado sobre

el curso del río. A sus pies, un cilanco hondo, tan hondo que casi perdía su transparencia, copiaba difusamente un grupo de sauces inclinados sobre el remanso.

He aquí un charco —se dijo—. ¡Magnífico! Echaré en él mi anzuelo.

Acomodándose lo mejor que pudo, tendió su vara y esperó... Media hora después, quien hubiese pasado por tal lugar habría podido ver, colgantes las piernas, descubierta la testa y dilatados los ojos por la atención, a un hombre absorto y mudo que escrutaba el cilanco con mirada de loco. Pedro Fernández parecía, en verdad, un iluminado; más que un atrapador de peces, tenía el aire de ser un pescador de quimeras. A su lado, contorsionándose sobre la tierra seca, dos docenas de grandes sardinas daban convulsivos saltitos, próximas a perecer asfixiadas de un momento a otro.

Satisfecho de su tarea, se levantó al fin con las piernas un poco entumecidas, y luego de recoger su botín echó a caminar por la ribera, en dirección contraria a la de las aguas. De ahí en adelante la arboleda se hacía más espesa, y la corriente parecía disminuir en velocidad. Llevaba ya un buen trecho recorrido cuando, al salir a un claro, percibió un rumor, como de alguien que chapotease. La verde cortina vegetal que ahora tenía delante le impedía ver el río, pero un caminito natural señalaba la ruta para llegar a él. Metiose por ahí con cautela, y, de improviso, un espec-

táculo inesperado se ofreció a sus ojos: en medio del río, en un remanso sobre el que daba el sol de lleno, una mujer de singular hermosura se bañaba tranquilamente. El "maillot" que ceñía sus formas permitía apreciar bien la belleza de su cuerpo sumergido hasta la cintura.

Atónito, presa de extraordinaria emoción, Pedro Fernández retrocedió, dejando caer los arreos de pesca, para ocultarse tras del matorral inmediato. La fascinante escena lo atraía con fuerza invencible. De pronto, la mujer se volvió. Era indudable que se creía sola en aquel paraje, y pudo ver entonces que a su sorprendente hermosura unía una belleza de facciones poco común. Dábale el sol de plano en el rostro, obligándola a contraer los párpados graciosamente, poniendo en sus cabellos oscuros un luminoso resplandor; bajo la exaltante luz, brillaban con apariencia de flor que humedeció el rocío, sus mejillas morenas y sus labios bermejos llenos de la temblorosa caricia del agua.

Dio una zambullida brusca, y emergió de nuevo, triunfante y gozosa. Ahora reía, enseñando unos dientecillos blancos como dientes de negro, rutiladores como mojado aljófaro. Al alzar los brazos en arco sobre su cabeza, como para coronarse ella misma, en escorzo gimnástico, pronunciáronse bajo la tela frágil del "maillot" los altos pechos, y se encendió un momento, bajo las axilas, un relámpago negro.

Pedro miró involuntariamente hacia la orilla opuesta. La presencia allí de un montoncito de ropas lo hizo pensar que era realidad aquello, y no sueño. Con todo, aún tenía sus dudas; su temperamento poético, su índole romántica, soñadora y sentimental, inclinábanlo hacia lo absurdo, hacia las hipótesis del ensueño. Y cual un torbellino acudieron a su cerebro las imágenes de cuanto bello y fabuloso había conocido en los libros de los poetas y en los tratados de mitología.

¿Será una mujer? ¿Será una ondina? —díjose perplejo hasta la raíz del cabello. Y como su fanática admiración por Rueda, el Maestro, no le permitía saborear él solo la pagana visión, lamentó de veras que éste no se hallase presente. ¡Ah, qué soberbio poema le habría sugerido tan encantador espectáculo!

Cuando, concluido su baño, la mujer hubo ganado la orilla, vio que era una muchacha, casi una adolescente. El corto cabello, lacio por la humedad, se le pegaba a las sienes. Todo el cuerpo embebido resaltaba ahora en forma ostensible, adquiriendo por la gracia de los movimientos un ritmo de música y una geometría ondulante de alas.

Advirtió Pedro que iba a vestirse, confiada y sin falsos pudores, y se retiró como un caballero antiguo.

Por la noche, a la hora de la merienda, y mientras saboreaban la pesca, que Petronila adobó con arte magistral, Rueda se quejó de la forzada inacción mental a que se veía condenado.

—Esta es una tortura, Pedro; un tormento auténtico. ¡Tener qué prescindir de los libros! ¡Verse obligado a estrangular el deseo de escribir!

Se tomó un sorbo de agua, y repuso como con cierta conformidad burlona:

—Pero bien veo que es preciso. Conviene a nuestra intelectual vanidad que se le castigue, recordándole de cuándo en cuándo lo frágil que es el cerebro humano. Además, estamos olvidando las gentes modernas que somos carne mortal, alimento para la sepultura, y que es indispensable ingresar de nuevo en el limo de procedencia.

—Deje esas ideas fúnebres, Maestro, que me parece estar en una Semanasanta —dijo el Secretario, atacando con gran denuedo una sardinata—. ¿No le parece que está exquisito este plato?

—Delicioso está —respondió Rueda, condescendiente.

—Son peces cogidos por mi propia mano —continuó diciendo Pedro Fernández—; y preparados por la inimitable Petronila.

Alzando súbito la voz, añadió:

—¡Oh Petronila, Petronila! Comienzo a comprender que eres un tesoro, un tratado vivo de arte cocinero. ¿Quién iba a sospechar que en un modesto pueblo podía ocultarse...

La imprevista entrada del ama de llaves lo interrumpió,

—¿Como que me llamaron los señores? —averiguó risueña, plantando en el vano de la puerta su heroica figura, y con los puños sobre los cuadriles imponentes.

Pedro la contempló con involuntario respeto.

—Nó, mujer admirable, nó; pero sea bien venida. Le estaba ponderando al Maestro sus habilidades culinarias.

Ya sabía Petronila quién era el Maestro, de tanto oírsele repetir al Secretario; mas se quedó turulata oyendo la última palabra.

—Eso de culinaria ¿qué es? Y usted dispense.

—¿No lo sabe, mujer? —declamó Pedro con énfasis—. Pues es la ciencia de las matronas que hacen un culto de la preparación de los guisos. ¡Ah, si todas fueran como usted, Petronila insigne, señora sin par, cuyas artes de condimento admiro y compruebo cada día!

—¡Pero, señor, si yo no se nada!

Presas de un temblor súbito de gratitud y de emoción, el ama de llaves había bajado los ojos lo mismo que una colegiala y estrujaba con sus dedotes el ancho delantal de zaraza.

+Honor al mérito —prosiguió Pedro implacablemente justiciero—; **jus sum quoque tribuendi**, como dicen los curiales.

Tornó en seguida la mirada hacia su compañero de mesa, y sin ocuparse más de la mujer, que se retiró en el acto, preguntó con su cómica seriedad habitual:

—He oído decir que el pescado contiene bastante fósforo. ¿Usted cree, Maestro, que los que lo comen en abundancia se vuelven personas de talento?

—Y hasta pescado se vuelven —respondió Rueda con rapidez y en el mismo tono—; todo depende de la dosis.

Tras de corto silencio, Pedro contó:

—Esta mañana tuve un encuentro...

—A ver, hombre; refiérame eso.

—Algo despampanante, mi querido Maestro.

—¿Encontró acaso una **guaca**?

—Tal vez; pero creo que es algo mejor.

—Entonces fue la piedra filosófal.

—Eso no me habría conmovido tanto.

—¿De qué se trata, pues, andarín, que no concluye de una vez? ¿Va a agotar mi paciencia?

—Maestro —exclamó Pedro con repentino estremecimiento—; usted no va a creerme, pero le aseguro que he visto una sirena; una sirena auténtica.

—¡Hombre!

—Nó; mujer, me parece.

—¿Y ese sér tenía cola?

—Al principio lo temí, porque estando en el agua no se le veía afuera sino la mitad del cuerpo; pero

después, al salir ella a tierra, pude comprobar que no usaba ese apéndice. En cambio...

—No me lo diga; ya imagino lo que pudo usted admirar, mortal afortunado.

—Admiré por ambos, Maestro; por usted y por mí. Y le juro que había motivo. Hubo un momento en que creí formalmente hallarme ante una divinidad: Diana, por ejemplo; o la misma Afrodita. Así supongo que han de ser las ondinas de que habla la leyenda, las náyades de los cuentos, las esquivas ninfas mitológicas.

—Su entusiasmo despierta mi curiosidad, Pedro. ¿Dónde dice que la descubrió?

—Si quiere, yo mismo le serviré de guía.

—¿Y está seguro de encontrarla de nuevo?

—La encontraré. Por allí cerca debe vivir; o en el pueblo, quizás.

Rueda se quedó silencioso durante un rato; al cabo dijo, levantándose:

—Si es tan hermosa como la pinta, vale la pena verla. Mañana, al atardecer, daré un paseo ecuestre por esos lados; tal vez puede ocurrir...

Los instintos dormidos del hombre sensual volvían una vez más a acometerlo; vibraba su juventud cansada, con la pagana evocación de la femenina belleza, y una inquietud extraña, en que se mezclaban a los deseos voluptuosos sus tedios cerebrales, colmaba su ánimo, ansioso de sensaciones desconocidas, sediento

de ignorados espasmos. ¡Ay! ¿sería como siempre? ¿Hallaría como en repetidas ocasiones, el mismo acicate momentáneo, seguido del mismo hastío mortal?

Jinete en una yegua mansa, porque no era muy ducho en equitación, había salido la tarde siguiente, y galopaba al azar por los campos circunvecinos. No pensaba, no quería pensar en nada; y así, con un goce animal, exclusivamente de sus sentidos, se iba dejando llevar de su montura, como arrebatado por ambulatorio entusiasmo, inédito y no saboreado hasta ese día. Comprobaba con admiración el nuevo placer que causábanle los sacudimientos de la marcha, las brascas paradas de la bestia, sus arrebatos de imprevista y al punto refrenada rebeldía; el aire se le iba por las narices, impetuoso y fresco, tonificándole el pulmón, y le revolvía mechones de pelo bajo el ala corva del sombrero; se llenaba, en fin, de tal suerte, del espíritu de aquella naturaleza estival, tierna y voluptuosa, que casi le parecía disolverse en ella, confundirse dichosamente con su misma esencia. Vivía, estaba viviendo, y de esto se percataba con tal claridad que le causó un pasmo súbito no haber caído antes en la cuenta de ello y ver ahora que era tan sencillo vivir.

Repentinamente, la yegua se paró, dando un corto relincho y escarbando repetidas veces el suelo; tendió las orejas recelosa, pero con un recelo que se pudiera llamar femenino, sexual. Se le veía la inquietud temerosa y a la vez anhelante de la hembra que vibra bajo el deseo.

Rueda, que se encontraba en aquel punto junto a un matorral, al pie de un relieve de la planada como de la altura de un hombre, y que no descubría por parte alguna la causa de semejante excitación, se quedó un instante perplejo; mas de pronto observó que a lo lejos, al extremo del llano, y bajo la luz vespertina que lo decoraba con un tinte pálido, de llama agónica, algo se movía caprichosamente.

A un nuevo relincho de la jaca contestó otro relincho, lejano, estremecido, roto por la distancia; el viento lo trajo en su carrera de merodeador del prado. Poco a poco lo que parecía difuso y vago fue adquiriendo formas precisas, nítidos lineamientos; se acercaba como una fatalidad, impetuoso, incontenible, siguiendo el itinerario impuesto por la voluntad misteriosa que lo regía.

Atentos, con interés creciente, los ojos fascinados de Rueda flechaban su avance, ávidos de saber lo que era; percibió un seco rumor de cascos veloces; un grito humano, aguijoneante, dominador; luego, junto con el murmullo del aire que inflaba sus invisibles carrillos, otra vez el ruido martillante y áspero de los cascos.

Se quedó atónito.

—¡Un jinete! —exclamó en voz baja—; ¡una mujer!

Pero, ¿por qué se asombraba? No pudo por lo pronto explicarse qué motivo había para que lo sor-

prendiese así, tan singularmente, un suceso cualquiera, común y sin importancia. Tampoco tuvo tiempo de analizarlo, porque, rauda como una carga militar, la amazona llegó. Al verlo, detuvo de golpe su caballo, y se quedó mirándolo con curiosidad manifiesta, a unos veinte pasos del lugar en donde él se hallaba.

—Buenas tardes, señor —dijo con tono grave y cortés, en que se adivinaba cierta extrañeza de verlo allí.

Y antes de que el poeta pudiera contestar su saludo, arrancó nuevamente, exhalada, empequeñeciéndose a lo lejos y desapareciendo en seguida.

El la siguió con avidez, con angustia súbita, empiñándose en los estribos para prolongar la fugaz visión; siguiéronla sus ojos y sus anhelos, su sensibilidad exaltada de repente y sus sueños que de improviso florecían.

—¡Qué bonita es —murmuró—, caramba!

Los cortos instantes que ella permaneciera allí, clavada ante él, fueron suficientes para que se diera cuenta de sus encantos. Bajo un sombrero de anchas alas, de fieltro oscuro y flexible, había visto resplandecer un momento su rostro, encendido por la agitación, y en el que los ojos de tropical belleza brillaban como dos ascuas negras, móviles y magníficos. Constató también, con rápido examen, por la arrogancia con que se erguía sobre la silla, y por la nerviosa tensión con que se distendían sus piernas como dos ar-

cos contra el vientre del animal, que era hermosa y gallarda. El traje le venía muy bien, sin duda: aquella blusa ligeramente holgada, pero que permitía adivinar la curva de los pechos; aquellos calzones ceñidos sobre los muslos y recogidos bajo las rodillas por la presión de las palainas. Un pequeño revólver se prendía al cinturón, como una parásita maléfica.

Hablando por dentro, Rueda monologó.

—No sé qué me sucede; el aire, el ambiente, me trastornan las ideas, la sensibilidad, todo. En la ciudad, seguramente esta mujer no me inspiraría interés alguno; sería una de tantas. Y es bonita de veras. Cabelga lo mismo que un vaquero, pero con perfecta elegancia. ¿Quién es? ¿Quién puede ser esta mujer?

Se dijo, recobrando luego su escepticismo, que acaso fuese una chagrera, alguna campesinota fresca y lozana, de esas que crecen como la hierba de los campos, de modo espontáneo y exuberante, y como las flores silvestres entre la profusa vegetación natural. Las apariencias hacían pensar que bien podía ser la hija de cualquier estanciero, y por ende moza con instintos de vaquería o con ínfulas posibles de lancero. El bello semblante, el opulento cuerpo, no son siempre indicios seguros de tierna feminidad.

Se sacudió, varonil.

Al diablo con la jineta, ¡hum! No parecía sino que él, Virgilio Rueda, hombre de mundo, morador de la

ciudad, y además de todo esto celebrado poeta modernista, jamás hubiese visto en su vida un palmito análogo, cuando de tal suerte se emocionaba con la contemplación de una muchacha rural, de una modesta flor agraria. ¡Pues no faltaba más!

La amazona se había esfumado. Saliendo de golpe de su inmovilidad, Rueda acosó su yegua, que partió disparada en la dirección que siguiera aquélla. El hombre y la bestia querían seguir el mismo sendero; lo seguían por instinto, y contra sus propios pensamientos el hombre.

Ahora deseaba hallarla, verla otra vez; y cuando menos lo soñaba se vio galopando por el llano, en todos sentidos, desalado, cual si se le hubiera perdido algo.

Iba ya a emprender el regreso, desalentado, cuando, a la vuelta de una arboleda, casi chocaron sus monturas. Ella pareció sorprendida de este nuevo encuentro casual.

—Señorita... —balbuceó Rueda en són de excusa.

La amzona lo miró, como interrogando.

Se dieron cuenta en seguida de que las bestias se buscaban: juntaban los hocicos, frotándose los, runruñeaban alegremente, lo mismo que dos amigos; casi parecían reír de contento.

—¡Eh! —dijo Rueda—; cualquiera pensaría que estos animales se conocen.

—Esa que usted monta es la yegua Perlita —explicó la amazona identificándola—; la yegua preferida por las personas nerviosas del lugar. Es sumamente mansa. ¿Cómo se hizo usted a ella?

—Me la consiguió mi Secretario.

—¿Su Secretario? ¿Es usted funcionario?

—Afortunadamente nó —respondió Rueda, riendo.

Comprendió en seguida que había cometido una indiscreción, y repuso:

—Es un amigo, un compañero con quien hemos venido a veranear. Como él es más conocedor me sirve de guía y de consejero. Yo lo llamo mi Secretario, por broma.

Tras de un silencio corto y embarazoso, la amazona volvió a decir:

—Se ve que ustedes son forasteros; de lo contrario no hubieran alquilado esta yegua, que es la de las señoras. Un hombre, un verdadero jinete, no montaría en ella. Pobre Perlita, ¡y tan buena!

Rueda comenzaba a sentirse inquieto.

—Estoy segura de que fue Morita el que se la alquiló. A todo el que viene aquí se la alquila.

—No sé... ¿Quién es ese Morita?

—El Secretario de don Jesús Montealegre, nuestro eterno Alcalde.

—Ah —dijo Rueda—; muy bien.

Saliendo de pronto de aquella situación extraña, añadió con galantería:

—Permítame que la admire, señorita: es usted consumada maestra en equitación.

—Gracias; no es cosa rara en mí, porque desde pequeña me enseñaron a andar a caballo. Usted, en cambio, monta como un clérigo; monta lo mismo que el Cura de la Parroquia.

—¿Lo hace muy bien el Cura?

—Rematadamente mal. No sabe usted lo que sufro cuando lo veo a caballo; a mula, mejor dicho, porque es muy aficionado a las mulas. Según él, son las únicas que ofrecen seguridad.

—Veo que el Cura es hombre prudente —anotó Virgilio.

Y ambos soltaron una risa súbita, cascabeleante, que, bajo su aparente seriedad, hacía rato les cosquilleaba en los labios. Se miraron luego.

—¿Cómo se llama usted? —inquirió ella, con desenfado.

—Virgilio. ¿Y usted?

—Cecilia.

Tras de otra pausa afirmó:

—Usted tiene nombre de poeta.

—¿Podría decirme por qué?

—En la biblioteca de papá hay libros escritos por un señor que se llamaba así. Son versos muy lindos. Papá dice que fue un gran poeta antiguo.

—Su padre —declaró Rueda— debe de ser un hombre inteligente. Un asiduo lector, sin duda.

—No hace otra cosa; los ratos que le deja libre el cuidado de su hacienda los dedica por entero a leer. A veces pienso que es manía, porque lo domina completamente como una enfermedad.

—¿Es hacendado su padre?

—Es dueño de Cañas, la finca donde se encuentra usted en este momento. Está usted, pues, en nuestros dominios. Sea bien venido.

—Es usted muy amable... Cecilia.

Bajo el crepúsculo, vio colorearse ligeramente el semblante de la muchacha; la vio mover los párpados, como ofuscada; apretar las rodillas con cierta nerviosidad contra los flancos del caballo.

—Se ha hecho de noche —advirtió ella oteando el horizonte que se ensombrecía—. Adiós, señor forastero. Ya sabe que si en algo puedo servirle...

Tiró un momento hacia atrás las riendas, como si quisiera recoger energía, concentrarse para partir; luego arrancó con ímpetu.

—¡Cecilia! —gritó Rueda sin moverse del sitio.

Ella refrenó su caballo violentamente, algunos metros más allá, y contestó alzando la voz:

—¿Qué quiere usted? ¿Se le olvidó decirme alguna cosa?

—Dígame, se lo ruego: ¿la volveré a ver?

La amazona tuvo breve vacilación.

—Eso es asunto suyo... Virgilio —afirmó con un tono equívoco, en que parecía temblar a la vez un fondo de imprevista ternura y de retozona burla.

Arrancó de nuevo, estimulando la bestia con gritos alegres, vibrantes, desafiadores como gritos de guerra, que se fueron desvaneciendo.

Inmóvil, presa de una emoción jamás experimentada, Rueda la veía correr, ágil y rauda; semejante a un fantasma fugitivo bajo el crepúsculo. Ya la noche se venía encima; brillaron las primeras estrellas; sobre el campo, como si estallase súbita primavera fantástica, resplandeció de improviso una infinidal de flores de luz: el chispero de las luciérnagas. A ratos era tan intenso el fulgor, por la multitud de los fuegos, que el llano parecía inflamado por un incendio de la hierba.

Echó a andar despacio, sin afán; aspirando con delectación el aire nocturno lleno de un perfume nuevo; meciéndose en la ilusión de un ensueño naciente. Era un jinete de la esperanza, un dichoso pasajero que iba de camino, al azar, bajo la noche colmada de rumores, de misteriosos aromas, de candelas. Rueda no recordaba haber sentido un interno gozo similar al de aquella noche. Experimentaba la sensación de que los placeres pasados, con toda su intensidad, con todo

su esplendor, fueron únicamente alegrías falsas, goces superficiales que no pasaron de la carne, que no llegaron jamás a su alma.

Tan embebecido marchaba, llena su mente de la imagen de la amazona, del recuerdo de su voz y de su maravillosa risa, que no se dio cuenta de que la yegua se paraba a intervalos, a ramonear.

Comió con mucho apetito. Cuando sirvieron el café, Rueda se puso a paladearlo, bebiéndolo a sorbitos, y confidencial, afectuoso, casi pueril por el júbilo que le bailaba dentro, se dirigió a su Secretario:

—Pedro; oiga, Pedro: ¿quiere que le diga una cosa?

—Usted dirá, Maestro.

—Pues que empiezo a encontrarle sabor a este pueblecito; sí, créame: comienzo a tomarle gusto.

—No se perdió entonces el paseo —opinó el Secretario socarronamente—; y me alegro. Como usted continúe el mismo régimen, los resultados serán magníficos.

Pero se dijo, en un aparte mudo, para su exclusivo conocimiento:

—¡Hum! Esto es la mujer que llega, lo juraría. Solamente una mujer puede cambiarlo de tal modo.

IV

Semanas atrás, durante un rodeo del ganado, el mayordomo de "Cañas" comprobó que faltaba una res. Era hombre muy ordenado, ducho y conocedor de su oficio, y tenía tal memoria que llevaba en la cabeza, como en un libro, sus contabilidades. Ninguno como él podía dar razón precisa, minuciosa y fiel, sin equivocarse, de la cantidad del ganado, según su sexo, edad y condición; de sus pintas y señales particulares; de sus querencias, cualidades y vicios. Y esto era digno de admiración, porque la hacienda de Hipólito Alvear, aquel latifundista famoso, estaba muy bien vestida de animales, hasta el punto de que en ocasiones se necesitaba allí peonada extraordinaria.

El mayordomo, para quien no había mayor ofensa que quitarle una res, estalló en maldiciones del más grueso calibre. Se puso de un humor de cuaresma. Reunió inmediatamente a los peones, para interrogarlos uno por uno. ¿Quién daba razón? Nadie. Esos hurtos vacunos ocurrían casi siempre durante la noche, cuando más descuidada estaba la gente, y permanecían rodeados de misterio. Rara vez podía echarse mano a los responsables, y eso por los indicios.

Inquisidora, desconfiada y penetrante como un puñal, la mirada del mayordomo iba clavándose suce-

sivamente en la faz de cada hombre, ansiosa de adivinar su secreto. La sondeaba con avidez, con hambre de sorprender el misterio de su alma. Pero aquellos rostros impasibles estaban todos serenos: de las facciones duras, bronceadas, que curtió la temperie, que acrisoló el trabajo, se desprendía únicamente un efluvio moral de decoro, de humilde y agreste dignidad. Mostraban en su expresión, como en sus sencillas vidas, la honradez tradicional del labriego nativo.

Al cabo de la fila, el último, un hombre esperaba su turno. Cuando el mayordomo se le acercó, y empezó a interrogarlo, todas las miradas se volvieron hacia él.

—Benito: ¿qué sabe usted? ¿No ha visto por ahí nada sospechoso? —preguntó el mayordomo con tono de compadre que quiere sonsacar, a las buenas, noticias que pueden interesarle.

—Nada —respondió Benito Guarumo concisamente.

—¿Dónde pasó la noche?

—¡Qué sé yo! Por ahí caminando...

—¿No durmió, pues, en la hacienda?

—¡Vaya, hombre! —rezongó Benito un poco picado y fijando atrevidamente los ojos en su interlocutor—: parece usted un funcionario de instrucción. Creo que no tengo qué darle cuenta de mi vida. Ni a usted ni a nadie,

La peonada guardaba un silencio elocuente. No querían a Guarumo porque era un compañero perezoso y de mala entraña; además, todos tenían la intuición de que no era ajeno a la desaparición de la res. Su vida enigmática, sus ausencias súbitas, provocaban la desconfianza. Lo consideraban capaz de las peores fechorías. Pero al mismo tiempo se guardaban bien de ponerse ostensiblemente en su contra, no por temor sino por prudencia. Ninguno quería acabar por ahí, de cualquier manera.

—Bien —dijo el mayordomo—; esa novilla se perdió para toda su puerca vida. Que la tope el diablo, si puede.

Y encarándose con su gente:

—Ahora, muchachos, a tener más cuidado; a vigilar mejor el hato. ¿Estamos?

Ocho días después desapareció otra cabeza, una vaca pintada y cuernitorcida, con su correspondiente cría; después un torete; y finalmente, un novillo con toda la barba. La audacia de aquellas sustracciones alcanzaba ya límites inauditos.

—Es Ochododos, no puede ser otro que Ochododos el autor de estos golpes —pensaba entretanto la peonada, y hasta se lo decían incluso entre ellos.

Benito Guarumo, alias "Ochododos", permanecía tranquilo e indiferente; ninguna prueba había contra él. ¿Qué le importaba, por otra parte, la opinión de

sus compañeros? Trabajaba con lentitud, con cachaza; se mantenía un poco apartado; a veces se iba despacio, despacio, por el abierto llano, o se perdía entre las arboledas, con las manos en los bolsillos y silbando alguna tonada. Nadie se atrevía a seguirlo.

Otras ocasiones se le veía de pronto, tendido en algún altozano, o bajo la sombra de una ceiba, leyendo con atención libros o periódicos.

El metódico mayordomo bufaba de rabia; se desesperaba. Por la noche, cuando concluyó la faena, fuese derecho en busca del patrón. Lo encontró en su escritorio, en pantuflas, fumando y acompañado de su hija, la patroncita.

—¿Hay algo nuevo, Juan de Dios? —preguntó el hacendado no bien lo vio entrar.

—Qué siguen los robos, don Hipólito —dijo el mayordomo, sombrío, fatalizado.

—Ah, ¿más? ¿Todavía no están satisfechos?

—¡Qué lo van a estar! Si esto sigue así, acabarán muy pronto con la vacada.

—¿Y no hay ningún indicio sobre quién puede ser el ladrón?

—Ninguno, don Hipólito. El bellaco no deja rastro. Se ha buscado bastante, sin encontrar la más pequeña pista. ¡Cuatreros malditos!

—Es curioso —apuntó don Hipólito—; salvo que sean fantasmas, alguna huella ha de quedar,

—Uno de los peones —tornó a decir el mayordomo— topó en el monte una piel estacada; pero no es de ninguna de las reses perdidas.

Cecilia, que solía divertirse con los arrechuchos del mayordomo, y con las filiaciones que hacía de cada animal, lo obligó a describir una vez más los desaparecidos.

—¡Caramba! —exclamó al final entre risueña y seria—; parece que se hubieran propuesto desafiario a usted, Juancho.

—Lo que más me duele, señorita Chila, es la pérdida del torete; ¡un animal tan prometedor!

—¿Aquel del lunar en la paleta?

—El mismo. Usted sí lo conocía bien. ¡Tan gallazo! Por las tardes, en el corral, los muchachos querían torearlo. Ah, pues si hasta enamorado era el muy diantre: ya empezaba a entrarles a las terneronas.

La imprevista emoción del mayordomo se confundió un momento con la regocijada risa del señor rural y con los aspavientos burlones de Cecilia. Recobrando su gravedad, Hipólito Alvear dio órdenes al administrador.

—No olvide —concluyó— poner el denuncia en mi nombre. Si se dejan sin sanción estas cosas, los picaros van a envalentonarse.

De la puerta, el mayordomo se devolvió,

—Tengo qué decirle algo más, don Hipólito —dijo como recordando de repente.

—¿Qué será ello?

—Voy a despedir un peón.

—Despídalo. Cuando lo hace, sus razones tendrá.

—Se lo consulto, porque usted lo recomendó.

—Ah, ¿Se refiere a Benito, el muchacho aquel que vino hace dos meses?

—Sí, don Hipólito; a Benito Guarumo.

—Yo, en verdad, no conozco a ese mozo. Un día llegó a pedir trabajo, y como me pareció despierto y hasta un poco instruido no vacilé en decirle que lo admitiera; además, traía recomendación de Timoteo Araque, mi viejo amigo.

El mayordomo hizo un gesto ambiguo.

—¿Por qué no le daría él ocupación?

—Entiendo que no tenía nada por el momento.

—Pues sepa, don Hipólito, que el tal Guarumo ha resultado una alhaja. No había querido decírselo, porque me proponía observarlo más tiempo. Ahora sé a qué atenerme.

—¿Hay queja de él?

—Cuando le digo que voy a despedirlo... Desde que entró en la hacienda no pierde ocasión de predicarle a la peonada joyera usted qué adefesios! Se ha propuesto soliviantarla. Por fortuna, los muchachos son sanos y no le hacen caso. Pero esto, a la larga...

—¡Hola! —exclamó el hacendado—: ¿conque tenemos apóstol? Con razón vino aquí con ciertas maneras. Ahora me explico su petulancia.

—Creo que es un pillo de lo mejor. Trabaja poco y mal, y su conducta no me satisface. Ultimamente, mis recelos han aumentado. No hay prueba ninguna contra él, pero sospecho que no tiene limpias las manos en esto de la pérdida de las reses, porque lo han visto con dinero, bebiendo y en compañía de malas mujeres. Los muchachos piensan lo mismo que yo.

El ceño del hacendado se había arrugado de repente.

—¡Afuera con él! —mandó autoritario—. No faltaba más que encerrar por gusto el lobo en el aprisco. ¡Afuera con él! Echelo ahora mismo, si es posible. Diga que lo ordené yo; y en seguida, el denuncia.

La mañana siguiente el mayordomo llamó aparte a Benito Guarumo para liquidarle la cuenta sin que nadie se percatara. Quería despacharlo calladamente, pero el peón armó un escándalo. Se insolentó de tal suerte que hubo un momento en que se creyó que sería indispensable expelerlo por fuerza. Acabó encojiéndose de hombros, y se largó al fin lanzando imprecaciones obscenas, en el más crudo vocabulario, y profiriendo amenazas contra el patrón.

Su rabia y su rencor llegaron al colmo cuando, tres días después, y como consecuencia de graves indicios que resultaron en contra suya, fue llevado a la cárcel.

Un odio sombrío contra el propietario de "Cañas" le anegó el corazón. ¡Lo echaban como a un perro, y luego lo metían como a cualquier merodeador de potreros en aquella mazmorra indecente que servía de prisión! Esto no se lo perdonaría nunca.

Jerjes Araque tenía su oficina de abogado en la propia plaza del lugar; una oficina deslumbrante, con muchos muebles, con numerosos volúmenes y con un enorme rótulo en el dintel. Su padre, el acaudalado Timoteo Araque, se exprimió el caletre ideando semejante despacho profesional en honor de su vástago. Dio golpe, porque las gentes no pudieron menos que admirar tan imponente bufete, y mucho más aún al hombre que se codeaba con tanto libro.

Benito fue inmediatamente en su busca, acompañado de un vigilante. Se saludaron como dos viejos conocidos, y el abogado dijo:

—¿Qué te pasa, Guarumo? ¿Qué se te ofrece?

—Vea, doctor Jerjes: quería hablar con usted —respondió el peón guiñando un ojo al descuido del gendarme—; me han metido en un bochinche de vacas.

—¿Un abigeato? —inquirió Araque, doctoral.

—Sí, doctor; una vaina así.

No era la primera vez que veíase Benito enredado en esos asuntos: en otras ocasiones estuvo también en situación parecida, pero salió siempre bien librado. Jamás había prueba completa contra él. Si húbola,

Jerjes Araque con sus influencias se encargó de desvanecerlas.

En su trato con gente de leyes, especialmente con este último, y en sus asiduas lecturas de periódicos, Benito asimiló un buen montón de expresiones jurídicas. Conocía cuantas disposiciones del Código Penal podían incumbirle. No era, pues, griego para él aquello de abigeato.

El abogado le hizo una seña al guardián para que esperase, y entró con el peón en la habitación reservada. Quince minutos después aparecían de nuevo.

Por la noche, en la trastienda de una cantina, Jesús Montealegre, Alcalde del Distrito, y Jerjes Araque, departieron amablemente. Como de costumbre, la roja nariz de bebedor del corpulento funcionario municipal se inflamaba con las libaciones; bajo la luz de una pobre bombilla eléctrica adquiría asombrosos matices. Ambos hablaban con animación, como discutiendo algún punto; reían a ratos; se daban en las rodillas palmaditas acompadradas.

Afuera, en un callejón mal iluminado, y ya para separarse, Jerjes insistió una vez más:

—Convenido, ¿no? Cuento con ello, Chucho.

—Lo que usted quiera, Jerjes. Entiéndase con Morita, que es el que hace los autos. El hará lo que usted le indique.

Benito Guarumo salió a los cuatro días de la cárcel. Desde entonces, como no encontrara trabajo para justificar su equívoca vida, se dio a vagar por los contornos. Era sujeto cuyos medios de subsistencia continuaban siendo un misterio para todos. Mientras tanto, las autoridades locales ni veían ni oían: como si no existiese Benito. Tal vez, personalmente, en el ánimo de cada funcionario influyera, para dejarlo en paz, cierto temor al peón, tenido como capaz de todo, y el indefinible sentimiento de que una fuerza oculta lo protegía. De otro lado, pretender controlar aquel vagabundo ¿no era tanto como ponerse a fiscalizar el itinerario del viento o la vida de un animal del monte?

Ese día Benito discurría por el campo, semejante a un perro sin dueño. Amaneció de mal humor, con el genio muy fermentado; una mano perversa parecía haber revuelto el turbio pozo de sus instintos. Tan despejados y nítidos como el ambiente de la luminosa mañana se despertaban sus recuerdos; sus dolores, sus odios. No fue más que esto su existencia: sufrir y odiar. Allá entre las brumas de su niñez columbró de modo confuso una figurita ambulante, que iba de tumbo en tumbo, de cortijo en cortijo, rodando al azar de las circunstancias. A sus padres no los conoció: acaso fue hijo de un encuentro casual, de una de esas confusiones de espasmos que suelen ocurrir en el campo, o en los caminos, entre la mujer y el hombre que

pasa. Recordaba que desde que era una criatura tuvo que conquistar el sustento; trabajar rudamente como cualquier labrador a jornal, para subsistir. Le daban ocupación, pero más le daban golpes y malos tratos. Y así se hizo hombre. Luégo anduvo entre mala gente. Desarrolladas sin medida, sus inclinaciones naturales condujéronlo por sendas oscuras, por caminos de perdición. Amó la ociosidad, detestó el trabajo, perdió toda noción de moral; se formó, en fin, un vagabundo auténtico, de esos que se echan al hombro conjuntamente la mochila y el alma, su indiferencia por la vida y su oculto rencor por la humanidad.

Medio día era cuando se detuvo bajo un árbol; se sentó a su sombra, un poco cansado, hambriento; deshizo con lentitud un pequeño paquete. Concluido el frugal almuerzo, volvió a ponerse en marcha. Ambuló de aquí para allá; fue hasta el río a beber agua en el cuenco de la mano: difícilmente, porque el agua se le salía por donde le faltaba el dedo anular.

Hacia la caída de la tarde el campo pareció despertar. Era esa hora alegre, tierna y un poco sentimental, en que, tras el resistero atonizante, un gran vaho de frescura envuelve el paisaje. Iban y venían brisas, triscantes como cabritas invisibles, susurradoras; se metían por entre los árboles, a sacudirles el follaje, a columpiarse en las ramas lo mismo que niñas en vacación; rizaban el agua de las balsas; en los abiertos patios de las chagras les alzaban las faldas a las mujeres y les revolvían los cabellos.

Benito esperó a que obscureciera. Con paso de zorro, con taimado rodeo, fue aproximándose a "Cañas" Una larga cerca de alambre cerraba la estancia por aquel lado. Adentro, en la dehesa, el ganado que se echaba para dormir, blanqueaba indecisamente. Se reunía en pequeños grupos silenciosos. Dos o tres reses insomnes, como viejos trasnochadores, quedaban aún en pie, dispersas, empeñadas en pastar la hierba jugosa.

Se paró junto a un poste del alambrado, receloso, zahorí, tendiendo el oído hacia los rumores nocturnos; flechó la sombra con ahínco. Nada. Nadie. Podía obrar con seguridad, trañquilamente. Entonces desprendió el machete del cinto, y, poseído de súbita rabia destructora, cortó en un buen trecho el alambre; hizo añicos algunos postes. Luego saltó la cerca caída, para encaminarse al rebaño.

Al verlo, una de las reses que estaba tendida se levantó asustada; corrió algunos metros. No pudo andar más porque, yéndose sobre ella, el peón le partió un tendón de atrás, arriba de la pezuña, con tajo fulminante de su machete.

—Me saludas a Hipólito, vieja —murmuró Benito Guarumo, cuyos dientes brillaban siniestramente en la obscuridad, viendo cómo se desplomaba la res sangrante, dando un balido.

Satisfecho de su obra, tomó la dirección de la carretera. La luna, que asomó de improviso tras las

apartadas colinas, esparcía sobre la naturaleza dormida una luz pálida, fría y muy melancólica; una luz triste como suele ser la de la luna en los campos. Por el agro se extendía un impresionante silencio.

Junto al camino solitario, a un lado de la cuneta, se echó largo a largo sobre el césped; pero no se sintió cómodo allí, y fue a tenderse más allá. Ahora quedaba oculto por altas matas, entre dos ceibas que juntaban sus ramas, absorbían la luz sin color y proyectaban contra el suelo una sombra tergiversada.

Cruzadas las manos bajo la nuca, en decúbito dorsal, dejaba mariposear su mirada por entre el espeso follaje. Su imaginación de vagabundo, desplegadas las alas bajo el encantamiento nocturno, ascendía a mercerse en el columpio celeste, y se iba volando por los caminos del ensueño. ¿Quién puede soñar mejor que un vagabundo? ¿Qué fantasía superará jamás la suya? Es el poeta del ocio, de la inestabilidad, del vivir voluble e indolente dentro del carro de la ilusión y de las cosas inesperadas.

Así transcurrieron algunas horas. Pasada la media noche, cuando empezaba a adormecerse, un ruido lo hizo despabilar. El rumor venía del camino, de lejos, y como se encontraba acostado, en postura supina, con el oído pegado a la tierra, podía escucharlo claramente. Y ese rumor se mezclaba con el ligero murmullo de la brisa, que había vuelto a soplar, tenue y prolongado, haciendo susurrar las móviles hojas.

El ruido iba creciendo, rápido, fragoroso como la ventisca que no se anuncia sino que llega de golpe. Dos chorros de luz lo ofuscaron por un instante... Benito levantó la cabeza, sin incorporarse, y pudo ver entonces que era un automóvil que arrimaba. Se había detenido allí, a pocos pasos, en medio de la carretera, acesante como animal cansado, y su carrocería plateada brillaba bajo la luna. Tres hombres y dos mujeres venían en él. Descendieron. Uno de ellos lanzó una maldición y refunfuñó largo rato.

—¡Si es el doctor Jerjes! —se dijo Benito, reconociendo al resplandor de uno de los faros la figura del abogado—; con seguridad anda de juerga.

Habíanse apiñado los pasajeros en torno de la delantera del carro, semejantes a un racimo humano, a mirar con curiosidad el trabajo del mecánico.

—¿Es grave ese daño? —inquirió la más joven de las mujeres, una muchacha gorda, de pequeña estatura, inquieta y nerviosa. A juzgar por su aspecto, podía tener veinticinco años.

—Tenemos para rato —dijo el interpelado, sudando y resoplando tanto como el motor.

La muchacha, impaciente, iba y venía en torno con extraordinaria movilidad. Le era imposible estarse quieta. Mientras ella bailaba, su compañera se había sentado a poca distancia, con los pies metidos entre la cuneta, y se adormilaba con la cabeza apoyada en

el hombro de su galán. De pronto la gorda empezó a patear y a protestar.

—Siempre nos están pasando estas cosas —se quejó con enfado—. Todo por tu tacañería, Jerjes. Si hubieses comprado otro automóvil, para reemplazar este cascarón, no estaríamos aquí varados.

—¡Cállate, Serafina! —replicó el abogado—; no digas disparates. Este carro hace apenas dos meses que lo compré.

—Pues te engañaron, hijo; te metieron un chuzo.

Se oyó un ronquido de la otra mujer; luégo el zumbar del motor pugnando por funcionar de nuevo. Otras imprecaciones del mecánico.

Como por tácito acuerdo, Jerjes y la llamada Serafina se habían apartado un buen trecho. Se pararon precisamente tras una de las ceibas, a pocos pasos del lugar donde se encontraba Benito. Filtrándose a través de las altas ramas, y cayendo a plomo sobre ellos, la luz de la luna les comunicaba un aspecto extraño, una movilidad de facciones sorprendente; parecían tener en la piel un tatuaje fantástico, de dibujos indescriptibles, y en las ropas unas manchas caminadoras.

Los ojos de Serafina se fijaron coléricos en los del abogado; chispeadores, celosos. Se comprendía que estaba ebria.

—¿Tendré que decirte una vez más —chilló por lo bajo con voz metálica y rencorosa—, que dejes esa mujer? ¿Hasta cuándo vas a camelar a esa perra?

—¿Y a tí qué te importa? —respondió Jerjes fastidiado—. Nada tienes tú qué ver con ella; ni con lo que a mí se me antoje hacer.

—Ah, ¿conque esas tenemos? Pues te equivocas, tinterillo. O la dejas, o te reviento a disgustos. Ya sabes que no tolero rivales.

—Entre ella y tú no puede haber rivalidad —declaró el abogado con rudo desdén y por desquitarse del calificativo humillante que acababa de darle—. ¿Pretendes igualarte a Cecilia?

—¿No la pretendes tú? —arguyó ella, mordaz.

Jerjes optó por echarse a reír.

—No te rías, bruto, que se me envenena la sangre.

—Mira, Serafina: tú no estás bien —advirtió el abogado—; los tragos que tomaste en aquel baile te han trastornado la cabeza. Lo mejor es que volvamos con los compañeros.

La muchacha se cuadró entonces, a la manera de una comadre en el mercado; en jarras.

—¿Ahora vas a decirme que estoy borracha?

—Te aseguro que no estás bien.

No había acabado Jerjes de pronunciar estas palabras, cuando se sintió sacudido por las solapas, zarandeado; y una retahila de palabras cayó sobre él, semejante a un turbión de aguas sucias.

—Déjame; eres insoportable —exclamó cogiéndola por las muñecas—. Si continuas así, me voy a enojar contigo de veras.

—Eso quisieras tú, pelele: quedarte libre para dedicarte a esa hombruna. ¿Te imaginas que no me doy cuenta? Pues has de saber que conmigo no juega nadie. O dejas a esa mujer, o te reviento a disgustos.

En tal momento sonaron gritos del lado de la carretera. Los llamaban.

—¡Piernona!

—¡Jerjes!

Hubo un silencio. En seguida vibró, triunfante y alegre, el tamborileo del motor, que, reparado ya el daño, evocaba de modo confuso el piafar de un caballo impaciente.

Benito Guarumo vio desde su escondite cómo se alejaba la desavenida pareja; los vio acomodarse a todos de nuevo en el automóvil. Por último, el carro arrancó cual una flecha. El ruido se fue desvaneciendo. Desapareció a lo lejos el vivo resplandor de los faros.

Hizo una mueca; suspiró; se encogió de hombros con filosófica indiferencia. Un nubarrón veló largo rato la luna. Volviéndose de lado para acomodarse mejor, cerró por fin los ojos y empezó a adormecerse bajo el hechizante sortilegio del silencio y la soledad, eficaces como un doble narcótico.

V

Saliendo de la oficina telegráfica, de dirigir un despacho a la ciudad, Pedro Fernández tropezó con algunas personas que hablaban en corrillo. Las saludó con mucha urbanidad, e iba a proseguir su camino cuando oyó que uno de los sujetos decía:

—Hola, señor Fernández: ¿ya no me conoce?

Se detuvo, fijando en el interpelante la mirada de sus ojillos curiosos. Era hombre pequeño y delgado, casi flaco; la antítesis de su superior jerárquico, el Alcalde del pueblo. Su pelo de indio, lacio y muy negro, escaseaba en el bigotillo. Una extraordinaria movilidad le daba a toda su figura cierto aire infantil, júbilo, que captaba la simpatía.

A creer lo que decían en el pueblo, era el inspirador de su jefe, el que pensaba y resolvía por éste. Pero sus actividades no se reducían exclusivamente al fiel desempeño de las funciones del cargo; Régulo Mora, "Morita", había nacido sin duda para muchas empresas; su dinamismo no le permitía estar ocioso. Además, era persona de ambiciones.

Se explica, pues, que le sobrase tiempo y coraje para ser simultáneamente Secretario de la Alcaldía, corresponsal de un periódico de la ciudad, miembro

de varias juntas locales, arrendador de bestias, abogado clandestino y comisionista secreto, fuera de lo demás que podía ocurrir y dejarle alguna retribución. Con todo esto apechaba valientemente Régulo Mora, y aún le quedaban bríos para emprenderla con las musas de cuándo en cuándo, y para demostrar sus capacidades oratorias cada vez que ocurría la oportunidad.

Recordó Pedro que le había visto hacía algunos días, en el estanco, donde se relacionaron casualmente; y que allí había conocido también al abogado Jerjes Araque.

—¿Qué hay del doctor Araque? —preguntó, después de haberse estrechado efusivamente las manos.

—Creo que está bien —dijo Morita—. Precisamente, aquí tiene usted a don Timo, su padre, una de las personas más importantes del lugar.

El aludido, un hombre de aire curioso y llamativo, que formaba parte del grupo, le tendió la diestra con afectada cortesía. Tenía aspecto afable, pero desconfiado; sobre su vientre prominente, una gruesa cadena de oro, con dije de esterlina. Contra los manifiestos y constantes esfuerzos que hacía por aparecer persona fina y bien educada, se le notaba el embarazo propio de su natural condición y cierta penosa incomodidad producida por la tiranía de la ropa. Física-mente era un individuo vulgar, de facciones toscas de un moreno muy acentuado; de manos ásperas y gruesas; de ojos inquisidores, malignos.

Rió ruidosamente, con rebosante satisfacción, mientras le sacudía de prisa los dedos.

—¿Usted conoce a mi hijo, el doctor?

—Cómo no, lo conozco; es un caballero muy simpático.

—Pues yo estoy a sus órdenes, para lo que pueda servirle.

Régulo Mora presentó en seguida al Alcalde, otro de los circunstantes.

—Mi jefe —dijo con concisión; con cierto tono disciplinario, como de subalterno militar.

En seguida agregó:

—Son casi las doce; podemos tomar un aperitivo. Venga con nosotros, señor Fernández.

Se encaminaron a una licorería con aires de café de ciudad, donde, sentados en torno de una mesita, prosiguieron la conversación.

—Conque usted conoce a mi hijo, el doctor Jerjes —insistió en decir Timoteo Araque como si lo pasase este hecho y no hubiera asunto más importante en qué ocuparse—; me alegro, vaya, me alegro. Mi hijo, el doctor Jerjes, es conocido por todo el mundo; es un hombre muy popular.

—Eso es así —afirmó el Alcalde.

—Así es —corroboró Régulo.

Pedro, asequible, condescendiente, admitió:

—Ya lo creo; tiene qué ser así.

El empleado del bar acudió solícito.

—¿Lo de siempre? —inquirió con una sonrisa.

—Nó, whiskey, de lo fino —ordenó Timoteo Araque.

—A mí me trae un anisete —advirtió Jesús Montealegre.

Cuando estuvieron colocadas las copas sobre la mesa, Régulo Mora, tal como si se hallase practicando una indagatoria, se dirigió al forastero.

—No lo había vuelto a ver, señor Fernández. Usted y su compañero viven muy retraídos; casi no salen por el pueblo.

—Es verdad —confesó Pedro—: yo no salgo casi. En cuanto al Maestro...

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho usted? —preguntó Régulo, muy extrañado.

—¿Es maestro de escuela su compañero? —agregó Timoteo Araque.

—Nó —respondió Pedro, comprendiendo que había cometido una ligereza—; yo le digo Maestro por broma, y él me llama su Secretario; es un jueguito que tenemos.

—Ajá —exclamó Timoteo Araque, muy comprensivo.

Pero Pedro Fernández, como si considerase una traición aquel ocultamiento de la personalidad ilustre de Rueda, dijo en seguida con calor:

—Mi compañero es persona distinguida; se retrae por pura modestia.

Estaban ya en la segunda copa; continuó con cierta puerilidad:

—Además, hace versos.

—Ah, es poeta —masculló Timoteo Araque.

—Todos cantamos en la edad primera —suspiró el Alcalde como un fuelle.

Pedro se alarmó de improviso.

—Nó; Virgilio es solamente un aficionado; no vayan a imaginar ustedes...

—A mí me gustan mucho los versos —intervino Régulo, muy interesado por tales noticias y cubriéndose la boca con los dedos para disimular pulcramente un regüeldo imperioso—; hasta he publicado algunas cositas.

Se echaron al pecho otra dosis de alcohol, lo que contribuyó grandemente a ponerlos muy expansivos. Régulo se desabrochó el chaleco, el Alcalde se aflojó el cinturón. Solo Timoteo Araque permanecía tieso y muy vigilante de su propia persona.

—¿Por qué no nos recita algo de su amigo? —insinuó Régulo.

Pedro accedió, un poco emocionado. Sin cambiar de postura empezó a recitar con voz temblona uno de los poemas de Rueda. Mientras hablaba, dándole a su acento un vago tono de melopea, los demás le

oían con cierto recogimiento de sujetos bien educados. Una sonrisa estúpida le daba al rostro de Araque aspecto de máscara. El Alcalde parecía rumiar algún proyecto administrativo. Pero nada podía compararse con el éxtasis de Mora, quien, con los ojos cerrados beatíficamente, semejaba beber cada poético período.

Inesperadamente, Pedro Fernández se exaltó. De un golpe hizo recular el asiento, y, poniéndose de pie, continuó con énfasis su declamación. El subido tono de voz con que hablaba, había hecho que los empleados de la licorería, y unos pocos clientes que estaban allí, se acercaran curiosos. Aquel era un espectáculo que no ocurría todos los días.

Cuando concluyó, lo aplaudieron. Al sentarse de nuevo, Pedro creyó justo advertir:

—Estos aplausos no me corresponden. Que vayan todos para el Maestro.

No le fue posible ya guardar más reserva. El licor ingerido había echado a perder todos sus propósitos de discreción. Y entonces, ante la expectativa general de los que le oían, hizo un elogio cálido, fervoroso y hasta un tanto hiperbólico de la personalidad del poeta.

Salieron del bar, y se despidieron. Lentamente, con indecisos pasos, Pedro Fernández echó a andar en dirección de su vivienda. No se había dado cuenta de que eran cerca de las dos. Por causa del resistero, con-

tadas personas circulaban en aquella hora. Iba como sonámbulo, insensible al calor y a la luz ofuscante.

Cerca de la casita, se detuvo un momento, pasmado. De pies en la escalinata, entornando los párpados para evitar el vivo resplandor solar, Virgilio Rueda conversaba con una mujer. Creyó al principio que era un hombre, porque iba vestida como tal; muy jineta, muy arrogante; conteniendo los ímpetus de la fogosa cabalgadura que montaba.

Aunque ella partió casi en el acto, Pedro tuvo tiempo de reconocerla.

—¡Pero si es la sirena! —exclamó con asombro.

Lo dijo en tono tan alto que Rueda pudo oírlo bien.

—¡Qué ha dicho usted, Pedro! ¿A qué sirena se refiere?

—A la que ví en el río la otra mañana.

Dándose cuenta de pronto del estado de su Secretario, Rueda estalló en una carcajada espontánea. No pudo reprimirla. Lo veía plantado ante él, rojo y cubierto de sudor, atónito aún por lo que acababa de presenciar, y esto aumentaba su regocijo.

—Va a coger una insolación, hombre. Quétese de ese fuego.

Cuando estuvo a la sombra, Pedro inquirió, tenaz:

—¿Cómo hizo usted, Maestro?

—¿Para qué?

—Para dar con la sílfide.

—Le advierto que es una señorita muy distinguida.

El ama de llaves apareció en ese momento. Contempló con cierta consternación al congestionado Secretario, y no pudo menos que exclamar con tono afectuoso y familiaridad imprevista:

—¡Jesús! Pero ¿de dónde sale usted, criatura?

—No salgo sino que entro, Petronila; me caigo de sueño, y voy a penetrar en seguida a los dominios de Morfeo.

—Venga a almorzar alguna cosita; le tengo un plato muy sabroso.

—¿Puede darme café?

Precedido por la corpulenta mujer, que ahora se le hacía una gigante, Pedro se encaminó al comedor. La fresca atmósfera que había allí le produjo una sensación en extremo agradable. De un cristal colocado sobre la mesa alzábase, como de un pebetero, intenso olor de piñas en sazón y de dulces plátanos. En un rincón, gota a gota, el filtro rezumaba sobre la ancha boca de la tinaja.

Mientras Petronila le servía, Pedro volvió a su tema.

—¿Ha visto la sirena?

—¿La sirena? ¿Qué cosa es esa?

—Un sér mitológico que ha resuelto salirse de su elemento. Siempre había vivido en el agua.

—Será algún pescado entonces.

—Algo así; un pescado muy agradable, y muy raro. Pero vea, Petronila: ¿ha oído usted hablar de peces que monten a caballo?

—¡Qué está diciendo, don Pedro! ¿Quiére más café?

Le sirvió otra taza, solícita; y, simulando que arreglaba el aparador, se puso a mirarlo de soslayo.

—Ahora sí me convenzo de que es de carne y hueso —continuó el Secretario como en un monólogo—; no me faltó sino tocarla, ¡hem! Por lo que veo, el Maestro no se descuida. ¿Dónde se conocieron? ¿Cómo fue esto? Daría cualquier cosa por saberlo.

Soltó de repente un cloqueo, y luego principio a declamar algo incomprensible; algo que la bondadosa ama de llaves creyó que era pronunciado en extraño idioma, o que tenía qué ver con alguna fórmula misteriosa.

Petronila levantó el delantal para disimular una sonrisa; meneó la cabeza; y, como viese que Pedro Fernández empezaba a cerrar los ojos, aletargado, salió de puntillas del comedor.

VI

Pasado algún tiempo, Virgilio Rueda no volvió a ocuparse de su salud; ni siquiera pensaba que había ido allí por prescripción médica. Rápidamente, acaso porque era de constitución vigorosa, fue recuperando energías y sintiendo que se normalizaban sus facultades. A esto contribuyó sin duda el descanso, la obligada vacación que hubo de concederle a su martirizado cerebro, en peligro de licuarse por la incesante y ardua labor mental.

Gran médico, sabia enfermera, la naturaleza lo curaba; le bastó entregarse a los cuidados de esta doctora, para que pronto sintiese un alivio real, una mejoría efectiva. Así, sin drogas, sin petulancias, sin tiranías dosificadas en laboratorios químicos, caminaba a paso seguro hacia el restablecimiento completo.

Aire, sol, movimiento, sencilla alegría y reglamentado reposo, nada más que esto era su régimen. Ahora comía con buen apetito; se alzaba temprano del lecho, para irse con su Secretario a medir a pie largas distancias; cabalgaba con frecuencia; subía a las lomas con cierto prurito risueño de excursionista.

Casi todos los días se veía con Cecilia; vino a ser una necesidad para él encontrarse cada jornada con

aquella graciosa amiga que le deparó su buena estrella de veraneante presunto. Nunca había llegado a hablarle de amor; algo lo cohibía: acaso ese mismo sentimiento profundo, que es amor verdadero, y que por lo mismo que es cierto y espontáneo suele volverse tímido y como receloso de sí propio.

Emparejadas las monturas, las veces que iban a caballo, gustáales recorrer largos trechos y marchar al azar, sin más guía que el capricho de ella. Galopaban frecuentemente, dejándose arrebatar por ese entusiasmo súbito que suele acometer a los jinetes, y que los impele incluso a correr con ardor cual si tuviesen ansia de alcanzar una meta inestable. En otras ocasiones, y como por acuerdo tácito, se abandonaban a la voluntad de las bestias y eran entonces lo mismo que dos viajeros cansados atravesando la llanada.

La hora más propicia era la de la tarde, cuando, apagado el fuego canicular, se tendía sobre los campos un largo vaho de frescura y de intensa fragancia. Cesaban las faenas, subía alegremente el humo de los cortijos, sonaban las voces y los cantos cual un himno al reposo. Entre risas y gritos comenzaba el encierro de los ganados.

Cecilia se había propuesto hacer de Virgilio un jinete cabal, que si no la superase en habilidad fuera por lo menos digno de competir con ella.

—Quiero que monte como yo —le decía con cierta insistencia.

—¿Como usted? —contestaba Rueda galantemente—. Nadie será capaz de montar como usted, Cecilia.

Pero ella pretendía realizar a todo trance su propósito. Lo obligaba a emprender carreras vertiginosas, que no pocas veces interrumpía con bruscas frenadas; hacía saltar obstáculos cual si se hallase bajo la carpa de un circo; lo excitaba con el ejemplo y con la voz, yendo ella delante y lanzando pequeños gritos, a cruzar de un vuelo las zanja profundas como anchas grietas de la tierra. Si el discípulo se rezagaba, o hacía torpemente un ejercicio, la infatigable profesora estallaba en quejas burlonas, o rompía inesperadamente con un chorro de risa tan contagiosa que Rueda acababa también por soltar la suya.

Estaba encantado; de buena gana hubiese incurrido de propósito en mil yerros distintos para tener el gusto de que su maestra lo corrigiese; porque, en verdad, esto era lo más interesante de todo: el estilo con que Cecilia ejecutaba su labor docente. Al ocurrir la equivocación, íbase hacia Virgilio con el entrecejo fruncido, o bien inflando los carrillos, y, tras de hacer la amonestación verbal del caso, zarandeábalo un poco por los hombros o le metía un puñetazo por la rodilla. Eso sí: no permitía jamás que Rueda le tocara un cabello.

—¿Hasta cuándo, Virgilio, va usted a hacerse re-prender? ¡Qué discípulo tan desaplicado!

Y él respondía, fingiendo ser un escolar:

—Perdóneme, querida profesora, por esta vez no más; en adelante voy a ser más juicioso.

—Juicio, sí, eso es lo que exijo. Pero siempre se está olvidando de que tiene que poner atención, y en lugar de ello lo que hace es quedarse lelo mirándome con aire de bobo. ¿No me ha visto usted lo bastante?

Luégo añadía, con volubilidad deliciosa:

—Me mira, pero su pensamiento está lejos.

—¿Dónde imagina usted que está mi pensamiento?

—No me lo figuro; tal vez en la ciudad; acaso en muchas partes a la vez.

Tras de una pausa sentimental:

—¿Sabe una cosa? Esto a mí no me interesa nada.

—Mi pensamiento —dijo Virgilio al cabo de un rato— no está lejos de aquí; sólo está aquí.

Observando a aquella muchacha, que apenas tendría diecisiete años, cierta inquietud le llenaba el ánimo. Adivinaba en ella una extraña complicación de sentimientos contradictorios, mezcla curiosa de ingenuidad y picardía, de impulso natural y experiencia intuitiva. Como le hablaba a ratos en serio, a ratos en broma, no podía saber a qué atenerse.

Una tarde que cabalgaban bordeando un largo cerco de nopales de dos metros de altura y espeso cual

una tapia vegetal, Cecilia exclamó, fijando los ojos en la distancia:

—Míre hacia aquella loma donde concluye el lindero. Desde lo alto puede verse la carretera. ¿Quiére que vayamos allí de una galopada?

—Vamos.

Espolearon los potros, y a poco rato estaban en la propia cima del montículo. Era una pequeña colina, especie de mesetilla con declive muy suave, desde la que se podía divisar ancha faja de campo: llanada limpia, potreros cerrados, casitas, arboledas; en el confín, muy remotos, cerros oscuros y farallones azulencos. Un descampado dejaba ver retazos de río.

Sobre la falda de la loma, zagalejo verde muy usado y muy desteñido, y con peladuras que eran como remiendos y manchas en una tela, brillaban con opaco fulgor de cosa quemada y caliente aún las oxidadas lentejuelas de los guijarros.

Un momento permanecieron inmóviles, mudos, con aspecto de estatuas ecuestres; sondeando ávidamente la lejanía y aspirando el aire vivo y fresco con golosa fruición. El viento que llegaba, sonoro y zumbador, les batía las caras y doblaba como mies la flámula negra de los cabellos de la mujer. Una luz rojiza los inflamó de repente.

Rueda advirtió que era el sol que, en su ocaso, tomaba tintes de púrpura y bañaba todas las cosas dándoles aquella apariencia.

—Usted parece un santo iluminado, Virgilio —dijo Cecilia mirándolo con asombro burlesco—. ¿Ha visto alguna vez las imágenes de los templos, cuando están en sus nichos y las alumbran en las fiestas? Ni más ni menos.

—Fuí santo en cierta ocasión —aseguró Rueda.

—¿Sí? ¿De veras? Refiérame eso.

—Era yo un muchacho entonces, y me escogieron para representar en una Cuaresma no recuerdo bien si a San Pedro ó a San José. Según los vecinos, desempeñé el papel con bastante propiedad. No es extraño, pues, que haya conservado el aire a través de los años.

—Tendría muchas devotas, por supuesto.

—¡Calcule! Casi todas las que me vieron.

Cecilia cambió de pronto el tema de la conversación.

—¡Qué egoísta es usted, Virgilio! ¿Por qué ha sido tan reservado?

—No le entiendo, Cecilia.

—En el pueblo se dice que es usted escritor y que hace versos primorosos.

Rueda la miró con sorpresa.

—Se dicen tantas cosas de todo el que llega...
—respondió en seguida aparentando indiferencia.

—Pues por algo será,

—No siempre tienen razón en lo que suponen. La gente es imaginativa, fantasiosa, y le gusta urdir cuentos y crear leyendas.

—¿Sabe quién es el que lo asegura? Régulo Mora, el Secretario de don Jesús Montealegre. Hasta parece que lo admira mucho a usted; como él también es literato... A papá le contó un día que vino a hacerle una notificación, que el compañero de usted les había recitado un poema suyo.

—¡Pedro! —exclamó Rueda sin poder contenerse, acudiéndole a la memoria el fulgurante recuerdo de aquella vez que regresó ebrio del pueblo.

Sonrió, a su pesar, comprensivo y humano.

Entre tanto Cecilia, que debía de estar cavilando alguna nueva travesura, medía con la vista el declive que iba a acabar sobre la margen misma de la carretera, mucho más pendiente que el otro por donde acababan de ascender.

—Bajemos al camino —propuso con sencillez de jineta avezada.

—Diga usted rodemos, mejor —objetó Rueda.

Pero ella tenía lanzado ya su caballo por la cuestecilla, y no hubo más remedio que seguirla. Arrancando guijas y hierbas se desplomaron las bestias, como por un deslizadero, tendidos los remos de adelante y recogidos los posteriores para guardar el equilibrio. Al tocar tierra plana se enderezaron.

—¿Y ahora? —inquirió él con cierto humorismo.

—A correr un kilómetro por el camino; cerca de aquí hay una puerta de golpe: entraremos por ella.

Y se disponían a partir de nuevo cuando una polvareda que se levantaba a distancia, por donde iban a seguir, llamó su atención, mientras un martilleo rápido, vertiginoso, bronco, vino a herir sus oídos.

—Apostaría que es el automóvil de Jerjes —comentó Cecilia.

—¿Jerjes? He oído hablar de un doctor Jerjes.

—No hay otro en el pueblo; es único, como su automóvil plateado.

El carro se aproximaba a toda velocidad. Viendo su piloto que había gente en el camino, disminuyó la marcha; se detuvo al llegar junto a ellos. El único pasajero que venía dentro, guiando él mismo, los miró y se quedó un instante indeciso. Luego se apeó para saludarlos.

—Venga conmigo a dar una vuelta, Cecilia —dijo muy obsequioso.

Y repuso en seguida:

—Su compañero también, se entiende.

—¿No conoce usted a Virgilio Rueda?

Los dos hombres se miraron; midiéronse con la mirada que se miden los machos que intuyen la rivalidad por la hembra. Después, con sonriente recelo, se estrecharon fríamente las manos,

—Lo conocía de nombre —afirmó Araque.

—¿Y hacia dónde va ahora? —volvió a decir Cecilia.

—No sé; yo jamás tengo itinerario. Voy improvisando la marcha. Esta tarde, como de costumbre, salí a dar un paseo que ignoro dónde terminará. Pero suban ustedes —añadió, creyéndolo cosa hecha, y volviendo a colocarse frente al volante—; paseamos un rato, y de regreso los dejaré en sus casas.

—Ya le he dicho, Jerjes —contestó Cecilia— que prefiero andar a caballo; para mí no hay nada como cabalgar.

—Ah, ¿siempre con las mismas ideas?

—Con las mismas.

—¡Qué lástima. El caballo es un medio de locomoción anticuado, primitivo; anda muy despacio, por otra parte. En estos tiempos sólo los vaqueros lo usan.

—Yo soy una vaquera —aseguró Cecilia con sonrisa de orgullo—; y no me cambio por el mejor automovilista. Emoción por emoción, es muy superior la del jinete.

—Puntos de vista, Cecilia, puntos de vista. Bueno: siento de veras que no vengan conmigo. Adiós; les deseo un rato muy agradable.

Estas últimas palabras las pronunció con un tono singular, de guasa y de gravedad a la vez.

Cuando estuvo lejos, de tal suerte que no podía oírla ya, Cecilia soltó un chorro de risa. Para reír me-

jor echaba la cabeza hacia atrás, sacudiendo la oscura melena.

—Me hace mucha gracia este Jerjes —explicó, no bien cesó su regocijo—; se ha empeñado en catequizarme para chofer.

Rueda no contestó; parecía preocuparlo aquella familiaridad con que se trataban.

—Por lo que veo, son muy amigos ustedes —dijo.

—Sí, muy amigos; y algo más que amigos. Jerjes es mi pretendiente.

El otro volvió vivamente la cabeza, para mirarla. Marchaban apareados, al paso, y sólo podía observarla de perfil, como la efigie de una moneda. Comprobó que estaba muy seria, y que afectaba un estiramiento doctoral.

—¿Qué ha dicho usted?

—Que Jerjes está empeñado en casarse conmigo. Vive absolutamente persuadido de que debo ser su mujer, y de que él es el hombre que me conviene.

—¡Dichosa convicción!

Galoparon; volvieron a ponerse al paso; y ella, de golpe:

—¿Cómo le parece el doctor Jerjes?

—Un hombre simpático y atento —respondió Rueda sin vacilar.

—No mienta, Virgilio; yo bien sé que no le ha sido simpático. Como usted tampoco a él.

—¿Está segura de eso?

—Lo he leído en los ojos de ambos, y en su actitud.

Otra galopada. A poco, entraron de nuevo en “Cañas”, y siguieron su correría por llanada propia. Viendo que Rueda se había sumido en un mutismo prolongado, ella intentó revivir el diálogo.

—¿En qué piensa? Se ha puesto usted caviloso.

—En nada.

—Diga unos versos, señor poeta.

—¿Se empeña, pues, en darle crédito a lo que la gente asegura?

—Nó; únicamente me atenderé a lo que usted mismo me diga. Si es verdad que usted es poeta, recite unos versos para mí. Me encantaría oírlo. Además, creo que yo lo merezco.

—Sin duda, Cecilia —respondió Rueda, desconcertado por otra parte de ver que ella le hablaba de improviso con un tono sentimental—; no sólo lo merece sino que es acreedora a que se hagan versos exclusivamente en su honor.

—Improvisé unos, pues.

—Todos somos un poquito poetas —siguió hablando Rueda, sin apresurarse a satisfacer el deseo de su amiga—; todos sentimos esa emoción que sugieren las cosas bellas y esos estados afectivos que la vida va suscitando en las almas. Unos más, otros me-

nos. Lo que ocurre es que hay quienes lo sienten solamente, en tanto que otros necesitan expresarlo con frases.

—¿De manera que yo también?...

—También usted, Cecilia. Sin saberlo, sin darse cuenta tal vez, lleva usted un poeta dentro. Lo siente; y es por esto que se conmueve usted muchas veces ante la visión de las cosas; y que, de pronto, exaltada por el asombro o sacudida por la emoción, quisiera cantar o manifestar en alguna forma lo que siente. Observe este crepúsculo: ¿verdad que es hermoso e impresionante? Tengo la seguridad de que despierta en usted algo muy semejante a una emoción religiosa.

Percatándose de que la había predispuesto para escucharlo, Rueda comenzó a recitar en seguida uno de sus poemas. Espontáneamente se le venía a los labios el ritmo de los primeros cantos que hizo, la música tierna, apasionada y romántica de los versos de su primera juventud, tan distintos de aquellas otras composiciones que creó después su forja de poeta cerebral; y fue una intuición feliz, porque de otro modo tal vez no hubiera conseguido impresionarla.

Mientras declamaba, en un tono bajo y confidencial que le daba a su voz cierto calor de intimidad, y en tanto que sus monturas avanzaban despacio, rumiando su propio andar, Cecilia lo oía entornando los párpados y con un gesto grave que le comunicaba a su semblante indefinible expresión de encanto.

Se dieron cuenta, de repente, de que los caballos, que hacía largo rato caminaban muy juntos, se habían detenido.

—¡Muy lindos! —exclamó Cecilia como volviendo de un sueño, en són de cumplido.

Se miraron hondo. Entonces Virgilio, con un impulso indomitable, se inclinó sobre ella para besarla; mas Cecilia, ágil y vigilante, evadió la caricia echándose atrás vivamente.

—Nó; cuidado, Virgilio. Le advierto que no me gustan esas sorpresas. Yo doy cuando quiero, por mi voluntad. Contra mi voluntad, es inútil intentar nada. Téngalo siempre presente.

Confuso por su precipitación, y avergonzado de su fracaso, Rueda volvió a permanecer silencioso. No ensayó siquiera una disculpa. ¿Para qué, si había de resultar falsa y necia? Así anduvieron largo trecho.

Cecilia tornó a hablar, muy alegre:

—¿Recuerda la primera vez que nos vimos?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada; pero creo que usted debía estar muy satisfecho. No se consigue una amiga en tan corto tiempo.

—A mí me parece que es un siglo todo minuto que tardo en llegar a su corazón.

Volvieron a callar, como si meditasen estas palabras. Bajo la luz difusa, turbia de humos azules del

crepúsculo, divisaron a poca distancia las casas de "Cañas". Tenían que separarse ya.

Frenaron las bestias, para despedirse.

—Virgilio: cierre los ojos —dijo inesperadamente Cecilia, en tono de mando.

No bien los cerró, subyugado por aquella voluntad tiránica, ella se alzó sobre los estribos, y, ladeando el cuerpo en un escorzo, hacia el lado de él, de tal suerte que casi se desprendía de la silla, lo besó bruscamente en los labios. Luégo partió en desenfrenada carrera, llenando el aire del atardecer con su risa argentina, mientras él se quedaba atónito, clavado cual un mojón de piedra, en el mismo sitio donde acababa de recibir aquella confesión de amor, tan extraña como imprevista y caprichosa.

VII

Al separarse de Cecilia y de su acompañante, Jerjes puso a andar su automóvil a toda marcha, carretera adelante, a tiempo que rompía con un prolongado y ensordecedor bocineo cuyos ecos poblaron el campo por algunos minutos. Sin duda quería aturdirse él mismo con la velocidad y con el ruido.

Ya nadie le hacía caso. Al principio, cuando comenzó a atropellar los caminos con esa invención del "coche que anda solo", suscitando el asombro y la curiosidad de los sencillos labriegos, era de verse cómo abandonaban sus chagras y suspendían sus ocupaciones para ir a plantarse en las cunetas, o tras de las cercas que daban sobre la vía, a contemplar primeramente con cierto pasmo temeroso y luego con pueril embeleso el raudo paso del vehículo. Pero al fin se acostumbraron a ello; y cuando, transcurridos los días, advirtieron que el novedoso aparato les estaba causando daños, pues destripó algunas gallinas y perros guardianes, no sólo se despreocuparon por completo sino que empezaron incluso a sentir aversión por aquella máquina maléfica, tal como si se tratase de un elemento de desorden, destructor, peligroso y adverso.

En una revuelta, desde donde se alcanzaba a ver todavía por entre los claros de arboleda, el punto en que se acababa de detener para saludar a Cecilia, paró

de golpe el automóvil. Escondido tras de unas matas, de modo que no pudiesen advertirlo, púsose a espiar con atención los movimientos de la pareja. La luz maligna y amenazadora de sus ojos, y la sonrisa peculiar que le daba a su fisonomía expresión inquietante y equívoca de hombre impenetrable, delataban con claridad lo que estaba pasando en su alma. Movi6 la cabeza, como si asintiese a su propia persuasi6n visual, y murmur6 algunas palabras. Lu6go, no pudiendo ver m6s, porque los otros desaparecieron a lo lejos, se coloc6 de nuevo ante el tim6n y continu6 su r6pida marcha.

Ocho d6as despu6s volvi6 a encontrarse con Cecilia. No fue un hecho casual, porque, interesado en hablar con ella, hab6a buscado reiteradamente el encuentro. Con este prop6sito 6base tres o cuatro veces al d6a por los alrededores de "Cañas", siempre con la esperanza de hallar lo que t6nto deseaba.

Cecilia cabalgaba despacio, siguiendo el hilo de un atajo, por entre un sonoro gualdual, y parec6a avanzar preocupada. Muy abstra6da deb6a de ir, puesto que Jerjes tuvo que repetir su saludo.

—Ha madrugado usted —dijo, cual si estuviese bien enterado de las costumbres de la joven.

—Como buena campesina, siempre madrugo —replic6 ella haciendo alarde intencionado de su condici6n r6stica.

—Y ¿a dónde va ahora?

—A ver a una amiga que vive por aquí cerca.

Reparando en seguida en que él también iba a caballo, agregó con tono de zumba:

—¡Hola! ¿Conque se nos está convirtiendo? Si que me alegro.

La actitud de Jerjes a la jineta no era ciertamente arrogante: le faltaban gracia y aplomo, destreza y dominio de sí.

La víspera se fue con amigos a una cacería en la montaña, y perdieron el rumbo. Los sorprendió la noche. Sólo al amanecer habían logrado orientarse de nuevo. En el afán nocturno por hallar un albergue, Jerjes perdió también la escopeta. Su presencia a caballo por aquel sitio no era, pues, cosa voluntaria. Sin embargo, aseguró con gran desenfado:

—Lo hago por complacerla; por ser como usted.

—¿De veras? Pero yo no le creo.

Un impulso retozón se le metía por el cuerpo y un violento anhelo de divertirse con las manifestaciones galantes de aquel hombre, respecto del cual su intuición de mujer la hacía mantenerse en guardia perenne.

Como iban en dirección contraria, se despidieron. Jerjes se devolvió casi en el acto para decir:

—Oiga, Cecilia: quiero pedirle un favor.

—¿Qué será ello?

—Permítame que la acompañe un rato; tengo que tratarle un asunto.

Ella sonrió, burlona, adivinando la cuestión, presintiendo el tema amoroso.

—Venga usted, pues. Le prevengo, eso sí, que no ha de ser por mucho tiempo. La finca de mi amiga no está lejos de aquí.

Jerjes hizo caminar su montura al lado de la de Cecilia, quien no cesaba de sonreír mirando y escuchando a su compañero ocasional.

—¿Quería usted decirme...?

—Lo que tantas veces le he dicho; lo que le digo una vez más, con toda la sinceridad con que puede hablar un hombre en estos casos. Consienta en ser mi mujer.

—¿Eh? —exclamó Cecilia—; ¿así como suena?

—Usted nunca ha querido oírme; le he hablado, y no he merecido su atención.

—Pura suposición suya, Jerjes; yo siempre me fijo mucho en lo que usted me cuenta: es muy interesante.

—¿Por qué no me contesta, pues? ¿Por qué no me da una respuesta categórica? Esas evasivas con que acostumbra salirme siempre, me llenan de desesperación.

Callaron un rato, durante el cual Cecilia pareció meditar hondamente.

—¡Qué impaciente es usted! —dijo al fin, simulando coquetería.

Lo que Jerjes interpretó como una esperanza que le daba. No quiso deshacer el encanto de tal hipótesis, y, aceptando tácitamente el equívoco ofrecimiento, se puso a hablar con cierto calor confidencial.

—Créame, Cecilia, que mi mayor ambición ha sido merecer su cariño. Con esto sueño hace mucho tiempo. ¡Verla mi esposa! ¡Unir al suyo mi destino! ¿No le parece que seríamos muy dichosos?

—¿Quién puede dudarlo?

—Al menos, procuraría que lo fuese usted.

—¡Muchas gracias, Jerjes!

—Lo digo porque tengo todos los medios de darle la felicidad. Usted sabe que soy muy rico, que disfruto de influencias, que se me considera y atiende. Puedo, pues, ofrecerle una brillante posición y, además, mi apellido.

—Cecilia de Araque —exclamó ella, conteniendo difícilmente el raudal de su risa—; sonaría muy bonito esta combinación. Un doctor y una campesina.

Jerjes se percató de pronto del tono equívoco de su interlocutora. Frunció el entrecejo levemente. Mas como la conocía bien, y no ignoraba que tal era su índole natural, hecha a la broma y a las burlas, acabó encogiéndose de hombros. Se le vino luego a la mente el recuerdo del forastero, el hombre que en forma in-

esperada se atravesaba en su camino a torcer sus designios, lo mismo que un obstáculo desagradable con que no se ha contado.

—¿Qué hay del sujeto aquel? —preguntó en tono marcadamente despectivo, sintiendo en su interior una acometida de celos—. Son muy amigos ¿no?

—¿A quién se refiere?

—Al individuo que me presentó y que la acompaña siempre en sus excursiones.

Tras de un silencio chocante de parte de ambos, Jerjes comentó con mordacidad:

—¡Hombre afortunado! Acaba de llegar, y ya goza de toda la confianza de usted, de todo su aprecio.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Cecilia, malévola, complaciéndose en torturar los sentimientos de su tenaz pretendiente.

—Los ojos no engañan; juzgo por lo que veo.

—¿Y qué ha visto usted de particular?

—No debía preguntármelo. Desde que conoció usted a ese señor, parece que viviera hechizada. No soy yo quien lo digo, créame; es todo el vecindario el que lo asegura.

—Muchas gracias por la noticia.

Hubo otra pausa, durante la cual sólo se oyó el ruido sordo de los cascos al golpear pausadamente sobre la tierra. Dos o tres veces se habían mirado de

soslayo, con rapidez, curiosa la una, y el otro con la faz contraída por el resentimiento.

—¿Se ha enfadado usted? Pues lo siento. Recuerde, Jerjes que jamás he dado motivo para que usted se crea correspondido. He sido su amiga nada más, pero si no puede ser...

—¡Mi amiga! ¿Imagina usted que puedo conformarme con esto? Cómo lamento ahora no haberme dedicado a la poesía, en lugar de perder mi tiempo haciendo una carrera y una fortuna que para nada me han de servir. Si hiciera versos, como el hombre que la ha cautivado, tal vez fuese usted conmigo de otra manera.

A continuación, añadió con rabia:

—Versos... versos... Que se vayan al diablo los versos.

Cecilia tuvo qué reprimir un nuevo acceso de hilaridad. Habían llegado a un punto de la trocha, distante apenas unos cien metros del cortijo a donde se encaminaba.

—Hasta aquí no más le permito que me acompañe —advirtió—; mi amiga vive a la vuelta de aquel recodo. Mucho le agradezco la compañía.

El otro hizo un gesto angustiado.

—Antes de separarnos, Cecilia, dígame de una vez por todas si es que puedo esperar. Deme una respuesta definitiva, se lo suplico.

—¿Es un ultimátum? —preguntó ella sonriendo.

—Es un ruego que le hago.

—Pues bien, séa, ya que así usted lo quiere. No puedo aceptar sus pretensiones. Ni puedo, ni es esa mi voluntad. Cuanto insista usted sobre este asunto será empeño perdido.

—Está bien —dijo Jerjes secamente, palideciendo.

No hablaron más; no se dieron las manos siquiera. Cecilia partió, y desapareció a lo lejos. Cuando Jerjes la vio perderse de vista, hizo un gesto ambiguo, una mueca en que se juntaban la expresión del despecho, la de la vanidad herida y la de la amenaza. Sintió que un aborrecimiento profundo nacía en su pecho contra el intruso que le arrebatava el posible cariño de aquella mujer.

Hincando las espuelas colérico en los ijares de la bestia, que estuvo a punto de desmontarlo al encabritarse asustada, se encaminó a trote seguido hacia la población. En el bufete encontró a su padre, que lo esperaba.

—Llega a buen tiempo, doctor —exclamó Timoteo al verlo, dándole el tratamiento acostumbrado y dejando de pasearse para sentarse.

Timoteo Araque había sentido siempre una especie de involuntario respeto por su vástago; era uno de sus más fervorosos admiradores. El título profesional que nimbaba la cabeza de Jerjes, como un halo resplandeciente de ciencia y de sabiduría, le inspiraba el

mismo sentimiento de devoción fanática que experimenta el creyente ante las imágenes santas y el patriota exaltado ante la bandera o ante la efigie de los héroes.

Sofocado por la carrera y por el disgusto, Jerjes se desplomó a su vez sobre una butaca, mientras decía:

—¿Qué ocurre, viejo?

—Este es el amigo con quien había apalabrado el trático del lote que necesito para redondear el potrero —explico Timoteo señalando a un palurdo que estaba en un rincón, en actitud expectante—. Ya sabe usted a cuál lote me refiero, ¿no?

Sólo entonces reparó Jerjes en el individuo que se encontraba allí, un labriego cenceño, mal vestido, y que había colocado su sombrero de palma sobre la alfombra, a los pies. Le echó una mirada rápida, y respondió:

—Sí, ya me había hablado de eso, viejo.

—Pues Eufrasio viene a cerrar el negocio. Le pondremos al terroncito un precio bájo para que no nos carguen la mano con el impuesto. Usted, doctor, se encarga de hacer la póliza y de arreglar esto en la notaría; nosotros iremos a firmar cuando sea tiempo. ¿No le parece, Eufrasio?

—Cómo no, don Timo.

—Pues entonces no hay más que hablar.

El paleta se rascó la cabeza, como queriendo decir algo.

—Oiga, don Timo: ¿no sería fácil...?

—¿Qué cosa, Eufrasio?

—Que me anticipe unos pesitos.

—Por supuesto, amigo; pero en este caso, vamos a llenar otra formalidad. Usted me firma un documento, prometiéndome otorgar la escritura mañana mismo. En el documento señalamos el precio, ¿eh?, y si le parece, para mayor seguridad, hacemos constar que ya lo ha recibido.

—No es sino una fórmula —intervino Jerjes.

—Claro —afirmó Timoteo—; una simple fórmula. El todo es hacer la escritura, que en cuanto a lo demás ya nos arreglaremos.

Cuando el sujeto se marchó, confiado y humilde, Araque padre se frotó jubilosamente las manos.

—¡Buen negocio! Este pendejo no sabe lo que nos vende: un lotazo a cambio de una bicoca. ¿Se acuerda, doctor, de aquel cambalache de las lomas de El Alisal? Lo de ahora es algo por el estilo. Operación del ciento por ciento.

—También me acuerdo del litigio que nos puso su dueño, llamándose a engaño.

—Je, je; y que fue uno de sus triunfos de jurisconsulto. Le dimos mate en toda regla, porque para eso uno hace bien sus cosas.

Observando en seguida Timoteo que su hijo llevaba traje de montar, inquirió festivo:

—¿Viene de algo bueno, doctor?

—Nó, viejo; salí a pasear un poco nada más.

—Ta, ta; se me pone que anduvo en sus vueltas acostumbradas.

—¿Cuáles vueltas dice?

—Las de la jovencita Alvear; no se haga el desentendido.

—Ah, ¿Cecilia?

—¿Cómo va ese trato, doctor?

Jerjes se encogió imperceptiblemente de hombros, sin responder. Fijó la mirada en un punto cualquiera del despacho, y ahocicando los labios hizo como que silbaba, pero sin emitir sonido alguno.

—¡Hem! Hoy no está comunicativo —apuntó Timoteo, cerrando los ojos a medias para contemplar por entre las pestañas ásperas los ojos de su hijo. Observándolo, comprobó que estaba irritado, seguramente por haber tenido algún arrechucho.

—Hace ocho días —siguió diciendo— arrimé a Cañas, a saludar a don Hipólito. Lo hallé en la buena disposición de siempre. Ya sabe, doctor, que por parte de él no hay ninguna rémora para su matrimonio.

Jerjes rompió a reír de improviso con una risa sardónica; una risa que ahuecaba como un cloqueo su propio despecho.

—¿Qué fue? ¿Por qué se ríe, doctor?

—Esta mañana —contestó siguiendo su pensamiento— me encontré con Cecilia. ¿Sabe lo que me dijo?

—Pues le diría cosas muy agradables.

—Me mandó a la porra, sencillamente .

—Como ella es tan chancista, según cuentan...

—Hoy hablamos en serio, y, por lo que veo, he perdido mi tiempo. Cecilia está tan lejos de mí como este pueblo de los antípodas.

—¿Es de veras que lo dice, doctor?

—Ojalá no lo fuese.

Timoteo Araque se quedó largo rato meditabundo. Para su lógica de hombre que venció los obstáculos y se levantó a fuerza de puños, era inverosímil y absurdo lo que le contaba su vástago.

¿Cómo admitir, en efecto, que existiese alguna muchacha en la población, tan de poco meollo y tan presumida que no comprendiera el honor que Jerjes le hacía fijándose en ella? ¿Se daban cuenta, por ventura, de lo que significaba ser la señora de un doctor de verdad, rico e influyente, y con tantas prendas por adehala? Y aquella señorita, aquella damisela díscola, ¿era la que se permitía el lujo asiático de hacerle ascos a Jerjes?

Volvió a preguntar, incrédulo:

—¿No es pura guasa suya, doctor?

—Ya le he dicho, viejo, que no estoy para bromas.

—¡Umjú! —hizo Timoteo, inflando los carrillos y moviendo a la vez la testa de arriba abajo, como ante una fatalidad.

Al cabo de un rato añadió socarronamente:

—¿Y qué piensa hacer? ¿Ha meditado, doctor, en cuál puede ser la causa de este cambio?

—¿Cuál cambio?

—Pues el de la jovencita Alvear.

—A decir verdad, ella nunca me había prometido nada; ni asentía ni negaba. Se mantenía en un juego de quita y da, y yo no sabía a qué atenerme.

—Menos mal así, porque siempre quedaba motivo para esperar. Pero esto es lo de menos. Cuando yo me casé con tu madre, no se contó para nada con ella: la familia dio el consentimiento, y todo marchó según mi deseo. Mi amigo don Hipólito me ha hecho una promesa formal; conqu... vamos andando.

Poniéndose de pie, y empezando a pasearse, Jerjes replicó, enconada su irritación:

—Cecilia es una mujer caprichosa. Además... Pero, ¿es que no sospecha usted nada?

—¿Así de particular? Pues no se me ocurre.

—Hay un competidor de por medio.

Timoteo Araque miró de hito en hito, con sonriente curiosidad, al hombre que tenía al frente paseándose: lo contempló como podía mirar él, hombre dinámico,

al individuo que va por un camino y que, habiendo tropezado con alguna dificultad, se detiene a considerarla.

—¿Habla del forastero que vive a la salida del pueblo? Ciertos rumores he oído respecto de su amistad con la jovencita Alvear. La gente dice que ella le está enseñando a chalanear.

Tamborileó con los dedos sobre el brazo de la butaca, y añadió reposadamente:

—Bueno, ¿y qué? Un rival molesto no es sino un obstáculo como otro cualquiera. Ya sabe, doctor, lo que se hace con los obstáculos.

Como si sus propias palabras, despertando súbito los recuerdos de la misma manera que un grito hace levantar de una charca las aves allí posadas, hubiesen excitado su temperamento de luchador, siguió diciendo con cierto ardor frío y concentrado:

—Hay qué ir al fin derecho como una recta. Sí señor, derecho. Yo siempre tuve esta máxima para todas mis cosas, y no me paré jamás en pelillos ni en medios. Por eso soy lo que soy. Si me pongo a ver inconvenientes o a vacilar ante bagatelas, me quedo plantado en el camino y a estas horas no sería más que un cualquiera sin importancia. Nadie se ocuparía de mí.

—Todo eso lo sé —afirmó Jerjes volviendo a repantigarse, y con leve tono de aspereza—; pero, cuan-

do se trata de una mujer... No se entra a saco en el corazón de una mujer.

—Depende, depende.

Padre e hijo volvieron a mirarse. Bajo la dura pelambre de las móviles cejas, las pupilas de Timoteo Araque brillaban con una luz cambiante, de decisión y de malicia; una luz abierta y viva que no se agazapaba, como de costumbre, bajo la pantalla de la astucia y del disimulo, por lo mismo que ante su interlocutor se mostraba tal como era, como éste le conocía, y como siempre se propuso Timoteo que lo viese su vástago en el seno de la confianza.

Transcurrida una larga pausa, preguntó a quemarropa:

—Oiga, doctor: ¿se dejará quitar la dama?

Oyendo lo cual Jerjes, que había recuperado su actitud de ahocicar los labios silbando sin ruido, hizo un movimiento brusco en la silla. En seguida se levantó, y, como si no hubiese escuchado aquellas palabras, se puso a hablar de otros asuntos.

VIII

Jesús Montealegre, el Alcalde del lugar, era un hombre en toda la amplitud del vocablo; por lo menos él lo consideraba así, sin que hubiese experimentado jamás la mínima duda en este sentido. Tenía la doble energía anímica y corporal que caracteriza a los individuos de acción, a los dinámicos. Y era tal su esforzado temple, que cuando no podía desarrollar su aco- metividad impulsora en obras materiales, apechaba con empresas de orden moral y de carácter educativo.

De este prurito no se habían escapado los perros. Fresco estaba aún en la memoria de los vecinos el recuerdo de sus primeras iniciativas y de las drásticas y salvadoras medidas que tomó para purgar las calles, en primer término de la tranquila presencia del ganado, obstinado en confundir la vía pública con los prados de pasto, y luego de la insoportable asiduidad con que la especie canina pretendía pasearse por ella.

Dio, en consecuencia, un Decreto que hizo época, y que fue promulgado por bando a tambor batiente, en el que, declarando enfáticamente a los perros seres perniciosos para la moral social y para la higiene pública, se imponía a sus dueños la obligación de retirarlos en el acto de la circulación, so pena de incu-

rrir en multas sucesivas. De los canes mostrencos se encargarían los propios gendarmes.

La disposición produjo sus frutos, pues el pueblo tomó aspecto de encomiable limpieza, dejando de ser por otra parte lo que fue hasta hacía poco: un gran corral de reses y una detestable perrera; pero las noches subsiguientes, como si se vengaran de la draconiana medida, los desventurados animales, que debieron de experimentar nostalgias de libertal y de dulce vagar, y que acaso sentían también el dolor material de las cadenas y la desesperación del encierro, desvelaron a los pacíficos habitantes con sus tristes y desolados aullidos. Durante algunos días, hasta que se cansaron de plañir, las noches fueron un interminable rosario de horas angustiosas, debido al incesante latir, cada vez más sentido y trágico, y al espeluznante parecido que tenían las voces perrunas con las modulaciones humanas: gritos que semejaban ser de personas, lamentos desgarradores de hospital, balbuceos de niños, gemidos de agonía prolongada. Un largo reproche, en fin, contra la crueldad de sus verdugos.

Fuéra de éste, Jesús Montealegre expidió dos decretos más, que honraron y dieron lustre a su dilatada administración: el úno declarando guerra sin cuartel a la prostitución pública, y el ótro haciendo saber que en aquellos días, por temor de posibles trastornos del orden, quedaban prohibidos terminantemente los corrillos de más de una persona. A las pobres expende-

doras de caricias las acorraló de tal suerte que tuvieron que alzar el vuelo hacia otras regiones, con excepción de unas pocas que prefirieron volver a la vida privada, pero continuando clandestinamente su negocio.

Fue, además, el citado Alcalde el inventor del nuevo y famoso sistema de contribución individual, gracias al cual y a su infatigable tesón pudo efectuar algunas obrillas locales. Este sistema consistía en imponer con cualquier pretexto multas a los vecinos, con cuyo producido pagaba el costo de tales obras.

Las gentes del lugar habían perdido ya la cuenta de los años que llevaban vividos bajo su paternal fórmula; los gobiernos se sucedían, y Jesús Montealegre, tomando las proporciones del hombre indispensable, era reelegido sin interrupción. Se llegó a tener la conciencia de que el puesto le pertenecía por tradición y por derecho, y ninguno se hubiera atrevido tampoco a disputárselo.

En realidad, lo que sostenía al Alcalde Montealegre en su plaza era la influencia de los amigos; en aquel pueblo, como ocurre en la generalidad, los personajes se necesitaban unos a otros recíprocamente; se complementaban. Tal es la razón para que los elementos burocráticos anduvieran allí de brazo con los elementos pudientes, marchando todo sobre carriles.

Aconsejado por el despecho, y mortificado íntimamente por las alusiones y pullas de su padre, Jerjes

había resuelto poner en práctica cuanto medio y recurso fuese posible para desalojar a su rival. Por lo pronto le interesaba, pues, hostilizarlo.

Se fue a la Alcaldía, con el propósito de arrastrar a Jesús Montealegre al acostumbrado reservado de alguna licorería. Afuera, en el despacho general, Régulo Mora, a semejanza de un sacerdote, oficiaba con gravedad ante su mesa de trabajo. Este hombre daba la sensación de estar siempre muy ocupado; mantenía la oficina llena de gente, y sobre su escritorio se amontonaban, en formidable desorden, infinidad de papeles de diversa índole.

Al ver a Jerjes, abandonó todo para atenderlo. Se apartaron a un lado, y, tras de conversar un rato en voz baja, el abogado se introdujo tranquilamente en la habitación contigua, que era el despacho del Alcalde.

Jesús Montealegre, que estaba de magnífico humor, exclamó en són de saludo:

—¡Hola, Jerjes!

Frotándose las manos con satisfacción ostensible, agregó en seguida:

—Qué le parece, que acabo de redondear la suma que me hacía falta para concluir aquel puentecito.

—¿El del zanjón de Los Ovos?

—Cómo no, el mismo; mi compadre Leonidas estaba muy interesado en eso, y el asunto me traía sin sueño. Hoy, por fin, pude completar lo que necesi-

taba para dicha mejora. ¿Sabe cómo me las compuse? Pues eché mano de algunos beduinos, de esos que andan por ahí ambulantes vendiendo mercancías, y les arranqué el saldito. ¡Quién los manda ignorar mis decretos! No les quedó más remedio que pitar, para no ir a la cárcel.

—¡Maravilloso, Chucho, maravilloso! Es usted un genio financiero.

—Lo malo es que no todos los días la gente está dispuesta a violar las leyes, y entonces es necesario aguzar la imaginación para que el renglón de las multas no languidezca. Si no se inventa, si se deja acabar los arbitrios, nos vamos sin remedio a la ruina.

—A propósito —dijo Jerjes Araque, sentándose en un ángulo de la mesa—: hay por allí una pava grande, gorda y de buena pluma. Pero, ¿no quiere que salgamos, Chucho, a gestionar un piscolabis?

El Alcalde sonrió, enigmático.

—Oh, no es preciso. Alguna vez me ha de tocar a mí, ¡caray! La semana pasada, oiga, en un rato de complacencia, revoqué una ordencita dada contra cierto sujeto, y vea . . . vea usted, Jerjes, los frutos.

Metió las manazas en un cajón del escritorio, de donde extrajo una botella de anisete, que agitó triunfalmente en el aire.

—Hay gentes agradecidas —siguió diciendo con socarronería bonachona—; por esto no se pierden del

todo las buenas acciones. Si supiera usted lo que me ha conmovido este obsequio.

Sirvió el licor en sendas copas, y durante algunos minutos lo paladearon.

—Está bueno —opinó Montealegre con convicción de viejo catador, haciendo chasquear la lengua con delicia.

—Bueno está —convino Jerjes, condescendiente.

—¿Decía usted que hay por ahí una pava...?

—¡Hombre! Me refiero a aquel forastero que se encuentra en el pueblo hace algunas semanas. Se me ha ocurrido que es individuo de recursos, y que para los fines de usted...

—Entiendo, Jerjes. A mí también me parece que por ahí hay **guaca** escondida. Como ese sujeto vive con muchas comodidades, y no hace nada por otra parte, es de suponer que tenga sus reales. Hasta renta tendrá. Nada más justo, por lo tanto, que contribuya en alguna forma al adelanto de la población.

Soltaron a dúo una risotada cínica que hizo temblar el escritorio, y que enrojeció fugazmente la nariz del Alcalde, mucho más de lo que habitualmente lo estaba.

—Póngale cuidado a ese tipo, Chucho —insistió Jerjes cuando concluyó su hilaridad—; apriétele el tornillo sin miedo. Se lo recomiendo, ¿eh?

Comprendiendo que el forastero se había captado la animadversión de su amigo, Jesús Montealegre respondió con firmeza:

—Déjelo no más a mi cargo, Jerjes; me doy cuenta de lo que usted desea, y puedo garantizarle que no quedará descontento.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Obligarlo a que desocupe. A usted le estorba, y por consiguiente está de más en este pueblo. Morita se encargará de legalizar mis medidas.

Jerjes sonrió, mientras se estrechaban las manos. Libaron una nueva copa, con idénticos paladeos y chasquidos; y, finalmente, el Alcalde acompañó al abogado hasta la puerta.

No se hicieron esperar mucho tiempo las consecuencias de esta entrevista. Una mañana se presentó un gendarme en casa de Rueda, a citarlo para que concurriera a la oficina. Fue al día siguiente, después de almorzar, y con extraordinaria sorpresa se enteró de que le hacían una conminación de carácter doméstico. Después de saludarlo con muchos extremos de cortesía, y de manifestar su pena por tener que cumplir aquella diligencia, Régulo le leyó despacio una resolución de su superior en la que se le notificaba al poeta que no podía tener un ama de llaves, porque eso atentaba contra las saludables costumbres del lugar.

—Pero, ¿qué tiene de particular que haya unas faldas en mi casa? —replicó Rueda—. Yo necesito que alguien me sirva.

—¿No podría usted tomar un criado?

—Hay oficios que sólo puede desempeñar una mujer. No hay razón para prohibirle que se gane dignamente el sustento. De otro lado, sus años la ponen a cubierto de cualquier suposición ofensiva.

—¡Hum! —exclamó Régulo con fingido tono de duda y con cierto cinismo sádico y regocijado—: su ama de llaves tiene muy buenas carnes, señor Rueda. Yo sé que para usted no es más que una sirvienta, pero las gentes son maliciosas y se imaginan otras cosas. Hay qué evitar, pues, el escándalo.

Rueda estuvo a punto de soltar la risa oyendo semejantes razones; pero se contuvo, y preguntó por el jefe de la oficina.

—¿Quiere verlo? Está allí en su despacho. Siga no más.

La acogida de Jesús Montealegre no fue menos cordial. Se levantó para recibirlo con frases amables, y lo invitó a que se sentara.

—Espero que ya le habrán notificado mi autico—dijo benévolo—. No vaya a creer, mi querido señor, que esto va contra usted exclusivamente. ¡Dios me guarde! A usted se le aprecia y se le admira mucho aquí, no obstante que permanece tan retraído.

Pero, ¡qué le hemos de hacer! En estos pueblos se vive esclavo de las preocupaciones y de los hábitos, y es peligroso ir contra la opinión.

—¿Y si yo me negara a prescindir de Petronila?
—insinuó de pronto Virgilio.

—Oh, —respondió el Alcalde, cuyas pupilas brillaron con fulgor de oculta codicia—: no quedaría nada más qué hacer; sólo que tendría usted qué pagar una multa por la transgresión.

—La pagaré.

—La suma puede ser subidita.

—No será una exageración, supongo.

—Ni lo piense, mi querido señor; aquí no se desvalija a nadie; lo justo, nada más que lo justo.

Satisfecho de esta fórmula administrativa, Jesús Montealegre quiso celebrarla, como también el dichoso acuerdo a que habían llegado, y sin reparar en la conveniencia de hacer un agasajo en tal sitio, desencajonó la famosa botella de anisete, que ya estaba en sus postrimerías.

—Usted me aceptará una copa —ofreció.

—Gracias, no bebo.

—Entonces, a su salud.

Sintió de pronto cierto reato de conciencia, porque recordó que el único hotel de la población, el más aceptable, pertenecía a una señora con quien llevaba

relaciones secretas, íntimas y amorosas. Hacían vida marital, mejor dicho. El hombre se daba sus mañas, en cuanta ocasión se le presentaba, para remitirle a la dicha hotelera todos los clientes que podía. Se tranquilizó, pues, diciendo:

—¿No le gustaría, señor Rueda, hospedarse en algún hotel? Tal vez así pudiera usted hurtarle el cuerpo a la multa. Yo podría indicarle, si quiere...

—Detesto los hoteles —interrumpió Rueda vivamente—; no me hable de eso.

—En tal caso...

—Sí, ya le he dicho que pagaré.

Cinco minutos después, allí mismo, en la Secretaría, renunciando a todo término legal, consignó el valor de la multa.

Persuadido de que lo dejarían en paz, no molestándolo más en adelante con enojosas comparecencias, Virgilio Rueda se encaminó de nuevo a su casa. En el fondo, le había divertido el incidente, y como su generosa comprensión de todo lo inducía a mirar a los hombres y a los sucesos con cierta benevolencia tolerante, hija legítima de su escepticismo risueño, comprobó satisfecho que no sentía rencor alguno contra aquellos burócratas arbitrarios.

Tomó el asunto por el lado humorístico, y esa misma noche, estando sentados a la mesa, aprovechó una entrada del ama de llaves al comedor, para referir, con simulado enojo, lo sucedido,

Petronila, que había escuchado atentamente el relato, plantada en jarras frente a los señores, se quedó callada durante algunos minutos, abismada en solemne cavilación. Por fin estalló, impetuosa, en iracunda serie de apóstrofes contra el Alcalde y su subalterno, que de tal suerte la irrespetaban. Era mujer calmada y jovial ordinariamente, pero aquel ultraje pareció trastornarla. ¿Cómo se permitían esos judíos poner en duda su honradez? ¿Con cuál derecho esos farsantes osaban levantar tamañas calumnias contra su virtud incólume hasta la fecha? Ya no se podía trabajar, nó; ya nada significaba que una pobre mujer fuera digna y decente en todos sus actos, pues la confundían con las andariegas, con las que le pelan el diente a todo el que pasa.

—¡Atrevidos! ¡Sucios! ¡Hipócritas! No se acuerdan de lo que son, ni de que tienen rabo de paja.

La rabia y la indignación hiciéronla palidecer y le alteraban la voz en extremo. Manoteaba, se daba con los puños en los cuadriles, y le brillaban los ojos con intensidad, como pintados con ardiente barniz.

—Cálmese, Petronila —aconsejó Pedro Fernández—; no hay qué hacer caso de esos cuentos.

—No son cosas de la gente, señor; estoy segura de que son invenciones del borrachín de don Jesús y del cambalachero de Mora.

Semejante a la tempestal, que se deshace en lluvia, la cólera del ama de llaves se disolvió en un arrech-

cho de llanto. Fue algo así como un ataque nervioso en que se confundían el estertor de los zollos y el jadeo de la pomposa pechuga con las frases entrecortadas y dolientes.

—Lo que más siento —chilló muy apenada, mientras se enjugaba con la punta del delantal las tenaces lágrimas— es que esos sinvergüenzas no lo respeten, don Virgilio. ¡Ponerlo en lenguas con una humilde mujer como yo, cargada de años!

—Oh, no se preocupe por eso, Petronila —la consoló Rueda, encantado—; además, usted no es tan vieja como se cree. ¿Verdad, Pedro, que Petronila está muy lozana todavía?

—Ciertamente, Maestro; y hasta me parece que es muy capaz de turbar el sosiego de cualquier varón de buen gusto.

Dos semanas después, y de ahí en adelante, la autoridad personificada en Jesús Montealegre volvió a la carga contra el poeta. Se cumplía la consigna. Con pretextos más o menos legalizados, y con razones más o menos sofisticadas y pintorescas, se le impuso diversas exacciones. El Alcalde se inflaba de gozo viendo cómo crecía, poco a poco, con éstas y otras entradas, el fondo milagroso que le permitiría acometer nuevas mejoras.

Su simulado celo moralizante llegó al colmo bajo la forma de una resolución curiosísima en la que, apoyándose sobre la farsa de un denuncia a propósito, se

condenaba a Virgilio Rueda a sufrir una exacción más, por haberse mostrado un día temprano en pija-ma, por los aledaños de su casa.

—¡Esto es inaudito! —exclamó Rueda, luégo que se marchó el oficial que había ido a notificarle aquello—. ¿Qué se han imaginado estas gentes? Piensan acaso que soy una renta perpetua y que me dejaré explotar mansamente?

—Maestro —dijo Pedro—: por lo que barrunto, no les hemos caído en gracia a los funcionarios. De algún tiempo para acá noto también que ciertas personas nos miran con animosidad. Y al principio no eran así.

—¡Si al menos no me fastidiaran!

—¿No cree usted que tendremos qué irnos si la cosa continúa como va?

—¡Marcharnos! De ninguna manera —replicó Virgilio con energía—. No he venido aquí por simple capricho, usted lo sabe bien. Y ahora, cuando empiezo a sentir los efectos de este descanso, ¿admite usted siquiera la posibilidad de volvernos?

Se quedó un rato absorto, evocando con la imaginación la figura graciosa y encantadora de la amazona de "Cañas", causa verdadera y oculta de su impre-vista afición por el lugar. Y volvió a decir, como si ratificara lo dicho:

—Superaré los deseos de mi médico; doblaré, triplicaré, si es preciso, la temporada. O salgo de aquí

curado radicalmente, o renuncio para siempre a toda esperanza de salud.

Pedro, que lo observaba desde hacía rato con atento interés, dejó vagar por sus labios una sonrisa socarrona.

—Y yo le digo, Maestro —afirmó con voz equívoca, indefinible, cuya aparente gravedad velaba su propio timbre malicioso y jovial—, que si usted no se cura aquí, no se cura en ninguna parte.

—Ha hablado usted con pico de oro, don Pedro —aseveró Petronila irrumpiendo inesperadamente en la habitación—. La bondad de este clima es cosa que reconocen tirios y troyanos. Yo estoy segura, don Virgilio, de que se pondrá usted aquí como un obispo.

Se clavó los puños en los cuadriles, para proseguir:

—¿Y es usted, don Pedro, el que hablaba de irse? ¡Ingrato! Yo andaba por ahí en mis quehaceres, y sé cuál es la causa. Con estos ojos que se habrá de tragar la tierra ví entrar hace un rato a ese correvedile de la Alcaldía. Lo he oído todo. Son unos leguleyos no más.

—¿Y qué opina usted? —preguntó Virgilio, con repentino deseo de aguzar la situación del instante.

—¿Qué he de opinar? Pues que son unos caimanes de veras. Se las echan de moralistas, pero esto sólo es un pretexto para sacarle dinero a la gente honrada. Es maña vieja de ellos,

Recrudecido su rencor, continuó después de una pausa:

—¡Santurrones! Quien los ve a estos fariseos haciendo aspavientos de beata y escandalizándose de todo. Madrugan a misa, y por la noche se van de tuna con el diablo; viven mal, y predicán las buenas costumbres. Y es esta laya de individuos la que nos batutea y administra... ¿Se ríe usted, don Virgilio? Pues hace bien. De seguro que no saben tampoco a dónde van a parar las sumas que les arrancan a las gentes.

—He oído decir —contó Rueda divertidísimo, y por estimular la locuacidad del ama de llaves— que con esos fondos emprende el señor Alcalde obras de adelanto.

—¡Payasadas! ¡Embustes! Hacen una que otra cosa que les sale de balde, y se meten en el bolsillo casi toda la plata. El hueso de las obras es para los tontos. A mí no me comulgan con llantas, porque sé muy bien que entre ellos y sus barraganas se tragan lo mejor del pastel. Y luego salen proclamando moral los muy descarados.

Cuando Petronila hubo concluido de desfogar su resentimiento, dio media vuelta, irguió la cabeza cual si acabase de cumplir un deber denunciando aquellas miserias, y se marchó en seguida con la más perfecta dignidad.

IX

Al llegar a la orilla, en un paraje donde la vegetación dejaba libre una planadita cubierta de césped verde y tierno, Cecilia se apeó de un salto, ágilmente, y esperó a que su compañero, que venía atrás, descalgara también.

La larga carrera vespertina a través del campo, vertiginosa y alegre, que tanto la apasionaba, había puesto en su rostro ese soflama vivo que hace parecer la piel como tostada por el sol y que le comunica una apariencia deliciosa de fruta madura y aterciopelada por la sazón.

Virgilio se aproximó despacio, y se quedó contemplándola durante un minuto con espontánea admiración. Inmóvil, firme la doble columna de sus piernas, erguida magníficamente como un ánfora que colmaran la gracia y la juventud, ella lo contemplaba a su vez, risueña y desafiadora, sacudiendo nerviosamente la fusta que empuñaba su diestra, mientras con uno de sus pies parecía llevar, golpeando la tierra con la puntera de la bota, el compás de una música imaginaria.

—¡Qué carrera, por Dios! —exclamó Virgilio al fin, saliendo de su embeleso—; hace más de una hora estamos galopando.

—Venga descanse, que bien lo merece, señor poeta— dijo Cecilia con su tono habitual de traviesa burla, en tanto que se encaminaba a unas piedras próximas, situadas en la margen del río.

Eran unas rocas morenas, altas, salientes, vestidas en su base de un musgo húmedo, y en su parte superior calvas y planas como un asiento natural. A sus pies corría el río mansamente, con un leve murmurio de aguas profundas y dormidas.

Se sentaron allí, muy juntos, y después de un silencio en que parecieron llenarse de la emoción del paisaje crepuscular, tan sugestivo siempre, hablaron durante largo rato de lo que más podía interesarles. ¿Y qué podía interesarles más, por sobre todo, que aquel amor ya confesado y aquella conciencia maravillosa que tenían de sus propios sentimientos y de su correspondencia recíproca?

De repente dijo ella, como si recordara:

—He sabido que hablará usted en la velada de caridad que preparan. ¿Por qué no me lo había contado?

—Pensaba decírselo; y pensaba también consultar su opinión.

—¿Mi opinión? —repitió Cecilia, sorprendida.

—Es claro —insistió Virgilio, galante—; aún no he resuelto nada, y para decidirme necesito saber si cuento con su asentimiento.

—¿Tánta influencia tengo, pues, sobre usted? —inquirió ella con coquetería.

—Cecilia: hace mucho tiempo que perdí mi propia voluntad; usted se adueñó de ella, bien lo sabe.

Iba Cecilia a responder con una de sus acostumbradas frases burlescas, pero se contuvo súbito. Ante la mirada grave y sumisa de su interlocutor sintió que su ironía jovial, juguetona y huidiza, se trocaba en ternura insólita y en emoción desacostumbrada. Ahora le hallaba otro timbre a la voz de su amigo, y descubría de improviso que una inquietud acongojante le colmaba el espíritu, al pensar que Virgilio pronto habría de marcharse, porque no era allí más que un viajero, un peregrino de paso que se detuvo un momento para descansar.

—Usted se irá pronto, Virgilio —murmuró con melancolía—; llévese al menos un buen recuerdo de este pueblo en el pensamiento de que contribuyó generosamente a una obra piadosa.

—¿De modo que usted me autoriza?

—Se lo ruego, como se lo han rogado los demás. Se trata de una fiesta de beneficencia, y todos quedarán muy agradecidos de su ayuda.

—Sea —dijo Virgilio—; aceptaré. Tomaré parte en esa velada, por usted, Cecilia. Será un homenaje que le rindo y una manifestación de mi gratitud, muy pequeña por cierto, por la felicidad de que usted me ha colmado.

Fijó la mirada con apasionado amor en el semblante ensombrecido de ella, y vio una inesperada hume-

dad en los ojos magníficos, llenos de un dolor humano y conmovedor.

—¿Está triste? ¿Por qué?

—Usted se irá, Virgilio —se obstinó Cecilia en pronosticar con la tenacidad de una niña caprichosa y mimada, y llena de la torturante inquietud de lo porvenir—; usted se marchará algún día, y habrá de pensar que soy una muchacha superficial, una señorita frívola que no sabe decir sino tonterías.

Antes de que él pudiese responder, prosiguió animándose:

—Yo no quisiera que usted llevase de mí esta idea. No soy únicamente lo que parezco, Virgilio: una campesina, una chica criada en el monte, entre peones y gente humilde, entre sembrados y reses. Mi padre quiso que yo no saliera nunca de esta hacienda; detesta la ciudad, y cree que la única educación buena es la natural. Me ha enseñado él mismo lo que piensa que debe saber una señorita. Usted habrá imaginado, sin duda, viéndome montar y correr como un vaquero, y considerando mis modales tan ordinarios, que no tengo más instrucción que ésta, que soy una mujer vulgar, y eso me desconsuela.

—No, Cecilia, no; tranquilícese. Tengo el mejor concepto de usted, la comprendo perfectamente. Aún más: la amo.

—¿Y cómo puede usted estar enamorado de una muchacha de mis condiciones? En la ciudad hay mujeres finas, según me dicen; mujeres elegantes y bien educadas, a cuyo lado sería yo una cenicienta. No puedo convencerme, Virgilio, de que usted, hombre de la ciudad, encuentre atractivos en una pobre hija del campo.

—¡Y ya ve usted cómo es de cierto! —replicó él con cálida y sincera efusión—. Las mujeres de la ciudad son efectivamente seductoras: tienen el refinamiento y la ciencia que la civilización les ofrece, poseen el artificio y los hechizos propios de las que viven en el mundo, pero en el fondo son las mismas que las que no están en sus condiciones. Hay una diferencia: la mujer mundana es casi imposible que pueda volver a la sencillez, a la ingenuidad adorable de la mujer simple y sin retoques; en cambio, la mujer de otro ambiente siempre está dispuesta a adaptarse.

La miró intensamente y prosiguió:

—Yo no había sentido el amor, Cecilia; no lo había sentido, acaso porque el verdadero amor es un sentimiento espontáneo, que nace desnudo como las criaturas humanas. Le confieso que había buscado el amor por todos los medios, pero no pude hallarlo. Al venir aquí no pensaba en usted; ninguna emoción, ningún recuerdo traía de la ciudad en materia sentimental. Y he aquí que, cuando menos lo espero, el amor llega a mí como un regalo del destino, como un dón de Dios que no sé si merezco.

—¡Virgilio! —reprochó Cecilia con dulce mimo—; eso es una blasfemia. ¡Yo, un dón de Dios!

De repente sintió, irresistible, el aletazo brusco de la risa. La dejó volar libremente, con una rotunda sonoridad de finos cristales que chocaran súbito.

—¡Yo, un dón de Dios para usted!

Cesó de reír, asustada por la seriedad de su interlocutor, que la miró con estupefacción manifiesta, y añadió:

—Perdóneme; me ha hecho mucha gracia su frase; me pareció tan disparatada.

Luégo volvió a ponerse triste, y ambos quedaron silenciosos. Virgilio creía adivinar una penosa angustia en el corazón de su compañera; le parecía que aquella risa era nerviosa y que estaba humedecida en lágrimas. ¡Cuánto hubiera dado por penetrar hasta el último rincón de esa alma!

Le tomó la diestra, y se la acarició suavemente. Volvieron a mirarse. Entonces ella, con lentitud, con confiado abandono, apoyó la cabeza sobre el hombro de Virgilio, y, sin hablar, se puso a mirar como en un sueño las aguas oscuras que pasaban hacia lo lejos, arrulladoras y mansas como una voz maternal, henchidas de la melancolía vespertina.

Durante algunos minutos cerró los ojos. Suspiró. La honda sugestión del crepúsculo hacía la languidecer, enervándola. Tornó a suspirar, como si sufriera.

—¿Qué tiene?— dijo Virgilio.

Sin responder, ella alzó uno de sus brazos por delante del pecho de él, aprisionándole el cuello. Lo atrajo hacia sí, tierna y mimosa, mientras decía con dulce arrullo de paloma:

—No te irás; dime que no te irás, Virgilio.

Había tal acento de pasión y de súplica en estas palabras, que Virgilio se sintió invadido de una emoción nueva. Tomándole a su vez la linda cabeza entre sus manos, la besó en los labios larga y trémulamente, a tiempo que respondía con una voz grave, casi religiosa, no de pasión sino de amor y unción:

—Me quedaré contigo, si quieres... si así me lo mandas... Contigo para siempre, Cecilia... Dime que es ese tu deseo, para obedecerte.

Embriagada de júbilo y de felicidad, ella sonreía dulcemente, en éxtasis... De repente se desprendió, y se puso de pie, como impresionada.

—No puedo detenerme más —advirtió—; se ha hecho muy tarde.

El paisaje se había oscurecido, en efecto, pero un luar sereno, un resplandor maravilloso de estrellas sustituía ahora la lumbre rojiza del crepúsculo. Todo se llenó de esa sombra diáfana que pone en las cosas un velo impalpable de ensueño y de misterio. Adquirieron los seres una belleza extraña y fantástica, atrayente e incierta, tal como si la noche les comunicara una nueva vida por virtud de su mágica influencia.

—¿Te vas? ¿Nos vamos?

—Yo regresaré sola a Cañas. Vuélvete tú de aquí, para que acortes camino. Hasta mañana, Virgilio.

Sus ojos tropicales, de fascinante luz, brillaban gloriosamente entre la perfumada penumbra. Lucieron sus dientes al sonreír una vez más con relampagueos de pálida llama, en tanto que le estrechaba la mano para el adiós.

De un salto cabalgó, poniendo su caballo al galope. Cruzó raudamente la distancia que la separaba de la casa de la hacienda. Ya había luces allí.

Con diestra maniobra apartó la puerta de golpe, y penetró en el ancho patio delantero. Un mastín saludó con breve ladrido. Cuando se apeaba, oyó a su lado la voz afectuosa del mayordomo que se había aproximado a recibirle la montura.

—¿Qué tal, señorita Chila? ¿Cómo le fue en su correría?

—Muy bien, Juancho, muy bien.

—Pero vuelve muy agitada. ¡Carambita! Con ese modo de correr va a dejar tachuela a todos los vaqueros de estos contornos.

—Menos a usted, Juancho.

—No se burle, niña.

Juan de Dios agregó en seguida, palpando la piel lustrosa del caballo:

—Viene empapado. ¡Cuánto apostamos a que se ha sorbido usted esta vez, señorita, lo menos sus cinco leguas! ¡Tan gallaza!

Hizo lumbre para encender un cigarro, pero más con el propósito de verle el rostro a la patroncita, disimuladamente. Mientras prendía, guiñando un ojo según su costumbre, y torciendo la boca, vio, en efecto, que Cecilia tenía el semblante encendido, rosado como las flores de las pencas, y que en sus pupilas bailaban unas lucecitas alegres, vitales, muy contagiosas.

—¡Dichosa edad! —exclamó en son de sentencia—. Usted, ni se cansa, ni conoce las penas. Que Dios la mantenga siempre así.

—Amén— concluyó ella, ahogando la risa.

Iba a subir a la casa, a su cuarto, cuando el mayordomo la detuvo para advertirle:

—Oiga, señorita Chila: su papá don Hipólito tiene que hablarle; me encargó que se lo dijera.

—Está bien, Juancho.

Sin vacilar, aunque un poco inquieta, se encaminó al escritorio de su padre. Hipólito Alvear, que la esperaba, fingía leer un libro con extraordinario interés. La sintió entrar en el aposento, pero simuló no haberse dado cuenta de ello.

De puntillas, a pasos taimados, Cecilia se acercó por detrás, e inclinándose cautelosamente, le tapó con entrambas manos los ojos, mientras reía con una risa silenciosa y traviesa.

—Adivina quién es— dijo al fin, falseando la voz y ahuecándola con suma gracia.

De un salto se sentó en seguida sobre uno de los anchos brazos del sillón, y se puso a acariciarle los cabellos un poco ralos por motivo de incipiente calvicie, y con algunas hebras grises dispersas aquí y allá a modo de presagios de tiempo.

Algo más allá del medio siglo andaba ya el señor de "Cañas"; sin embargo, no había en él signos ostensibles de decadencia. Conservaba todo su vigor y aquella energía inflexible y mesurada que junto con su reputación de hombre austero le ganaron el respeto de cuantos le conocían. Que lo supiese al menos, no tenía enemigos; por el contrario, era muy estimado y acatado de todos sus convecinos.

Cecilia, única hija que le dejó su mujer al morir, constituía la razón exclusiva de su existencia; amábala con una ternura paternal que lo llevó siempre a la debilidad y a la complacencia excesiva; y aunque él parecía mantener su autoridad, ella era en el fondo la que le imponía su querer y en ocasiones hasta sus pequeños caprichos.

Hipólito Alvear la miró fijamente, en los risueños ojos iluminados, en los que el resplandor de la lámpara encendía unos fueguitos dorados semejantes a áureas luciérnagas; la miró largamente, con una mirada interrogadora, y exclamó con insólita gravedad:

—Vuelves un poco tarde, Cecilia. Ya te he expresado mi deseo de que no esperes a la noche para regresar.

—Me retrasé sin quererlo, papá; fui un poco más lejos que otras veces, y cuando me percaté ya no había remedio. ¿Te has enfadado?

—Bien quisiera no disgustarme.

Ella lo acarició de nuevo, con dulce halago.

—Perdóname, papáito lindo.

Al cabo de un rato, Hipólito Alvear, como si no estuviera todavía satisfecho, volvió a decir:

—Sé que continuas tus paseos con ese señor Rueda de que me has hablado varias veces. ¿No te había advertido que debes suspender tales correrías?

—Es verdad, papá; pero . . .

—Esos encuentros frecuentes, casi diarios, no son convenientes. Olvidas que eres una muchacha; que tu condición de señorita te impone cierta reserva.

Por primera vez en su vida le hablaba Hipólito Alvear a su hija en aquel estilo. Cecilia, que bajo su aparente frivolidad escondía un fondo grave y una sencillez casi ingenua, se dio cuenta en el acto, tuvo la intuición mejor dicho, de lo que motivaba el temor de su padre.

—¡Si supieras, papá —exclamó con voz persuasiva— qué hombre tan bueno es Virgilio!

—Yo sólo sé que hasta ahora es un extraño para nosotros.

—A mí me parece que es un viejo amigo. Me gusta y me divierte su compañía. Además, es persona muy delicada, muy discreta. ¿Crees tú que si no lo fuera habría aceptado yo su amistad?

—Desdecirías de tu apellido y de tu familia, Cecilia. Pero veo que defiendes con mucho calor a ese señor Rueda. ¿Tanto te interesa, pues?

Como ella bajara los ojos, sin contestar, insistió en su pregunta.

—¿Te interesa mucho? ¿Lo quieres?

De pronto, tras de alguna vacilación, Cecilia exclamó con vehemente sinceridad:

—Sí, papá, lo quiero; quiero a Virgilio con toda mi alma. El lo sabe, y me quiere mucho también.

Hipólito Alvear se quedó pensativo por largo rato; después dijo:

—¿Sabes acaso quién es ese hombre? ¿Estás bien segura de que merece tu estimación?

—Sí que lo estoy, papá. El me ha contado su vida, su pasado: no tiene secretos para mí.

A su pesar, Hipólito Alvear sonrió.

Entonces Cecilia, interpretando erróneamente esta sonrisa, quiso aprovechar la coyuntura para observar en son de queja:

—¿Por qué no quieres recibir a Virgilio en tu casa? El no se atreve a venir sin tu expresa autorización. Consíéntelo, papaíto, y se lo diré en seguida.

Pero el propietario de "Cañas" tenía sus miras y alimentaba sus proyectos. Era un varón en quien se juntaban dichosamente la equilibrada espiritualidad que dan las ideas generales bien digeridas, con el hondo sentido práctico de los individuos que no pierden de vista las realidades del vivir. Su fortuna pasaba por ser una de las más respetables, mas con todo esto él no se conformaba con que fuese la segunda del Municipio. Todo el mundo sabía que la primera era la de Timoteo Araque, el famoso "Don Timo", personaje que poseía numerosos bienes y mucho dinero en efectivo, y que por lo mismo gozaba de una incontrastable influencia en el pueblo.

De otro lado, tenía formada su opinión: en el fondo lo desdeñaba, no echando en olvido que Araque era hombre de categoría inferior y de bajo origen, además de ignorante y burdo; pero lo aceptaba como un fenómeno, como algo fatal impuesto por la rotación de los sucesos. Justo es decir también que lo admiraba, y que le parecía digno de aplauso su ascenso social, merecido sin duda, y conquistado por virtud de un esfuerzo largo, laborioso y constante. Fuera de lo dicho, Timoteo no era, no podía ser en grado absoluto un analfabeto: tenía clara sindéresis, los conocimientos indispensables, y hasta cierto aplomo logrado en el trato con los demás y en el ejercicio de los negocios.

En cuanto a su hijo, "el doctor Jerjes", lo consideraba bajo otra faz; apreciábalo como una selección, como un producto más fino y por ende más aceptable. Jerjes tenía un título, instrucción, modales, y, si se quiere, abolengo: era el hijo y el heredero de don Timoteo Araque, la persona más importante del Distrito pecuniariamente. Y es cosa sabida que el tiempo desvanece todo recuerdo de los orígenes humildes y va formando estirpes cuando éstas se fundan con solidez en el poder o en la riqueza.

Como hombre criado en el campo, que ha vivido siempre en el campo y lo ama entrañablemente, había limpiado su espíritu de muchos prejuicios. El cultivo mental contribuyó un poco a esto. ¿Qué le importaban al señor rural, retraído y muy campesino, las preocupaciones de ciudad? El no era hombre de ciudad, y no se sentía ligado a ella. Hé aquí por qué, y también incluso porque ello respondía a sus cálculos, pudo admitir y hasta acariciar la idea de un matrimonio entre el hijo de Araque y su propia hija.

Su orgullo no se sentía lesionado por este enlace que vendría a fundir en un solo tronco valores materiales y morales inapreciables; sin contar con que los tiempos habían cambiado, trayendo con su variación un nuevo criterio social y un nuevo concepto humano de la existencia.

Otra causa influyó en su manera de pensar y en sus favorables propósitos: la gratitud; le debía a Timoteo repetidos y valiosos servicios de amistad. En esto fue

muy hábil Araque, captándose con su generosidad calculada la voluntad del señor de "Cañas" y guardándose mucho de no perder de vista el respeto a que le hacía acreedor su categoría.

Ya le tenía dada de tiempo atrás la palabra de su asentimiento para aquella unión ventajosa. En verdad, no se tomó el trabajo de averiguar la opinión de Cecilia ni de sondear su ánimo. Persuadido por otra parte, de que no teniendo preferencia determinada, ni habiendo en el pueblo, en su concepto, mejor partido que el hijo del rico Araque, Cecilia se inclinaría necesariamente hacia él, Hipólito Alvear vivía confiado en que las cosas se arreglarían a gusto de todos, llegado el momento. Cálculo errado y previsión que vino a echar por tierra el inesperado enamoramiento de aquélla.

Sin duda, era un conflicto. Lo era porque había hecho una promesa, y porque no se sentía con valor para contrariar a su hija. Se esforzó, no obstante, por disuadirla.

—Escúchame, Cecilia —habló con calma afectuosa—: yo soy un viejo ya, y es posible que no haya de vivir mucho tiempo; en cuanto a tí, apenas empiezas tu carrera. La existencia sedentaria que llevo de algunos años para acá, me hace presumir que, según todas las probabilidades, no habrán de ser muchos mis días... No te asustes ni te entristezcas. Estas son cosas que deben tratarse con serenidad, y que es mi deber ponértelas de presente, especialmente ahora que se me ofrece oportunidad.

Tomándole una mano, que acarició paternalmente, prosiguió con voz persuasiva:

—Cuando se trata de actos que pueden cambiar nuestro destino, o influir sobre él de modo definitivo, tenemos la obligación, como seres racionales que somos, de pensarlos mucho y despacio. No sería inteligente obrar con precipitación ni con ligereza. Y aunque soy de parecer que en cuestiones de amor intervienen más la casualidad y el capricho que la consideración reposada de las conveniencias, creo también que si de matrimonio se trata no debe cerrarse los ojos a la realidad. Conviene mucho que los sentimientos sean atemperados por la reflexión.

Pronunciado este exordio, Hipólito Alvear hizo una pausa como para sondear a su hija, y entró de lleno en materia.

—Créeme que si acojo con simpatía las pretensiones del doctor Araque, es porque tengo mis motivos. Tu porvenir me ha preocupado siempre, y me preocupa más cada día. Como no tienes allegados, cuando falte yo ¿qué será de tí? Es necesario que te cases, por consiguiente. ¿Y quién mejor que el doctor Araque puede ser el hombre llamado a reemplazarme en la protección y el cariño que necesitas?

—Virgilio, papá —declaró Cecilia con firmeza y con cierto calor—; ya te lo he dicho.

—¡Un extraño! ¡Casi un desconocido!

—Pero si yo no quiero a Jerjes.

—¿Y estás bien segura de que es un verdadero afecto, y no una sugestión o un capricho tuyo, esa inclinación que dices sentir? Medita bien en esto, Cecilia, que es cosa grave y delicada. El doctor Araque es de aquí, de tu misma tierra; tiene vinculadas a la región su vida y sus intereses; las gentes lo acatan y lo estiman; y por sobre todo esto está la razón de que te quiere de veras: de ello te ha dado pruebas continuas e inequívocas. Y a un pretendiente de tan magníficas condiciones, porque además de esto es hombre cabal y cumplido, ¿lo pospones a otro que ayer no más llegó, que no se sabe con certeza quién es ni de dónde viene; un forastero, en fin, sin raíz alguna en el pueblo, y cuyas intenciones nadie conoce?

—Míra, papá: si tú trataras a Virgilio, estoy segura de que pensarías de otra manera.

—Esto lo dices porque lo quieres, o porque te supones que lo quieres; pero ya que te obstinas, bueno es que sepas de una vez que mi voluntad es por completo opuesta a esas relaciones. He pensado mucho en tu porvenir, y ya lo tengo decidido.

—¡Pero, papá!

—Siempre has hecho prevalecer tus caprichos. Habrás de reconocer que te he dado una completa libertad, y que me he plegado por complacencia a tus predilecciones y gustos. En esta vez tengo que hacer una excepción: se trata de tu destino, de tu propia suerte, y yo no he de consentir, por debilidad, en acceder a lo que no te conviene.

Viendo que Cecilia permanecía callada y enfurruñada, continuó diciendo en tono más suave:

—Ese señor Rueda, si no me equivoco, vive en la ciudad, es hombre de ciudad, y a ella le pertenece. Admitiendo que su interés por tí no sea un mero pasatiempo, ¿no se te ha ocurrido pensar que de casarse contigo te llevaría indispensablemente con él? Esto me preocupa, Cecilia; me inquieta y me llena de incertidumbre, por lo mismo que sabes la honda aversión que siento por las ciudades.

Cerró un momento los ojos, cual si quisiera evocarlas en todo su horror, y con toda su legión de obscuras amenazas.

¡La ciudad! —exclamó sordamente—. El dolor y la mentira radican allí. En ella el hombre es una máquina; pierde su verdadera personalidad y la noción de su conciencia. Semejante a un vórtice, la ciudad lo absorbe y lo asimila, y lo hace tan suyo, que lo que antes era un sér libre y consciente acaba por convertirse en una pieza de su engranaje. Todo es allí disimulo, engaño y crueldad. Y como la ciudad no tiene corazón, y hasta los sentimientos se adormecen y atrofian allí debido a la lucha implacable y al ruido que turba los espíritus, resulta que en su seno el hombre concluye por ser un extraño para el hombre. No conozco otro lugar donde los seres humanos vivan tan próximos, tan vinculados por lazos materiales, y a la vez tan distantes, tan apartados en sus almas.

—Papá —interrumpió deliberadamente Cecilia—: en nuestros paseos he oído a Virgilio decir esto mismo muchas veces.

—Ya ves, pues, si estoy en lo cierto, cuando un hombre de la propia ciudad lo reconoce. En alguna época yo también viví allí, y la amé porque no la conocía. Al saber lo que es, me aparté de ella para siempre.

La llama de la lámpara vaciló. Cécilia se levantó a reanimarla, volviendo en seguida junto a su padre.

—Recuerdo —dijo éste— que tu madre tampoco gustaba de la ciudad. Ella, como yo, prefería la vida del campo. ¿Qué puede haber igual a esto? Aquí todo es sencillez y cordialidad, paz y sosiego. Los hombres están más cerca de Dios, y por consiguiente más cerca entre ellos. Oyeme, Cecilia: yo he de morir aquí. Cuando cierre los ojos definitivamente, quisiera llevarme la ilusión de que tú también habrás de vivir y de morir en Cañas.

—Sobre esto puedes estar tranquilo, papaíto; pero no hables de morir, porque me entristece.

De repente, Hipólito Alvear inquirió:

—¿No me has contado que ese señor Rueda es poeta?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—¡Hum, hija mía! Una razón más para persuadirte de lo inconveniente de tus amores.

—Me asombras, papá. Siempre te oí expresarte muy favorablemente de los poetas.

Entonces el señor de "Cañas" emitió esta extraña opinión:

—Es verdad, Cecilia; pero también debo decirte que una cosa son los poetas en los libros, y otra en la realidad. Yo los leo con deleite, y mientras más lejos están en la distancia o en el tiempo mejor los aprecio y aquilato. Me ocurre con ellos lo que a ciertas gentes respecto de los hombres notables, que prefieren no conocerlos para mantener la ilusión que se forjaron sobre sus personas, y porque saben que si llegan a tratarlos de cerca acabarán por humanizarlos. Sí, por humanizar lo que antes habían endiosado... Bueno: tal vez tú no te das cuenta cabal de estas cosas. De todas maneras, yo me sostengo en mi opinión: los poetas, para leerlos; como hombres, como personajes de la vida, permanecen fuera de la realidad. El mundo ilusorio en que se sumergen los hace olvidar el verdadero mundo que los rodea. Por lo general son seres desadaptados, imprevisores y demasiado confiados en la casualidad. Unos soñadores, en fin.

—Yo puedo asegurarte, papá, que Virgilio es un hombre como cualquiera otro en este sentido; un hombre sencillo, común y corriente para todas sus cosas.

—Si es así, no puede ser un poeta de verdad.

Cecilia se quedó brevemente perpleja. Pensó en la emoción que le producían los versos de Rueda, los viejos versos que él le recitaba a veces, con una entonación cálida, morosa y acariciadora, y que, según solía decir, eran los de su primera juventud; los que guardaban la espontaneidad y la frescura de lo que no tiene artificio.

Nada replicó, sin embargo. Tal vez este concepto de su padre acabase algún día por favorecer al hombre que amaba. Con manifiesta veleidad púsose a hablar en seguida de asuntos diversos, inestable y parlara, y no dejándole ahora tiempo de que él hablase. Por fin, recordando de pronto que tenía qué ir a su cuarto, a disponerse para la comida, saltó del brazo del sillón, y, luego de acribillar a caricias la frente de Alvear, que besó repetidas veces, echó a correr como una muchacha feliz.

X

Serafina Téllez, conocida entre la varonía alegre y juerguista por el sobrenombre de "Piernona", era una mujer de esas que saben imponerse más que por sus encantos físicos por la energía de su carácter. Su belleza atractiva, pero vulgar; sus maneras procaces; la locuacidad jubilosa, y a veces llena de gracia, que la singularizaban; y cierto renombre que tenía de ser hembra costosa y muy entendida en achaques de amor, le dieron un vasto cartel en aquellos contornos.

Hija del azar; venida al mundo bajo el peor signo del zodiaco, en cualquier rincón de que nadie se acordaba ya, ni siquiera ella misma, creció como la planta silvestre, apadrinada por el sol, por la lluvia, por las más crudas y variadas temperies, y expuesta por lo tanto a ser un producto natural de sus propios instintos sin vigilancia. Nadie reclamaba paternidad ni tutoría sobre esta chiquilla. Se la veía ir y venir por los cortijos, entrar a las casas de las haciendas, vagar por el pueblo en los días feriados, llena de una curiosidad malsana por lo excesiva, y con los ojos y los labios animados prematuramente por una luz y por una expresión que desagradaban en una criatura de su edad.

La vida, y su indefensión, hicieron pronto de ella una mujercita precoz. Un día, en un recodo solitario, a la sombra del monte, un mozo campesino le abrió los

ojos bruscamente, y ella no le dio importancia a la cosa. Con el correr del tiempo acabó, no obstante, por comprender que su condición de mujer bonita podía serle de utilidad. Cuidó mejor de su persona; se apartó de los amigotes, jóvenes paletos que la cortejaban con poco gasto; y puso en juego desde entonces, maliciosa y calculadora, cuantos recursos le sugirieron su coquetería femenina y su astucia intuitiva, a fin de atrapar peces de mayor calibre.

Media docena cayeron, uno tras otro, en sus redes; amantes transitorios que permanecían lo que les duraba su capacidad pecuniaria. A decir verdad, Serafina no amó a ninguno; en cambio, les hizo pagar caro su complacencia. Y así fue como la reputación de "Pierroña" se cimentó, sobre la ruina de unos cuantos y sobre la admiración estúpida de todos.

La moza estaba en su apogeo cuando Jerjes Araque, de regreso de la Universidad, puso en ella sus ojos. El hijo del rico Timoteo, el abogado de áureo diploma, sintió la imperiosa necesidad de satisfacer su vanidad tomándola de querida "de asiento". De esta suerte, alcanzando la cúspide de sus ambiciones, Serafina Téllez vio realizado uno de sus sueños: tener bajo su dominio a un hombre que no fuese del montón común; el otro sueño era enriquecerse.

Y lo consiguió, a fuerza de empeño. Ella se tuvo al menos por rica con una chagra que se hizo escriturar de Jerjes, con una casita en las afueras de la población, y con alhajas y dineros que mantenía, parte

en un banco de la ciudad, parte en préstamos con subido interés y con garantía hipotecaria.

No era muy generoso Jerjes, pero su pasión inicial le hizo abrir la bolsa; después, poco a poco, fue reduciendo sus larguezas. La Téllez se quejaba, llegando frecuentemente hasta insultarlo. Mas como a la una su interés, y al otro su inclinación viciosa, les aconsejaban no reñir en definitiva, cada cual procuraba ceder un poco por su parte.

Jerjes no la quería, pero le interesaba a su vanidad seguir pagando aquella que consideraba hembra de lujo, y que muchos deseaban y le envidiaban. En cuanto a Serafina, no amaba tampoco a Jerjes, pero le simulaba grande amor, e incluso, para mejor demostración, unos celos rabiosos y huracanados. En cuanta oportunidad ocurría, le planteaba un conflicto, con recriminaciones, con injurias atroces, y a veces hasta con lágrimas. Todo lo cual llevaba al ánimo de Jerjes la persuasión de que aquella mujer era su esclava apasionada, aunque no su sierva sumisa.

De tiempo atrás Serafina se mantenía en perenne disturbio con su amante, con motivo de las pretensiones de éste por Cecilia Alvear. Temiendo fundadamente que un matrimonio los alejaría, acaso para siempre, se empeñaba con tenacidad invencible por hacer surgir toda clase de obstáculos a la consumación de aquella alianza. No reparaba en medios, a fin de impedirla. Y de tal suerte se imbuyó la cabeza en estas

ideas, que suponiendo que Cecilia correspondía a los requerimientos de Jerjes, llegó a sentir odio por ella.

Sí, la odiaba; era su enemiga. De buen grado le hubiese hecho los mayores males y oprobios, para vengarse. Una aversión sombría y unos celos iracundos le intoxicaban el alma, despertando allí, contra la hija de Alvear, los peores instintos y las intenciones más negras y siniestras.

Se paseaba por el corredor de su chagra, después del medio día, obsesionada por sus imaginaciones, y pensando en el modo como llevaría a cabo un pequeño proyecto que le sugirió su inventiva. No era sino un desquite, una venganza limitada que quería tomar por lo pronto, y que talvez, haciendo reflexionar a su enemiga, la indujera a rechazar de una vez el asedio de Jerjes. Y si esto no bastaba. . .

De repente, una sonrisa fría separó sus labios carnosos, bellamente sensuales, a tiempo que sus ojos se iluminaron con un resplandor de dicha perversa.

—Sí, Ochodedos— murmuró con una voz queda, un poco silvante, deteniéndose por un momento en su paseo.

Como sentía afán por obrar, porque era impulsiva y nerviosa, estudió el modo de hallarlo sin mayor dilación. Faltaba saber por dónde anduviese ahora aquel trashumante vagabundo, que jamás tenía paradero fijo, y a quien para encontrarlo valía más encomendarse a la casualidad que a los cálculos.

La incierta probabilidad de que pudiera andar merodeando por los alrededores, a pleno campo, tal como era su costumbre por temporadas, la hizo tomar su decisión. Púsose una pamela, y, como quien sale a dar un paseo después de comer, se metió por unas dehesas en las que el resistero ponía un parpadeo infinito de lentejuelas de luz.

Sentía bajo sus plantas la tierra tibia, casi cálida, estremecida por el calor y por la incubación de nuevos gérmenes. Bajo las anchas alas de la pamela su rostro se coloreaba por la afluencia de sangre, y su epidermis parecía henchirse y florecer bajo el estímulo de la temperatura y del ejercicio. Iba muy ceñida de ropas, alta la falda y pegada a las líneas del cuerpo, lo que permitía adivinar las formas opulentas denunciando al andar su ritmo y su firmeza.

Algo más de dos horas caminó a la ventura, por senderos y callejones, por entre arboledas y pastales. Visitó algunos puntos que él solía frecuentar. Mientras caminaba, con el oído atento a los rumores del agro, y atisbante la mirada zahorí, ávida de encontrar en cada recodo y tras de cada matorral al individuo que buscaba, iba pensando en las probabilidades de que asintiera a cumplir sus deseos. Sabía que Benito Guarumo, alias "Ochodedos", era hombre de aquellos que sirven para todo con tal de que se les pague bien, y se sepa halagar sus malos instintos. Recordó también que varias veces la había requerido en los caminos, y una ocasión en el patio de su propia chagra, para que se

rindiera a sus amorosos anhelos, y que ella había rechazado siempre con desdén las cínicas proposiciones.

Defraudada y cansada, porque no pudo hallarlo, regresaba al atardecer, cuando de improviso, y en el fondo de un bosquecillo que tuvo que atravesar para evitar un rodeo, y donde la tupida vegetación suavizaba con su frescura la caldeada atmósfera, se encontró frente a frente con Benito Guarumo.

Apoyado de espaldas contra el tronco de un árbol, el vagabundo se entretenía en labrar con un gran cuchillo una figura obscena sobre un trozo de madera de ovo. Acaso pensaba también en algo muy interesante, porque no se dio cuenta al punto de la presencia de Serafina.

—¿Qué haces ahí, Ochododos?— preguntó ésta a modo de saludo.

Benito levantó la cabeza, y, sin cambiar de postura, respondió simplemente:

—¡Hola, Piernona! ¿Qué tal?

—Te he buscado toda la tarde inútilmente. Necesito que hablemos.

—¿Y es algo que puede interesarme?— averiguó indolentemente Benito, después de un rato, fijando a la vez sobre ella sus ojos llenos de lujuria.

—Eso tú lo verás. Como te conozco, no vengo a pedirte un favor sino a proponerte un negocio.

—Ah, pues si es así, ya puedes ir cantando.

Serafina paseó una mirada en torno, escudriñadora y desconfiada, cual si temiese la presencia de alguien oculto entre la vegetación circundante.

—¿Nadie nos ve ni escucha?

—Me parece que no. Hace un rato apenas registré todo el monte, en busca de un ovo para arrancar esta corteza, y no ví sino lagartijas.

Dio algunos pasos para aproximarse a la moza, y asestándole un manotón a modo de caricia sobre el hombro derecho, la invitó a tratar el asunto.

—No seas bruto, Ochodedos —protestó ella—. ¡Siempre con tus brusquedades! Si no te portas con decencia, no abro la boca.

—Por ahí te pudras, hija. Entiendo que el interés es tuyo únicamente.

Se sentaron sobre un tronco caído, y Serafina comenzó a hablar entonces del asunto que la preocupaba. Lo hacía con excitación, con rencor manifiesto, sin disimular en lo mínimo el odio que sentía contra su enemiga. Mientras ella charlaba, semejante a una co-torra furiosa, Benito Guarumo la oía con honda atención, sonriendo con solapada burla, y esperando saber con curiosidad a dónde iría a parar todo aquel discurso.

—¿Y qué tengo yo qué ver con estas historias? —dijo Benito al fin, cuando se persuadió de que había concluido—. Tú, Piernona, estás sencillamente celosa

con la hija del viejo Alvear, y esto a mí no me importa nada.

Tras de un corto silencio, inquirió:

—¿Cuál es el negocio que querías proponerme?

—Ya te he dicho que detesto a esa chica. Si la llevas a un sitio apartado, donde pueda tenerla bajo mi poder, te daré el dinero que pidas.

—¿Y qué intentas hacer?

—Eso sólo a mí me incumbe saberlo.

—Te equivocas. Si he de tomar parte en la chanza, necesito enterarme de la responsabilidad que me toca.

—¿No te pago, pues?

Benito Guarumo se encogió de hombros, sin responder.

—Míra —dijo Serafina después de un rato—: no se trata de hacer ninguna barbaridad. ¿Qué te has supuesto, hombre? Quiero darle un susto bien grande, y nada más, a ver si se le mueren las lombrices y me deja tranquilo a Jerjes. La arañaré, le escupiré la cara, le diré cuatro verdades a esa hombruna; y si se insolenta, hasta le vacio un ojo para que se acuerde siempre de mí.

—Eso puedes hacerlo en la plaza pública, delante de todos.

—Bueno: ¿aceptas, o no?

—No me halaga mucho el negocio.

—Ah, —exclamó la moza, despechada—: bien veo que tú no tienes memoria. Después de que te echaron de Cañas, como a un perro sarnoso. . .

—No me recuerdes esas cosas, Piernona; no me las recuerdes, porque se me revuelve la sangre.

—Pues cabalmente, eso es lo que quiero: que se te hinchen los hígados. ¿Tan pronto olvidaste la humillación y los días que pasaste en la cárcel, todo por obra de don Hipólito?

—No, no lo he olvidado —afirmó Benito con voz sombría, ceñuda la frente de improviso y los puños cerrados como para golpear.

—Ahora tienes —continuó Serafina con tono insidioso y estimulante— la ocasión de tomar el desquite. Nos vengaremos juntos. ¿No odias tú también a esa perra, a esa marimacho insufrible? Don Hipólito quiere a su hija como a las niñas de sus ojos, y con esto te lo digo todo.

Benito Guarumo reflexionó.

—¿Cuánto me vas a dar?— preguntó en seguida.

—Fíja tú mismo el precio.

Convinieron la cantidad, y allí mismo, contados peso sobre peso, Benito recibió una parte a buena cuenta. Se la metió con mucha calma entre el bolsillo, y advirtió con suma tranquilidad:

—Pero esto no me basta, Piernona.

—¿Qué más deseas?

—Muchas veces te lo he manifestado.

De nuevo, reanimado por la ocasión, el fuego de una agazapada lujuria inflamó las pupilas del vagabundo. La miró con descaro, amenazador y sonriente, presintiendo talvez que aquella era su hora propicia.

—Ah, —se quejó Serafina—: eres demasiado exigente.

—Entonces no hay trato.

A su turno, la moza pareció meditar. Sin duda se dijo que nada conseguiría con Benito si no se prestaba a sus pretensiones; y como, por otra parte, lo conocía muy bien, tuvo la intuición de que la tomaría allí mismo en seguida, de grado o por fuerza. El paraje era solitario, y nadie vendría en su ayuda seguramente.

Pero, más que nada, la aconsejaban su implacable rencor y su vivo deseo de desahogar en la propia carne de su rival la rabia que la consumía. Ah, con tal de lograr esto, se consideraba dispuesta a todo.

Poniéndose seria de repente, contempló a Benito Guarumo por entre los párpados a medio cerrar, y habló despacio, con palabra metálica:

—Y si digo que sí, ¿no me engañarás? ¿Me das tu palabra de que cumplirás el convenio?

—Ochodados siempre cumple lo que promete— respondió Benito con cerril altivez.

Esto era bastante. Decidida ya, se puso de pie con brusquedad para ofrecerse al rudo deseo del vagabun-

do. Quiso decir algo, pero no tuvo tiempo. Semejante a una fuerza natural, o a un elemento desencadenado, Benito cayó sobre ella con inusitada violencia, y durante algunos minutos sólo se oyó, en la agreste y callada soledad del bosquecillo umbroso, un áspero ruido de hojarascas, de crujientes tamaras, y un resollar sordo y profundo de animales en celo.

Ocho días más tarde, calculada la oportunidad, y bien enterado como estaba de las costumbres de la hija de Alvear, Benito se metió clandestinamente por entre los campos de "Cañas". Fue al atardecer, a la hora en que Cecilia, según le constaba, salía a su habitual correría ecuestre por los contornos. Mientras Serafina, oculta tras de una gran mata, esperaba impaciente, crispados los puños y la boca por la alegría oscura de su próxima venganza, él se apostó junto a un recodo, en un senderito por donde indispensablemente la amazona habría de pasar.

Contra su condición, y a pesar de ser un desalmado, Benito sentía cierta inquietud. En todas sus pillerías lo preocupó siempre la desagradable intervención de lo imprevisto. ¿Vendría sola? ¿Se encontraría desde el primer momento con el forastero aquel que la acompañaba la mayor parte de las tardes? El buen éxito de la empresa dependía sin duda de la rapidez en la acción y de la soledad del paraje.

No tuvo qué esperar largo tiempo: media hora después el rumor de un galope llegó a sus oídos. Como tenía pensado su plan, se plantó en mitad del sendero,

adoptando el aire de un infeliz que implora la piedad pública. Su traje harapiento, y su persona descuidada, favorecían bien la impostura.

De improviso, Cecilia apareció sola a poca distancia. Al ver al supuesto mendigo, atravesado en medio del camino, detuvo de golpe su montura; cierto recelo la acometió.

—¡Señorita!— gimió el farsante, con voz de súplica.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea?

—¿No me conoce? Yo soy Benito, el peón que estuvo en Cañas y que fue despedido por Juan de Dios, el mayordomo de don Hipólito.

—Ah—, dijo ella, recordando de pronto, y poseída de cierto temor.

—Fue una injusticia, señorita; créame. Yo estoy inocente de todas esas cosas que me achacaron. Como soy un pobre hombre, todos se pusieron en contra mía.

A medida que hablaba, disimulada y diestramente iba acercándose a Cecilia. De rápida ojeada había comprendido que llevaba al cinto el acostumbrado revólver.

—Me hicieron un gran mal —se quejó—, porque ahora nadie quiere darme trabajo. Me cierran las puertas en todas partes, como si fuera un malhechor. Hace dos días no como; tengo hambre.

Conmovida, Cecilia permaneció un instante indecisa. Sabiendo que lo acogerían con palos y piedras, era

inútil decirle que fuera a la casa de "Cañas", a que le dieran alimento. Pero tampoco llevaba dinero con ella.

—Le daré una alhaja— dijo en un arrebató caritativo.

Soltó las riendas, y empezó a quitarse los guantes para sacarse del dedo una sortija.

Humilde y servil, y simulando el propósito de impedir que el caballo fuera a arrancar por su propia cuenta, Benito tomó el freno con la siniestra, a tiempo que advertía previsor:

—Pero, señorita... ¿no dirán que he robado esa alhaja?

Impresionada por la observación, Cecilia se detuvo perpleja. Entonces el vagabundo, que se hallaba muy cerca de ella, casi rozándole la rodilla, le arrebató ágilmente el revólver.

—¿Qué es esto? —exclamó Cecilia, estupefacta—. ¡Insolente!

Levantó la fusta, para azotarlo; mas, antes de que pudiese descargarla sobre él, Benito Guarumo la había sacado de la silla, y, con ella en peso, se dispuso a marchar al sitio donde Serafina aguardaba.

Ante el peligro, Cecilia lanzó un grito agudo, de penetrante angustia.

—¡Cállate, guacharaca! —dijo Benito, inquieto, echando a correr con su carga.

Pero a poco se detuvo, porque un rumor de galope venía en sentido opuesto. Alguien llegaba importunamente. Apenas pudo vacilar un segundo. Persuadido de que lo sorprenderían, y poco ganoso de verse complicado en nuevos chanchullos, coíocó su presa en el suelo, y se perdió veloz por entre un matorral.

Desde allí, bien escondido, pudo ver al providencial salvador. Era el forastero. Temblorosa aún, llena de susto y de coraje, ella le explicó lo ocurrido, con palabras entrecortadas.

—¿Y qué se hizo ese bandido?— inquirió Virgilio.

—Huyó apenas sintió que alguien venía.

Desde su escondrijo, Benito sonrió burlonamente. Observó que recogían el revólver, que él dejó caer allí mismo para que no atribuyesen el atentado a móvil ladrón; que cabalgaban de nuevo, y que desaparecían a lo lejos.

Nada supo de este percance Hipólito Alvear, porque Cecilia no juzgó conveniente comunicárselo.

Por su parte, no bien quedó solo, Benito se metió las manos en los bolsillos del pantalón, y se encaminó silbando en busca de Serafina.

—¿Dónde la dejaste? —exclamó ésta, sorprendida de verlo llegar solo—. ¿No te dije que la traieras aquí?

—Se negó a venir— explicó Benito con envidiable desenfado.

—Déjate de bromas, que no estoy ahora para simplezas.

—Ni yo tampoco, hija.

—¿De modo —gritó la moza palideciendo— que te estás burlando de mí?

—No hagas mucho ruido, Piernona. O estás sorda de remate, o pretendes hacerme creer que no oíste la música.

—Yo no oí más que un grito.

Benito Guarumo se encogió de hombros, y relató entonces lo ocurrido. Si Cecilia no estaba allí, a la disposición de la moza, no era, pues, culpa de él. Hizo lo que pudo, ¡qué diablos!

Pero Serafina no se hallaba en disposición de atender a razones. Furiosa por el fracaso, y por lo que creía torpeza, o premeditada falsedad de Benito, se puso a insultarlo con las palabras más crudas y ofensivas. Tanto se excedió en sus injurias y en sus recriminaciones iracundas, que el otro perdió al fin la paciencia.

—Si no te callas de una vez —exclamó en són de amenaza—, te cerraré el pico a la fuerza. Ya sabes que cuando me enojo...

Después añadió, tras de una pausa expectante:

—¿Creíste que por tan poco motivo me iba yo a echar un muerto a cuestras? Pues te equivocaste. Yo no despacho a nadie por quisicosas de mujeres.

—No fue eso lo que te pedí.

—Pero hubiera tenido que hacerlo. Un momento más que me demore, o me obstine en traer a esa muñeca, y a estas horas el forastero o yo estaríamos echando el cuento en el otro mundo. Mal negocio de todos modos.

Serafina no quiso escuchar una palabra más. Escupió aparatosamente en el suelo, en señal de desprecio; le dijo a Benito que era un ladrón y un sinvergüenza; y, volviéndole bruscamente la espalda, se alejó furiosa de allí.

XI

Estaba en su apogeo la acostumbrada feria semestral lugareña. Muchas gentes habían venido de los campos y de los pueblos vecinos, atraídos los unos por la oportunidad de los buenos negocios, y los otros por el señuelo de la fiesta y de las diversiones, pues es cosa tradicional que a estos concursos de comercio se les mezcle la nota alegre para darles mayor interés y amenidad.

El sitio principal de transacciones era la plaza, punto al cual aflucía constantemente la multitud y donde se iniciaba la casi totalidad de los pactos. Desde las siete de la mañana en adelante comenzaba a llenarse el ancho cuadrilátero, de un abigarrado conjunto de hombres y de animales de todo pelaje, y de la más heterogénea condición. Ya hacia el medio día, el aspecto que presentaba el lugar era sorprendente: un hervor de vida se alzaba de allí, tumultuoso y áspero, confundidos en él las voces de los traficantes, los relinchos de las caballerías y el sordo mugido de los ganados.

Como quiera que fuese el último día de ferias, la concurrencia era extraordinaria. Se cerraban de prisa los negocios finales, que solían ser los más importantes; se movían rebaños enteros; las ventas en los almacenes y tiendas tomaban actividad inusitada. Cumpliendo el rito sacramental, no pocos tratos y conve-

nios tenían su epílogo dichoso en el estanco o en la trastienda de alguna licorería.

El viejo reloj del templo acababa de dar las cuatro, con sendos golpes de campana que parecieron anunciar una variación del programa. Ya no quedaban casi animales en las vías públicas, pero persistía en la atmósfera un acre olor confuso de hombres congregados, de bestias sudorosas, de fiemo y de residuos de mercado, todo caliente aún por la influencia del resistero que apenas se iba apaciguando.

Ahora a la muchedumbre varonil se juntaba el pintoresco mujerío, jubiloso y cromático como una canción de risa y de colores. Predominaba la nota criolla de los atavíos locales, de las flores de vivos tonos, de las frutas del trópico, jugosas y fragantes. Y por dondequiera sonaban charangas improvisadas, y solitarios instrumentos que tañían o rasgueaban, entre corros de curiosos, músicos andariegos y cantores de ocasión.

Un continuo tropel colmaba las animadas calles. Había llegado ya la hora de los jinetes, el deseado momento en que todo el que puede exhibe ante la multitud su montura o su habilidad, o ambas cosas al tiempo. Briosos caballos, enjaezados como para una justa, iban y venían cabalgados por sus propios dueños, entre la admiración de los espectadores y la envidia de los expertos. Los diestros en equitación parecían complacerse en demostrar públicamente sus conocimientos, su serenidad y su valentía.

Se chalaneaba sin descanso, se apostaban carreras; algunos caracoleaban de manera teatral. Hubo un momento en que fue tal el entusiasmo hípico y el delirio corredor, que sobre la población pareció pasar un vértigo de locura.

Timoteo Araque encabezaba uno de los grupos. Al frente de una veintena de jinetes corría todo el día, sudoroso y congestionado, puesto a horcajadas sobre un caballo de soberbia estampa, y con el aire triunfal que le sugería la conciencia de su poder. En ninguna ocasión como en esta de las ferias le era dado al rico Timoteo gozar mejor la vida y poder ostentar ante el ajeno asombro su personalidad satisfecha. Una beatífica felicidad le iluminaba el rostro entonces, a la vez que su figura parecía engrandecerse adquiriendo nueva importancia.

A todo lo largo de la feria Timoteo hizo buenos negocios, logrando utilidades inesperadas. A Juan de Dios, el mayordomo de "Cañas", que concurrió también para realizar un gran lote de reses, le ayudó en forma eficaz; Hipólito Alvear quedaría complacido seguramente, y hasta reconocería incluso su valiosa cooperación. Timoteo Araque tenía, pues, motivos para estar muy contento.

A eso de las cinco, en una de las calles más colmadas se produjo gran sensación. Jinete en magnífico potrero de belfos espumantes, sobre un avío suntuoso, y metida entre un pintoresco traje de vaquero: camisa de seda crema, lujosos zamarros de piel, poncho fina-

mente tejido y sombrero suaza costosísimo, Cecilia avanzaba acompañada de una escolta de honor. Juan de Dios, el mayordomo de "Cañas", cabalgaba a su izquierda; a su derecha, montando fogoso alazán, Virgilio Rueda.

Detrás de ellos venían Pedro Fernández y Morita, a los que se juntó Timoteo Araque con su séquito; más atrás aún, guardando cierta distancia y haciendo sonar incesantemente la sirena, Jerjes Araque en su automóvil plateado.

La gente local y la transeúnte contemplaba con admiración y con simpatía a la bella amazona; pero eran, sin duda, los jinetes quienes mayor entusiasmo demostraban. Les placía y los llenaba de orgullo que una muchacha de los encantos y de la posición de Cecilia fuese como ellos, y se exhibiera con tal donaire ante la muchedumbre.

La verdad es que todo fue un capricho: ella se empeñó en que tenía que ir al pueblo de esa guisa, y en que habían de acompañarla precisamente Virgilio y Juan de Dios. Sobra decir que las cosas se hicieron sin que se percatara el señor de "Cañas", sumido golosamente en sus habituales lecturas.

En la plaza se detuvo por algunos minutos la cabalgata; luego siguió su marcha, pasando y repasando las calles, yendo por fin a estacionarse en el extremo de un ancho camellón, que era el lugar donde se convenían las apuestas. Numerosos jinetes llenaban la vía,

a cuyos lados una doble hilera de gente de a pie miraba y alborotaba.

Agitada, garbosa, triunfante de gracia, Cecilia trataba de dominar la movilidad de su potro; cuando logró aquietarlo un tanto, se volvió bruscamente hacia los jinetes que la rodeaban.

—¿Hay alguno que quiera correr conmigo?

La imprevista propuesta, hecha en tono inequívoco de un desafío formal, los dejó a todos desconcertados. Miráronse unos a otros con manifiesta sorpresa, no sabiendo ninguno qué contestar por el momento.

—No hago excepción sino de estos dos señores que me acompañan— volvió a decir Cecilia indicando con la fusta a Virgilio y a Juan de Dios—. Entre los demás ¿hay alguno que quiera correr conmigo?

El silencio expectante no se rompió tampoco ahora. Aquellos hombres eran, casi en su totalidad, diestros equitadores; algunos, verdaderos centauros. Se sorbían el viento en las llanadas; jugaban con el caballo, a cuyos lomos se adherían como vivas ventosas; no pocos se hubiera podido hallar de esos que no se quitan del avío ni para comer ni para dormir, pues se alimentan sobre él, o se lo ponen de cabezal en la noche. Y sin embargo, permanecieron mudos y tranquilos.

¿Cómo podían tomar en serio la invitación de esa chiquilla, hábil amazona sin duda alguna, pero muy endeble también para medirse con jinetes curtidos?

Sonrieron con bonachona condescendencia, y no faltó incluso quien dirigiese una mirada entre soslayada y burlona a la montura de Cecilia y a la propia estampa de ésta. El potro era magnífico, pero ¿acaso bastaba con el potro? Lo que vale es el jinete, y esto era un axioma para ellos.

Viendo que Jerjes bregaba por abrirse paso con su automóvil, por entre el compacto concurso, Cecilia lo llamó con un signo.

—Venga usted, Jerjes, corra conmigo, ya que entre esta gente no hay uno que . . .

El abogado la interrumpió, jactancioso y galante.

—Desde luégo, Cecilia; como usted mande. Yo correré en mi automóvil.

Salida que hizo prorrumpir en una risotada a los que la oyeron.

No se habían extinguido aún los ecos de aquella hilaridad cuando la amazona, haciendo avanzar su potro, se encará con el jinete más próximo, un mocetón trigueño, cuadrado de hombros, que cabalgaba una yegua inquieta, de impetuoso porte.

—Usted parece un hombre —dijo con azuzadora ironía—; apuesto cien pesos a mi propia montura.

—No tengo disponible esa suma, señorita— replicó el palurdo, cuyos ojos brillaron con súbita codicia.

—Ciento contra diez. ¿Acepta?

El otro, tras de breve vacilación:

—Acepto. Correré con usted.

Llenos de curiosidad y de emoción, los espectadores se abrieron en doble fila para dejar libre la pista. Un poco inquieto, Juan de Dios se mordía el bigote, y echaba pestes por dentro contra aquel capricho de la patroncita. Rueda, que se había apartado algún trecho con su Secretario, observaba con profundo interés la escena, ansioso de que llegara pronto a su culminación.

Entre tanto, se cruzaban rápidamente algunas apuestas. Timoteo Araque, que ingirió muchas copas y que sentía crecer su júbilo, comprometió una gruesa suma con un traficante forastero.

—Quinientos pesos a la jovencita Alvear— había dicho pomposamente.

Su propuesta fue aceptada en el acto.

Sonriente y segura de su destreza, así como de la rapidez de su potro, Cecilia esperaba que diesen la señal de partida: Entre la expectativa general, arrancaron cual un relámpago, y durante algunos minutos sólo se oyó el rumor sordo de la vertiginosa carrera.

Vueltos al punto de salida, una larga ovación saludó el triunfo de la amazona. Asombrado y entusiasmado, el jineterío se apretaba ahora en torno de ella, aclamándola y saludando su victoria. Cecilia recibía estas demostraciones con tranquila sonrisa, colocada

de nuevo entre Juan de Dios y Virgilio, que la cumplimentaba.

—Vámonos— dijo de repente, deseosa de regresar a la hacienda.

Y emprendieron la marcha, sin que se hubiese ella dado cuenta de que, entre la multitud, una mujer la admiraba también. Era Serafina, que, como muchas, había venido al pueblo a presenciar los regocijos, y a asistir a la gran velada que se anunciaba.

La moza parecía muy contenta. Toda la tarde se la pasó en el mercado, devorando frutas con infatigable apetito. Cuando se percató de que comenzaba el número hípico de la feria, se fue a lo más colmado del gentío, ávida de emociones y ruido.

No había cesado un solo momento de espiar a Jerjes con femenino disimulo. Observó, henchida de una alegría maligna, su inútil empeño por atraer la atención de Cecilia y captarse su voluntad; y cuando pudo persuadirse de que otro, y no Jerjes, era el hombre que interesaba a la hija de Alvear, sintió súbitamente que todo su rencor por ésta se desvanecía como el humo que asciende y se disuelve en la limpia atmósfera.

Sí, ya estaba convencida de esto; su intuición de mujer no podía engañarla. Cecilia amaba al hombre que iba a su lado; lo decían a gritos la expresión de sus ojos cuando lo miraba, el tono de su voz cuando le dirigía la palabra, su sonrisa y sus ademanes; y más que todo esto lo delataban su ostensible predilección

por él y el ávido afán con que buscaba a cada momento su mirada.

¡Ah, cómo iba a reír de aquel Jerjes tan manifiestamente desdeñado, no bien se presentase la ocasión de echárselo en cara! ¡Cómo iba a gozar con su derrota, escarbándole de paso, implacable y cruel, la lastimadura que dejó en su amor propio la ofensiva postergación! Porque no podía perdonarle esa preferencia que siempre demostró por la hija de Alvear, y el desprecio humillante con que acogía sus constantes reclamos.

En su satisfacción, Serafina casi llegaba a amar a Virgilio, considerábalo como a un bienhechor, y de buena gana lo hubiese adorado como a una divinidad.

De pie junto a una de las cunetas del camellón, y absorta en paladear su gozo interior, no había advertido que el lugar se estaba quedando solo porque las gentes regresaban hacia la plaza. Ella echó a andar también, y se confundió con los grupos de mujeres.

La noche se acercaba entre parpadeos de luz vacilante: la de un gran crepúsculo agónico, lleno de resplandores rojizos y de aletazos de sombra próxima. Un hálito capitoso subía en el ambiente, surgido de la tierra tibia de sol y extenuada de gérmenes, y era difundido en todas direcciones por versátiles brisas sin persistencia.

Desaparecido el día por completo, la extraordinaria iluminación le daba al lugar aspecto fantástico. Infinidad de luminarias fulgían como ojos cromáticos so-

bre los quicios de las puertas, en los balcones, en las pequeñas toldas donde se expendía al aire libre bebidas y comestibles. En la plaza y en los lugares de más espacio ardían candelas y animadas fogatas, como en las fiestas sanjuaneras. Ahora la multitud, saturada de licores y despreocupda ya de los negocios, se entregaba con alegre confianza al placer colectivo y sólo pensaba en divertirse. Varias charangas tocaban incesantemente, estacionadas aquí y allá, o recorriendo la población entre comparsas de muchachos que hacían un acompañamiento demoníaco de gritos y de estrambóticos ruidos, pues iban armados de tarros y de matracas, y de estridentes pitos. En algunos puntos se bailaba en la vía pública.

Los estancos y pulperías estaban también colmados de gente que bebía y hablaba gesticulando.

Anunciada como estaba a son de bombo y de hipérbole la velada de esa noche, una gran expectativa reinaba en el pueblo. Se decía que iban a hablar el poeta Rueda y Morita, y que desempeñarían atractivos números algunas señoritas del lugar, todo lo cual excitaba la curiosidad. De otro lado le daba grande importancia al acto, el hecho de que funciones de esta clase, que toman un aspecto casi social, eran raras allí.

Se trataba, y así se había hecho saber de antemano, de una fiesta de caridad, de una iniciativa benéfica en favor de los pobres; lo que, unido a la índole amena del espectáculo, suscitaba la simpatía y la buena disposición del público.

A las ocho la gente se arremolinaba a la entrada del local donde se iba a celebrar la velada y a cuyas puertas soplaban y golpeaban sus instrumentos con conmovedor entusiasmo los abnegados músicos de la banda municipal. La amplia sala de espectáculos estaba ya casi colmada de una multitud abigarrada y alegre, cuyo conjunto ofrecía singular aspecto, y de entre la cual brotaba, como de un vivo pozo, un hervor continuo de inquietud y de expectativa. Los organizadores de la velada habían dispuesto de tal suerte el recinto, que en poco se diferenciaba de un teatro común: al frente y a los lados, divididos convenientemente, los palcos para las familias; en el centro, a modo de platea, un ancho cuadrilátero con escaños.

La banda entró por fin, y empezó a cumplirse el programa. Hipólito Alvear y su hija ocupaban uno de los palcos del frente. Cerca de allí, en un palco lateral, conversaba Virgilio con su Secretario y con un grupo de muchachas que iban a cantar y a representar unos cuadros vivos.

De pronto, Pedro Fernández tocó ligeramente con el codo a Virgilio, a tiempo que dirigía su mirada hacia la entrada del recinto.

—Ahí viene ya la comparsa— le sopló al oído.

Aparatosamente, para producir sensación, hacían su entrada en ese momento media docena de personajes: Jerjes, Morita, el Alcalde y tres amigos más. Un poco retrasados, en grupo aparte, llegaron Timoteo Ara-

que y el Párroco, quien por tratarse de una función benéfica decidió concurrir.

Jerjes se separó de sus acompañantes, para ir a saludar a Cecilia. De paso por donde se encontraba Virgilio, se detuvo un momento a hablar con él.

—Mis felicitaciones de antemano, señor Rueda —dijo con tono gozoso y lisonjero—. Todos anhelamos oírlo. Y desde luego le auguro un triunfo completo.

Añadió, dirigiéndose a Pedro:

—Hola, señor Fernández: muy buenas noches. Hacía tiempo no tenía el gusto de verlo.

Virgilio le dio las gracias con fría urbanidad, mientras su Secretario murmuraba una frase cualquiera y continuaba hablando con las señoritas del cuadro, las que, por su parte, miraban al abogado con amabilidad expresiva y sonriente.

Cinco minutos más tarde Jerjes conversaba animadamente con Hipólito Alvear. Mientras dialogaba, sus ojos buscaban con inquietud, entre el apretado concurso, la presencia de alguien. Al cabo sonrió. En la aglutinada platea, llena de tipos de toda calaña, había descubierto con satisfacción a Benito Guarumo rodeado de media docena de belitres. Parecían ebrios; y hablaban y gesticulaban. Benito también lo vio, y se cambiaron un signo de inteligencia.

No lejos de donde se hallaba el peón, en la misma platea, Serafina Téllez ocupaba un escaño, entre dos

amigas. Jerjes la descubrió igualmente, con alguna inquietud. Tuvo buen cuidado de que sus ojos no se encontrasen; pero, contra todas sus precauciones, sus miradas se cruzaron al fin. Observó que ella estaba irritada, que se movía y hablaba nerviosamente: con seguridad porque se había percatado de que él estaba en el palco de Alvear.

En la escena, sobre el improvisado tablado, Régulo Mora se retorció como un epiléctico, declamando un poema. Esa noche estuvo feliz. Presa de una fiebre lírica sin precedentes, sudoroso y transido hasta el tuétano de una emoción casi sagrada, iba diciendo con apasionada y grandilocuente voz los versos sonoros. Como el poema era épico, algo así como una marcha triunfal, se prestaba mucho para que Mora pusiera a contribución sus facultades oratorias. El éxito fue, pues, completo y ruidoso.

—¡Viva Morita!— gritaron muchas voces en la platea, ovacionándolo, mientras que de los palcos se alzaba el revuelo de los aplausos espontáneos.

Siguió un cuadro vivo, con muchas luces de bengala; y luego una muchacha, apenas adolescente, entonó una canción tierna con estribillo.

Cuando se presentó Virgilio ante las candilejas de gas, se hizo un gran silencio en la sala; se volvieron hacia él todas las miradas. Su aspecto sencillo y sonriente captó al punto la simpatía general. Con voz llena, pausada, henchida de matices, empezó a recitar

una de sus mejores composiciones. A medida que hablaba, su acento adquiría vibraciones cálidas y emocionadas, y temblaba en ciertos momentos con temblor dramático.

En medio de profundo silencio, sobre la balsa quieta del auditorio que lo escuchaba con ánimo suspenso, encadenado por la sugestión de la voz, las palabras de Virgilio caían nítidas y precisas, corporizando casi las imágenes que evocaban.

De pronto, inesperadamente, una tos importuna salió del grupo donde se encontraba Benito; se repitió dos o tres veces. A poco un carraspeo insistente, de impertinencia grosera e intencionada, turbó de nuevo la atención de la sala. Muchas cabezas se volvieron para averiguar qué ocurría. Pero Benito Guarumo y sus compañeros, adoptando el aire más inocente, hicieron los desentendidos.

La insolente perturbación, tan imprevista como torpe, había obligado a Rueda a suspender un momento su declamación, y a volverse también, con movimiento maquinal, hacia el punto de donde procedía. Seguramente era ese el momento esperado, pues una voz agresiva, epicena, chilló en són de burla:

—¿Qué hubo?

Otra, del mismo estilo, agregó:

—¿Se le fue la paloma?

Del mismo grupo salieron algunas risas que contagiaron a los más próximos. Hubo un zapateo. Se mo-

vieron asientos. De entre la mayoría del público salió luego un murmullo de indignación y de reprobación.

Pero los promotores parecían dispuestos a interrumpir de todas maneras al orador. Rueda, sereno y siempre sonriente, se disponía a continuar cuando una gran rechifla se lo impidió de nuevo. En la platea se armó un alboroto indescriptible, pues empeñados los unos en el desorden, y los otros en protestar contra él, todos gritaban al tiempo y se apostrofaban.

Serafina, cuya simpatía por Virgilio la convirtió en su ferviente admiradora, chispeaba de ira. Ciertos detalles que había observado, por una parte, y de otro lado su natural suspicacia, la hicieron adivinar el origen del vulgar incidente. Y esto la enardeció más. Bruscamente púsose de pie, y, alzando la voz para que la oyeran bien, gritó con gran desvergüenza:

—Que saquen a Ochododos; él es el culpable de todo.

Se subió incontinenti sobre el escaño, para señalar con índice acusador al vagabundo.

Como picado por una víbora, Benito Guarumo se volvió hacia la moza, y durante algunos segundos se quedó mirándola con ojos de encono y de amenaza. En el fondo de sus pupilas ardía una luz cambiante, llena de destellos siniestros.

Alzó los hombros con gran desprecio; pero como la otra, envalentonada, continuase agrediendo con palabras, exclamó de modo que todos lo oyeran:

—Cállate la jeta, Piernona, que estás borracha y eres una cualquiera.

—Pero no he robado novillos, hijo.

Entre la estupefacción del público, continuaron cruzándose frases hirientes y violentas, olvidados por completo del lugar en donde se hallaban.

Al fin, el Alcalde tuvo que intervenir para cortar el escándalo. Se alzó con cierta indolencia de su asiento, y fuese derecho en dirección de los perturbadores. Jerjes, que se había despedido con cierta premura de Hipólito Alvear y de Cecilia, después de protestar airado contra la grosera interrupción del grupo soez, salióle al encuentro a Montealegre, y, con disimulada manera, díjole rápidamente, de tal suerte que nadie pudiera oírlo:

—A Serafina déjela tranquila, Chucho. Arreste a Benito nada más, pero suéltelo pronto.

El Alcalde asintió con un ademán imperceptible.

Los acompañantes de Guarumo quisieron oponerse a la detención, y hubo que llevarlos a todos. Eran ocho en total, y cada uno más o menos conocido en la localidad por sus fechorías y por su reputación de gente del hampa.

El programa siguió cumpliéndose, restablecido de nuevo el orden transitoriamente alterado. En su palco,

un grupo de muchachas y de señores trataba de desagrar a Virgilio, que sonreía. ¿Por qué se preocupaban? Aquello no valía la pena, por lo mismo que fue un brote natural de gente ordinaria y ebria. El había apreciado los hechos en lo que justamente valían.

Flechó con ojos anhelantes el palco de Cecilia, y sus miradas se encontraron. En los de ella una luz intensa brillaba, acariciadora y tierna, dándoles soberana elocuencia. Era una expresión de amor, de pasión rendida y aquilatada, que lo desagradiaba mejor que las frases convencionales y que las manifestaciones con que lo abrumaban ahora.

Le hizo un saludo con los ojos y con los labios, de tal modo que los demás no se percatasen; se despidió con un apretón de manos de sus acompañantes, y salió de la sala seguido de Pedro Fernández, su Secretario.

Semejante a un gran pellejo que se desinfla, el recinto iba quedando poco a poco vacío; abandonado y triste como las cosas que pasaron de moda. Gran parte de los espectadores, los hombres y especialmente la gente forastera, regresaba a la plaza, donde aún persistían las alegres candelas, y donde se concentraron las charangas. Tal vez el pensamiento de que esa era la última noche de regocijos, y de que mañana iban a partir, los unos para sus chagras aledañas, los otros para sus lugares distantes, llenaba los ánimos de una melancolía confusa y de un ávido deseo de prolongar las horas jubilosas que parecían volar hacia su término.

Tomando del brazo a Pedro, Rueda se encaminó despacio a su residencia. La noche era clara y serena, y un perfume vago impregnaba el aire, tan dulce y sutil que producía cierta ebriedad. A trechos dejaban atrás, o se les adelantaban, grupos de campesinos que volvían a sus cortijos, o parejas tiernas que se enlazaban por el talle, indiferentes a cuanto ocurría a su alrededor.

Llegados a casa, todavía permanecieron un rato en el corredor, acodados en la baranda. Era más de la una, pero no sentían deseos de dormir. Por el camellón pasaban a largos intervalos los últimos rezagados. Poco a poco se fueron desvaneciendo los ruidos, fuéronse apagando los fuegos de la población. Y por fin, un gran silencio desplegó su enorme abanico, como las alas de un monstruoso vampiro, sobre el vasto paisaje del caserío y de los campos, que se fueron sumiendo en la sosegada paz de su sueño y de su inconsciencia transitoria.

XII

Concluído el espectáculo, Serafina se dirigió sola a su casita del pueblo; se sentía muy cansada, y además de esto le dolía un poco la cabeza.

En el cuarto contiguo a la salita, habitación irregular que le servía a la vez de alcoba y tocador, se había sentado en una mecedora, y allí, entornados los párpados, y cruzada una pierna sobre la otra, trataba de buscar alivio aspirando profundamente el aire nocturno, fresco y acariciador, que entraba por la ventana abierta.

Ella tampoco tenía sueño. La desvelaban la áspera sensación de aquel dolor sordo, clavado entre ceja y ceja, y los pensamientos revueltos que parecían bailar dentro de su cabeza una zarabanda loca. Todavía excitada por el calorcillo de los licores que ingirió durante la fiesta, y por la agitación de la bulliciosa jornada, recordaba con acre disgusto, porque no estuvo todo lo contenta que pensó, los incidentes de ella, y evocaba con más desagrado que placer las imágenes que la impresionaron.

El silencio y la soledad, que poco a poco iban envolviendo la población, concluyeron por adormecerla; cierta inconsciencia paulatina, que la hacía olvidar su dolor, fue sumiendo su ánimo en una especie de atonía pasajera, semejante a un colapso. Tan hondo era

su estupor, que no se dio cuenta, al cabo de un rato, de que alguien había entrado en el aposento y se aproximaba a ella con blando paso.

Oyó que pronunciaban su nombre como con una voz lejana, venida por entre las nieblas de los sueños; escuchó que lo repetían de nuevo; pero todo esto le pareció una forma de su propia ilusión.

Cuando la sacudieron con fuerza, acompañando el acto con algunas palabras impacientes, volvió a la realidad bruscamente, para fijarse en el intruso.

—¿Quién es?— preguntó con cierta indolencia, sin alterarse, porque no se asustaba con facilidad.

—¿No me conoces? — gruñó a su vez, con tono irritado, el que la acababa de zarandear—. ¿Tan ebria estás aún que has perdido hasta la noción de las personas?

Reconoció de pronto a su amante, entre la penumbra del cuarto. Según solía hacerlo cuando se le ocurría o le daba por ahí el capricho, Jerjes se presentaba de modo inesperado y a horas intempestivas y arbitrarias.

—No te aguardaba, hijo— afirmó Serafina muy displicente, ya despabilada por completo, y haciendo mover como un balancín la mecedora en que estaba sentada.

Jerjes parecía venir muy rijoso. Tras de un momento de silencio, y parándose ante ella con la mayor impertinencia, volvió a hablar vivamente.

—Esta noche te has portado como una criatura, ¿sabes? No has hecho sino dar lora durante toda la función. ¿Qué necesidad tenías de inmiscuirte en lo que no te importaba?

Oyendo esto, la moza se enfadó a su turno. Hizo un violento movimiento en la silla, y con voz de escarnio replicó como si la hubieran pinchado:

—Si te chocó que me metiera, ¡tanto peor para tí, hombre! Yo soy libre de hacer lo que me parezca; harta estoy de decírtelo. Además, ¿qué tienes tú que ver con Ochodedos? ¿No fue una porquería lo que hizo? A menos que tuvieras interés...

—Cállate, no seas necia. ¿Qué interés podía yo tener en eso?

—No me lo preguntes a mí; respóndete tú mismo, si te urge saberlo.

—¿De modo que te imaginas...?

Serafina dejó escapar de improviso una risotada sarcástica; rió largo rato, haciendo temblar la mecedora, estremecida toda ella de un regocijo impetuoso y turbulento, y llenando la estancia, que se convirtió en pajarera momentánea, de un vibrante y extraño trinar de pájaro nocherniego. Al fin cortó su hilaridad, para declarar con tono muy serio:

—Míra, Jerjes: o eres demasiado payaso, o es que me crees tonta. A Ochodedos lo tiene sin cuidado que Pedro, Juan o Diego se peroren donde les dé la real

gana. Su cochinada de esta noche no fue cosa de él solo; alguien lo aguijó, de seguro, o le pagó para que lo hiciera.

—Sí, ¿eh? —contestó Jerjes con ironía—; adivinadora y sicóloga; eres un portento, mujer.

—Ya puedes disimular todo lo que quieras, y hasta hacerte el de nuevas si te cuadra mejor así.

—Pero, ¿qué pretendes darme a entender con esto?

—Te lo diré bien claro: tú, y nadie más que tú, fuiste el que lo azuzaste. Yo vi la señal que le hiciste a Ochododos, y desde luego me imaginé que ya tenían su plan convenido. Como te mantienes loco de celos, y sabes que tu rival es el preferido, te vales de cuanto medio puedes para causarle daño.

—¡Serafina!

—No creas que te temo, ni que me he de morder la lengua por miedo a que te disgustes. Eres un cobarde, pues si no lo fueras atacarías a tu rival de frente, como lo hacen los hombres.

—Tú estás borracha aún.

—¿Por qué te vales de otros para ejecutar tus proyectos? ¿Por qué no sacas la cara? Después de todo, lo que me produces es lástima; soy una mujer, y te compadezco, porque pareces un perro faldero, corriendo a todas horas tras de esa hombruna; mendigando el hueso de una palabra de esa figuranta que no hace sino reírse de tí.

—¡Mientes! —exclamó Jerjes palideciendo en la penumbra—; y te advierto que tengas cuidado, Serafina, porque no estoy dispuesto a tolerar más insolencias. Ya es demasiado a lo que te atreves.

—Me das risa, hombre. ¿Acaso no es verdad lo que digo?

—¡Mientes! —repitió Jerjes exasperado.

Y presa de súbito acceso de rabia, volcó sobre ella una carretada de palabras vulgares, hirientes y ásperas, que por su parte Serafina recibió con magnífica indiferencia.

Durante algunos minutos Jerjes se paseó por el aposento, excitado y furioso, conteniendo difícilmente su deseo de golpearla; pero de pronto se calmó. Fue hasta la ventana, a aspirar con fuerza el aire de afuera, y regresó a donde se hallaba.

—¿No vas a encender luz?— inquirió, ya tranquilo, cual si nada hubiese ocurrido.

Viendo que la otra no se movía ni hablaba, seguramente enfurruñada, él mismo prendió la lámpara que descansaba sobre el velador. Se sentó en seguida en un taburete, y se puso a contemplar a la moza con impertinente curiosidad.

Ahora, bajo la luz que daba de lleno sobre ella, sus gracias físicas se acusaban de una manera sorprendente: el fino perfil, que parecía extraño en una mujer de su condición, la fresca tersura de su piel, la movilidad

expresiva de sus facciones; pero lo que más atraía era su juventud, esa primavera vital que es fuerza y lozanía y que semejaba haberse aposentado en su cuerpo como un real de gloria, lo mismo que en un trono suntuoso. ¡Cuántas veces, contemplando tales encantos, Jerjes sintió desvanecerse sus iras y ablandarse sus avaricias, y que su voluntad se fundía como la cera al calor de la llama, doblegada al dominio de esa mujer!

El también había bebido un poco, y tenía los sentidos sobreexcitados. La actitud de la moza, casi tendida sobre la mecedora, en muelle y lánguida postura; sus piernas cruzadas de modo que la falda se recogía un poco, dejando entrever sedas y encajes interiores y lampos de carne mórbida; sus ojos entrecerrados adrede para no verlo, y su boca fruncida por el enojo, todo contribuía a despertar en él los instintos lúbricos, los ávidos deseos de posesión.

Se levantó, y fue hacia ella, ansioso de amor; quiso inclinarse para besarla, pero Serafina rechazó su caricia.

—Déjame, que me fastidias.

Un olor penetrante e incitador, en que se mezclaban acres efluvios de transpiración y aromas de jabón perfumado, se desprendía de la carne de la mujer; también un vaho sutil de polvos costosos.

Jerjes pensó con satisfacción acaso un poco vanidosa, en los cuidados que su amiga tenía con su físico,

hasta el punto de que para ella parecía ser cuestión vital velar diariamente por su limpieza. Volvió a aproximarse, y tomándola en vilo como si fuese una criatura, la obligó a ponerse de pie y a estrecharse contra su pecho. Un largo beso acabó por reconciliarlos.

—¡Farsante!— gimió Serafina, desfalleciendo.

Después vinieron los reproches, tiernos y zalameros, y las explicaciones mutuas. Aprovechando la oportunidad, ella empezó a hablar enseguida con un tono insidioso, muy ganosa de persuadirlo de cuanto ella afirmaba. Sus palabras eran intencionadas, astutas, llenas del solapado propósito de sembrar en el ánimo de su interlocutor un sentimiento vivo y profundo que se fijase allí como el grabado sobre la piedra: el sentimiento del orgullo viril lastimado y escarnecido. ¿No tenía, pues, amor de sí propio, cuando así se humillaba ante una mujer que era como otra cualquiera, y que se movía de su cariño como de una cosa despreciable? ¿Por qué ese tenaz empeño de conseguir lo que la suerte quería que fuese para otro, y esa caprichosa obstinación de creer que la hija de Alvear era la única capaz de hacerlo dichoso en un matrimonio?

Mordiéndose la lengua, que sus propias frases quemaban y enardecían, le hizo ver a Jerjes, con zorrunos halagos, que él podía muy bien, hecha excepción de aquella remilgada chalana, elegir entre todas las chicas del lugar, que valían tanto como la otra, y que se perecían por el hijo del rico Araque.

Bajo aquella locuacidad tumultuosa, calculada e interesada, y tan hábilmente dispuesta para producir sus efectos, Jerjes iba sintiendo que algo se rebelaba en él. Llegó a pensar en cierto momento, que, en realidad, el papel que desempeñaba era triste y ridículo. Pero esta situación duró poco: la bella figura de Cecilia, y la triunfante imagen de Virgilio, evocadas con nitidez casi fotográfica por su imaginación súbitamente despierta, provocaron una reacción en su alma, excitando de nuevo su despecho, sus celos, su creciente odio oculto.

Disimuló, no obstante, bajo apariencias de frialdad, la interior turbulencia. De esta suerte escuchó, pareciendo estar muy atento, las últimas parrafadas de Serafina.

—No creas que lo hago por conveniencia, Jerjes. Yo bien sé que cualquier día te has de casar, y me dejarás por lo tanto. Me quedaré bien fresca, hijo. Pero ahora soy tu mujer, aunque sea **morganáutica**; soy tu amiga, y tengo el deber de interesarme por tus cosas.

Jerjes salió al amanecer, bajo la indecisa luz de un alba pálida que ponía sobre los tejados y sobre las copas de los árboles un capuz turbio y vaporoso semejante a la niebla. El caserío estaba completamente solitario, porque con la vigilia anterior hasta los madrugadores se habían retrasado. No quiso irse a su casa, sino que se encaminó despacio, sin propósito fijo, sin otro deseo que el de andar, aprovechando para ello la frescura matinal y la buena disposición que sentía.

A eso de las siete desembocó en la carretera, por la que avanzó un par de kilómetros; la naturaleza había despertado ya por completo: se agitaba la algaida con mil rumores diferentes; vibraba el aire con el estremecimiento confuso de las alas y la algarabía de los picos; sacudían su follaje, como poseídos de una alegría nueva, los árboles que el relente entumeció.

Cuando regresaba, ya a pocas cuadras del lugar, tuvo que echarse a un lado, saltando una zanja, para dejar pasar un gran tropel de novillos. El ganado parecía irritado, levantisco, y los hombres que lo conducían necesitaban multiplicarse, corriendo aquí, brincando allá, avanzando y retrocediendo, para mantener en la vía las indisciplinadas reses. A ratos los animales mugían con rabia impotente, o con quejumbre dolorosa, cual si protestaran contra el atosigo de las varas que los herían y de las voces ásperas que los excitaban.

Poco faltó para que en aquel punto el rebaño se desbandase, debido al tumulto y al anarquizante desorden que metían dos o tres toretes indómitos que iban en la manada. Se apretujaban unos contra otros, plantábanse de pronto como resueltos a no seguir adelante y a desconocer la voz de los capataces; o reculaban, escarbando el suelo con las duras pezuñas, y obligando a los que iban detrás a retroceder en apresurada confusión. Por fin, restablecido el orden, el rebaño pasó, levantando una gran polvareda, y Jerjes pudo continuar su camino.

Transcurridos algunos días, los sentimientos que aquella noche se agazaparon bajo la cubierta del disimulo, pareciendo quedar muertos o por lo menos adormecidos, alzaron de nuevo la cabeza. Reanimáronse, cual súbita llama, en honda aversión por Rueda, los celos sombríos exacerbados por la convicción de la realidad, el despecho de varón ofendido y ávido de tomar desquite. Jerjes no aguardaba sino una oportunidad de obrar, y, mientras tanto, ponía a prueba su imaginación en busca del modo más seguro y eficaz de saciar su rencor.

Cuando Serafina pensó que había conseguido persuadir a Jerjes de que era humillante para él continuar pretendiendo a la hija de Alvear, y de que debía olvidarla por lo tanto, se engañó ella misma ingenuamente: inútiles fueron en el fondo, contra toda apariencia contraria, sus frases burlonas y sus alusiones sarcásticas; inútil la saña cruel con que lo escarneció, hiriéndolo en lo vivo, aconsejada ella también por sus celos, por su intención maligna y por su vengativo rencor. Se había propuesto hacerlo rabiarse, pinchando con los alfileres de su mofa la parte más sensible de su vanidad, y no se dio cuenta de que, sin quererlo, sin proponérselo, el efecto podía ser más grave. Azuzado el despecho, atizado el rescoldo de la pasión mal correspondida y por ende más enconada, Jerjes, en lugar de erguirse como un hombre orgulloso ante los desdenes de Cecilia, y de procurar olvidarla, se abajó vencido hasta el plano de sus instintos, ahogada la propia

estimación y sordo a toda voz de dignidad. Por amor o por obsesión, no quería renunciar a ella; obstinábase en disputarle al afortunado rival la mujer deseada.

Los medios absurdos y pueriles de que se valió para desalojar a Virgilio, habían dado mal resultado: fracasaron sus intenciones para hacerle ingrato el lugar, sus oscuras intrigas para suscitar contra él el espíritu localista, hasta ese malhadado proyecto de ponerlo en ridículo en la velada de la feria. Lleno, pues, de una ira sombría, tanto más sombría cuanto más impotente, y desesperado por último ante la certeza de su derrota, concibió la siniestra idea de librarse definitivamente de su enemigo, a cualquier costa y por la vía que fuera preciso. ¿Qué le importaba el modo, con tal de quitarlo de en medio? La cuestión era proceder con habilidad, para que ninguna complicación pudiera sobrevenirle.

Buscó a Benito, y, con gran precaución, celebró con él larga conferencia. Se entendieron muy bien, y, cuando terminaron el misterioso conciliábulo, el plan criminal quedaba perfectamente arreglado.

No fue tan secreto, sin embargo, que Serafina, que se había propuesto seguirle todos los pasos a su amante, no se diera cuenta de él. Espiándolo, pisándole el rastro como un detective, pudo enterarse de sus andanzas, y sorprender, oculta en un escondrijo, la conversación delictuosa.

Llena de estupor por lo que no sospechaba ni esperaba, nada decide por el momento; pero luego viene

la perplejidad, la indecisión torturante de su ánimo ante el conflicto. Ya no odia a Cecilia, pero teme que si suprimen a Virgilio, ésta quedará libre y Jerjes volverá a sus andadas: ¡sin contendor ya, sin rival, y con más probabilidades de triunfo! De otro lado, su simpatía por Rueda es sincera: lo tiene por amigo y experimenta el vehemente deseo de librarlo del peligro que lo amenaza.

¡Ah, no! —se dijo con resolución—: no llevarán a cabo esa infamia. Ella se opondría a la ejecución del cobarde proyecto. Por lo pronto se le ocurrió prevenir a Rueda, contándole lo que sabía; pero ¿de qué serviría esto si el ataque podía ocurrir en cualquier momento, en donde menos lo esperase, puesto que no se había señalado fecha ni lugar? Con seguridad, Benito Guarumo espiaría la oportunidad para obrar, rodeándose del mayor sigilo posible.

No le quedaba, pues, otro camino que disuadirle; mas temía al mismo tiempo tener qué habérselas con el vagabundo. Desde la noche del incidente que le costó a Guarumo unas horas de cárcel, no se habían vuelto a ver; talvez él la buscara, pero ella procuró evitar el encuentro. Y ahora era necesario, era indispensable que se viesen de nuevo.

Simuló ante Jerjes que lo ignoraba todo, a fin de no despertar sospechas y para proceder con más libertad. El abogado no se percató, por su parte, de que Serafina estaba al corriente de sus propósitos.

Miedosa de hallarse con Benito en la soledad del campo, por lo mismo que preveía su cólera de hombre violento y resentido, le envió una boleta con un muchacho, invitándolo a que fuera a su casa, para tratar un asunto importante. Y Benito fue.

Contra lo que esperaba, el ex-peón de "Cañas" no iba con aire rijador; su aspecto era tranquilo, casi indiferente; hasta se mostró benévolo y chancero.

—Ah, ¿creías que estaba bravo contigo? Pues no, hija. Cierto es que me hiciste una mala jugada la última noche de las ferias, pero yo pensé que estabas bebida y te disculpé de buena gana.

Hizo un guiño chusco, de complicidad maliciosa, y añadió con sorna burlona:

—Me parece, además, que nuestras cuentas están saldadas. ¿Recuerdas el cacho del bosquecillo? Te quedé debiendo, Piernona, y ahora estamos en paz. Vaya lo uno por lo otro. No se dirá que Ochodedos es un tramposo.

Tranquilizada, y haciéndose la desentendida, Serafina decidió entonces entrar en materia.

—¿Sabes para qué te he llamado? Pues quería decirte que estoy enterada de las intenciones de Jerjes, y que tú no debes meterte en esas intrigas. La cosa ni te trae cuenta, ni te interesa personalmente.

—¿Qué cosa? ¿Cuáles intrigas?

—No te hagas el inocente, Ochodedos; yo sé más de lo que supones, y creo que no debemos perder tiempo en vueltas inútiles. Hablemos claro.

Agregó como un martillazo:

—¿Cuándo piensas pavearlo?

El vagabundo la miró de hito en hito; la miró con sorpresa y lástima, como puede mirarse a una persona que acaba de perder la razón o al niño que revela de pronto una imprevista procacidad; y finalmente, se encogió de hombros con aire de hombre superior.

—¿No quieres decirlo?

Benito se puso en pie bruscamente.

—Míra, Piernona —declaró con cierta frialdad—: espero que no volverás a llamarme para tales simplezas. Por esta vez, pase; pero en otra...

Frunció el ceño, e hizo ademán de dirigirse a la puerta.

—Aguarda —exclamó Serafina poniéndose a su vez de pie, y acercándose hasta pegar casi su cara a la de Benito—: no saldrás de aquí sin oírme.

—¡Hazte a un lado, mujer!

—Tú no harás lo que has prometido a Jerjes —añadió en voz baja y concentrada que parecía un grito frustrado, que salió por entre sus dientes silbando, y como si quisiera incrustarle cual una orden sus palabras en el cerebro—; si insistes en eso, chillaré, formaré un escándalo, te denunciaré.

Ante las amenazas de la moza, Benito Guarumo se quitó la máscara de la simulación.

—Ah, ¿me desafías?

Se había puesto pálido de súbita ira. Tuvo, no obstante, el suficiente dominio para contenerse y limitarse a advertir:

—¡Ay de tí si te entrometes en mis asuntos! Ya sabes cómo me libro yo de lo que me estorba. Conque . . . ándate con cuidado, Piernona.

La apartó de un brusco empujón, y se fue. Cuando se desvaneció a lo lejos el rumor de sus pisadas, Serafina se desplomó en una silla, con desaliento. El miedo a aquel hombre que era capaz de todo, la paralizaba.

Así se estuvo largo rato, absorta, entre la indecisión de su temor que le llenaba el ánimo de vacilaciones y su vehemente deseo de salvar a todo trance a Virgilio de las acechanzas del vabagundo.

XIII

Había pasado la mayor parte de la mañana poseída por una extraña hiperestesia, que no le dejaba punto de reposo, y que la hacía asustarse de todo ruido y estremecerse por cualquier motivo. Sus nervios en continua tensión, sobreexcitados a veces hasta el paroxismo, vibraban cual si fuesen las cuerdas de un instrumento, respondiendo con singular presteza a los estimulantes externos. Un presentimiento confuso, aparentemente absurdo e irracional, la inducía a pensar que era un hecho inminente la celada que tanto temía.

Se levantó temprano, un poco antes del alba, llena todavía de los atormentados sueños de la noche anterior; se paseó un rato, buscando en el movimiento alivio para su gran desasosiego. Metida en la casa de su chagra, semejaba una fiera enjaulada, no porque se hallase irritada como éstas cuando las privan de libertad, sino por la movilidad inquieta con que iba y venía por los aposentos, sentándose aquí, deteniéndose allá, echando a andar de nuevo sin propósito fijo ni necesidad manifiesta.

Durante varios días, como obsesionada por una idea supersticiosa, había recorrido infatigablemente los campos, al atardecer, que era la hora probable del ataque; atenta a los ruidos y a los rumores, que languidecían a medida que se aproximaban las sombras; huro-

neando las altas matas de monte, en cuyo verde seno puede esconderse la acechanza; ávida y dilatada la nariz como una corta antena dispuesta a recibir todas las ondas misteriosas, a aquilatar cual un filtro todos los olores reveladores. ¿No le vendría el aviso por allí, por el aire, bajo la forma de un sonido, de una sensación olfativa, o de un erizamiento de su piel, dotada en tal momento de una extraordinaria sensibilidad?

Se quedaba hasta tarde, a veces hasta después de las nueve, tiempo en que calculaba que Virgilio, tras de su cotidiano y vespertino paseo, había ya regresado a casa. No siempre podía verlo; las contadas veces que lo veía, a lo lejos, camino de su albergue, volvía pronto a la chagra, tranquila y satisfecha porque le parecía haber impedido con su presencia el atentado, o contribuido al menos a su aplazamiento.

Ella sabía que Rueda regresaba temprano, pero, precavida, cuando no podía comprobar con sus propios ojos el retorno, se demoraba mucho más en su singular servicio de guardia. Y así parecía un espíritu vigilante de la noche, un genio invisible y protector surgido allí para amparar la vida de un hombre que ni siquiera sospechaba su existencia.

Seguramente Benito tomaba toda clase de precauciones, ya por su condición recelosa, ya porque desconfiase de ella después de lo que hablaron. No había podido volver a verlo. Parecía haberse marchado de por aquellos predios. Y esto era lo que en mayor gra-

do la henchía de zozobra; esto, y el temor de que las cosas ocurrieran sin que ella pudiese darse cuenta.

A eso del medio día fue al pueblo un rato, a comprar licor; regresó pronto y, encerrándose en su aposento, bebió para calmar su intranquilidad. Por fin, bajo la ligera embriaguez, se fue adormeciendo, hasta perder transitoriamente la conciencia de todo.

Eran las cinco cuando despertó como con cierto sobresalto, acometida de esa inquietud que llena el ánimo cada vez que se está a la expectativa de algo. El sueño no había logrado disipar por completo sus vacilaciones. Se levantó con nerviosa premura, y salió.

Ante ella se extendía el campo, desafiador, enigmático, paradójicamente poblado de peligros. Ese agro de paz parecía ofrecerle ahora un aspecto intimidador de bosque hermético, de selva sombría y oscura, de jungla misteriosa. ¡Cuán abierto y cerrado al mismo tiempo! Su imaginación lo veía como un paraje nuevo, de inédito panorama y de impresionantes sorpresas; una extensión de tierra que se le hacía más grande de lo que era, con una acechanza en cada matorral, con una broma pesada en cada meandro, con un terror agazapado y listo a saltar ladrando en cada depresión del terreno y en cada arbolado.

Bajo el resplandor ofuscante del sol que, a su caída, adquiere una intensidad luminosa tan cruda que hiere la pupila, se dio a recorrer el campo en todas direcciones; incansable, inquisidora, sutilizados los sentidos

hasta la fantasía, cuidadosa a la vez de descubrir a Benito y de que éste no se percatara de su presencia, lo que lo haría ponerse en guardia.

Iba con cautela, como una sombra pálida bajo el atardecer, oteando el paisaje, atravesando veloz los claros de vegetación, sumiéndose con atisbos de ladrón en las altas matas tupidas, en las espesas algaidas. Pero ni rastro de lo que buscaba. El vagabundo parecía ser un ente invisible, vano y escurridizo, de la naturaleza de los fantasmas.

No pudo tampoco determinar la presencia de Rueda, lo que la llenó de extrañeza, pues casi siempre lo descubría a distancia, a poco de comenzar ella su vigilante asedio; o se topaba con él de modo fulminante cuando pasaba galopando en busca de Cecilia, o después de verse con ésta. Virgilio no reparaba jamás en ella. En cuanto a la hija de Alvear, la linda amazona de "Cañas", ordinariamente no la veía; tres o cuatro veces la vio, corriendo con él.

Poco a poco fue obscureciendo; las sombras se metían por entre el follaje, huroneantes, bebiéndose el color de los árboles, y se echaban sobre el regazo de la tierra, con un incontenible impulso de posesión bárbara y monstruosa. Todo se fundía en una nota obscura, en una niebla igualitaria producida por la evaporación de la luz; íbanse borrando las formas, desvaneciéndose los últimos matices, esfumándose como la visión de un sueño el difuso horizonte.

Empezó a caer una sutil llovizna que humedecía sin mojar, que empapaba las cosas superficialmente de un tenue barniz incoloro y efímero. Un turbio velo de tristeza se extendió luego sobre la tierra, flotó en el aire, agravando la melancolía del crepúsculo. Tras un parpadeo agónico del ocaso, se hizo de noche por completo.

Serafina se daba cuenta, sentía cómo, ante la proximidad del peligro que le anunciaban su instinto agudizado y una singular intuición, y que le sugería el misterio nocturno, una resolución fría e implacable le anegaba el espíritu. Ya casi no tenía miedo. Su ánimo dispuesto a todo, exaltábala. Durante largo rato se forjó la ilusión de creer que lo que la movía era un imprevisto sentimiento de abnegación, una desinteresada tendencia hacia el sacrificio. ¿Por qué no había de ser ella también capaz, como cualquiera otra mujer, de una obra buena, de un bello y callado acto de humanidad, tanto más meritorio cuanto más oculto?

Pero su conciencia le decía que era por ella misma que estaba allí, cual un atalaya, espiando todas las manifestaciones de la vida. Nó, no era por Virgilio; ni por esa mujer que hasta hacía poco ocupaba en su alma el tenebroso rincón del odio; estaba en aquel sitio velando por su propio interés, por ese gran sentimiento en que se mezclaban en ardiente conglomerado, sobre la hoguera de su corazón, la ambición no satisfecha aún, la vanidad sensible e híbrida, los groseros celos hembrunos, de moza sensual, el cálculo que es una

bestia vermiforme y diminuta con desmesurada cabeza de guarismo.

Entre tanto, se pronunciaba la tiniebla, desacusándose los contornos de todo; ya no distinguía sino masas informes, confusas, diluidas en la obscuridad. Sombras de una noche sin luna aquéllas, sin guiños de luces en el cielo porque hasta las estrellas estaban ausentes, parecían haberse dado cita con el propósito maléfico que rastreaba en el silencio, en el ocultamiento, lenta y fatalmente encaminado hacia un punto preciso: el corazón de un hombre, condenado a cesar de latir.

Serafina tembló bajo el relente, talvez de frío, acaso de fiebre. Fatigada de andar bajo el aire húmedo y caliginoso, y de escudriñar sin resultado, fue a guarecerse por allí, al tibio amparo de unas matas. Aquella vez, como otras, quizás nada sucediese tampoco; pero quería aguardar que pasara la hora en que todo peligro habría desaparecido, vuelto ya a su albergue Virgilio. Ignoraba si vino, mas bien podía ser...

Desde su escondrijo flechaba la sombra con ávida pupila adivinadora; auscultaba el ancho corazón del campo, con el oído puesto contra todo rumor, listo a registrar los mínimos ecos; colaba en el tamiz de su olfato los olores dispersos que avienta el capricho de la brisa. Ver, atender, aspirar con famélica ansiedad cuanto la rodeaba... Serafina se había convertido, bajo la zarpa de su angustia, en un haz de sentidos sobreexcitados, insomnes, dementes. Se le poblaba el pa-

raje de visiones extrañas, creadas por su imaginación; se alucinaba a ratos, víctima de su propio engaño pasajero; sufría; agonizaba. . .

Debían de ser las ocho ya. La sutil llovizna continuaba cayendo, lenta, monótona, silenciosa, al igual de las lágrimas que se deslizan calladamente por un rostro inmóvil. Una tristeza honda, recogida como las penas que se agazapan, agravaba la lobreguez circundante, el horror mudo de la tiniebla.

De pronto, Serafina se estremeció: creyó haber oído un rumor lejano, tan incierto y distante que no pudo al primer momento tener la certeza de su realidad o de su existencia ilusoria.

Poco duró su incertidumbre: el rumor fue creciendo, aproximándose, hasta que pudo al fin distinguir claramente que era un jinete que se acercaba. A juzgar por el ruido de las pisadas de la montura, aquél debía avanzar a trote seguido, como los viajeros que llevan prisa pero no quieren fatigar a la bestia.

Ah, —se dijo ella al punto, asaltada de nuevo por su miedo expectante—: es él, es él. . .

Y presa de súbita angustia, se puso en marcha, guiada por un instinto adivinatorio, hacia el lado por donde parecía venir el jinete. Pero, a poco andar, y como si sus pasos fuesen insuficientes para interpretar la premura de su deseo, echó a correr desalada, abriendo los brazos, de modo que parecía ofrecerlos por asilo o puerto de salvación al hombre que avanzaba en la no-

che con la misma suerte aleatoria que un náufrago en el mar.

Quizá llegase a tiempo —pensaba mientras corría— para prevenir a Virgilio del peligro que ella presentía, aunque ignoraba en qué punto preciso estaba acechándolo.

Iba ya a salir a un atajo cuando se detuvo despavorida: el ruido seco y rotundo de un disparo, que resonó en sus oídos a manera de un martillazo, alteró el hondo silencio. Fue un instante no más, porque, en seguida, y como si nada hubiese pasado, la callada paz nocturna volvió a reinar sobre los campos.

Serafina dio un grito, y siguió corriendo, trastornada, sin recelos ya ni miedo de tropezar con el agresor. ¡Ay, seguramente lo había matado aquel forajido, aquel granuja desalmado! ¡Quizá lo había matado, sí, y cuando llegase sólo iba a encontrar el cadáver caliente aún de un hombre desventurado que ella quiso y no pudo salvar!

Sintió una rabia loca contra Jerjes Araque y contra Benito Guarumo, contra éste particularmente porque le parecía que con aquel asesinato no sólo había quitado a uno de enmedio sino que a ella también la hacía víctima de su acto.

—¡Maldito Ochododos!— murmuró apretando los dientes, y sin dejar de correr.

Cuando llegó al lugar donde debió de haber ocurrido el ataque, no pudo descubrir nada a primera vista:

todo estaba aparentemente tranquilo; ni el ruido de una hoja al quebrarse, ni el rumor de una fuga, ni una apagada voz, denunciaban la presencia de seres humanos por allí.

Después de escudriñar un rato el paraje, escuchando con atención, y buscando en vano por el suelo, donde a cada momento esperaba hallar el cuerpo herido y sangrante, iba a emprender el camino de regreso cuando una gran sombra se alzó ante ella, a modo de fantástica aparición. Quiso gritar de nuevo, impresionada, pero se contuvo.

La sombra avanzaba en silencio, muy despacio, semejante a una mole cuyas proporciones aumentaba desmesuradamente su imaginación excitada por la noche. Forzando los ojos para distinguir en la obscuridad, vio Serafina que era un hombre a caballo, y que tenía la cabeza doblada sobre el pecho y la diestra caída a lo largo del cuerpo; con la siniestra sujetaba desmayadamente la rienda.

—¿Qué ha sucedido?— preguntó asustada y sorprendida.

El jinete respondió con voz débil:

—Han querido asesinar me.

—¿Y está mal herido?

—El brazo derecho nada más, afortunadamente —explicó el jinete con visible esfuerzo para hablar—. Pero ¿es que tengo enemigos? ¿Quién puede quererme mal?

Serafina lo escuchaba asombrada: no se le parecía su voz a la de Virgilio, esa voz que ella retenía fielmente en la memoria; pero pensó que era natural que la tuviese alterada por causa de la conmoción producida por el golpe y de la consiguiente fatiga.

Se aproximó hasta colocarse junto a la montura, casi tocándole una de las rodillas, y tras de examinarlo un momento palpándole con sumo cuidado el miembro herido, advirtió suavemente:

—Está sangrando mucho, señor. ¿Me permite que le ponga una venda?

—Sí, hágame usted el favor. Me siento desfallecer.

Ella le ayudó entonces a apearse, para ejecutar con comodidad la operación. Mientras le ligaba fuertemente el brazo con un pañuelo, trataba de adivinar la expresión de su rostro, en el que suponía impresa una mueca de dolor. De repente reconoció en él al propietario de "Cañas".

—¡Santísima Virgen! ¡Pero si es don Hipólito!

Y por algunos segundos permaneció abismada ante el descubrimiento que acababa de hacer.

—¿Me conoce usted acaso?

—¿Quién no lo conoce a usted por aquí?

Tras de corto silencio, Hipólito Alvear le pidió noticias.

—¿Se imagina de dónde puede venir este atentado? ¿Ha visto a alguien?

Nada respondió al punto Serafina, como si vacilase en hablar; pero dijo a continuación, disimulando en parte la verdad:

—No me explico esto, don Hipólito. Yo volvía a mi casa retrasada, porque me entretuve donde una amiga, cuando, al pasar por aquí, oí el disparo.

Quiso tergiversar algo más la realidad, y agregó:

—Bien pudo ser un tiro extraviado. Hay gentes que salen a cazar a estas horas por los matorrales.

—Pero, ¡con semejante noche!

Callaron, y como hubiera concluido el vendaje, Serafina le ayudó a cabalgar de nuevo, ofreciéndole como apoyo uno de sus hombros y asiendo las riendas con vigor. Tuvo el impulso de pedirle que le permitiera acompañarlo a su casa, previendo que podría necesitar auxilio en el camino, mas se dominó en seguida, llena del temor de probables complicaciones. ¿No corría el riesgo de que presentándose con él en la hacienda, la obligaran a declarar más tarde sobre lo que no quería, y, lo que era peor, la hiciesen blanco de sospechas?

Dejó, pues, que se marchara, mientras ella se quedaba plantada en medio del campo, viéndolo alejarse despacio. Cuando ya no lo vio más, porque se lo impedía la sombra, continuó siguiéndolo con el oído, hasta que el rumor del andar de la bestia se desvaneció también.

Miró en torno suyo, con cierta inquietud. La fina llovizna había cesado ya, pero persistía en el aire la humedad punzante, como un hálito de la vegetación empapada. Un pájaro de la noche lanzó su grito agudo, agorero e impresionante.

Serafina se sacudió, lo mismo que si volviera de un sueño; y echó a caminar hacia su chagra, lenta, cansada, bajo el estupor que llenaba su ánimo desconcertado por esa pirueta del destino.

XIV

El destino, en efecto, caprichoso y burlón como un payaso de circo, había torcido los planes de Jerjes Araque. En la mañana de ese mismo día, después de las nueve, se hallaba sentado ante su escritorio el señor de "Cañas", muy ocupado al parecer. Sobre la mesa, extendidos a manera de mapas, y casi cubriendo la carpeta, podía verse un montón de cartas y algunos planos topográficos.

Hipólito Alvear seguía atentamente en uno de los dibujos la línea que le interesaba, la que iba señalando con el índice para determinarla mejor, y de rato en rato consultaba en las cartas. Luégo escribía cifras de prisa, reflexionaba con el extremo del lápiz puesto contra la nariz, y volvía a absorberse en su trabajo.

Sonrió al fin, satisfecho, lleno de la conciencia nítida de su determinación, y persuadido en forma científica y matemática de que el negocio que iba a efectuar era algo acabado, algo que llevaba consigo el sello de la perfección. Siempre tuvo él por principio hacer las cosas tras de meditarlas despacio, y como consecuencia de un examen calmado y minucioso de todos sus aspectos; jamás se precipitaba, y por esto nunca tenía que arrepentirse, por lo menos de haber procedido con ligereza.

Encendió un cigarro, y se disponía a sumergirse en la lectura de un volumen que tomó de la vitrina más próxima, cuando la puerta se abrió suavemente dando paso a Cecilia. Venía vestida con un traje casero, blanco y sencillo, que olía a rocío matinal y a flor silvestre; la reciente ablución dejó en sus cabellos una humedad lustrosa y viva que los apretaba como un haz, y puso sobre su piel una tersura de fruta nueva que la hacía parecer más niña de lo que era.

—Buenos días, papá —trinó alegremente desde el umbral, anunciándose con cantarina voz de pájaro.

Avanzó en seguida, anegando la estancia en su fresco perfume de juventud, y aproximándose a Alvear lo besó cariñosamente en la frente.

—Tengo que darte una buena noticia— dijo éste haciéndola sentar sobre uno de los brazos del sillón y rodeándole el talle con tierna solicitud.

—¿Sí? Dámela ya.

—Hace algunos días gané definitivamente el pleito de aquella propiedad que tenemos en la montaña. Es una finca espléndida. Tan pronto como circuló la noticia, y como saben que yo prefiero tierras en la parte baja, en las llanadas, me ofrecieron compra por ella.

—¿Y piensas venderla?

—Sí. He iniciado un negocio muy ventajoso, que cerraremos esta noche, para formalizarlo mañana.

Tras de una pausa, continuó:

—Como tengo que ir a la población, donde estoy citado con el comprador, necesito hallarme dispuesto temprano. Espero, pues, que regreses de tu paseo lo más pronto posible.

—Está bien, papá. ¿Y a qué hora piensas salir?

—A las ocho, lo más tarde.

—Estaré aquí a las seis.

Cecilia se marchó a poco rato, y una hora después Hipólito Alvear se fue a darles un vistazo a sus campos. Regresó a medio día, tonificado, contento, acometido de un apetito desusado.

Por la tarde, a las cinco, Cecilia se puso su vestido de montar, y, dichosa como de costumbre, porque iba al encuentro del hombre amado, cabalgó hacia los lados por donde solían hallarse casi siempre. Una penilla obscura la mortificaba, sin embargo: el pensamiento de que aquella tarde podría estar muy poco tiempo con él, pues apenas iba a disponer de minutos para gozar de su compañía.

Avida de aprovechar los instantes, espoleó el caballo, y durante largo rato se hubiera podido ver cómo corría por la llanada, ágil y veloz, la maravillosa amazona. Al fin pudo distinguir a Rueda, que venía bordeando una mata, y que, al divisarla, la saludó desde distancia.

—Tengo que regresar temprano hoy —dijo Cecilia cuando estuvieron reunidos—; no podremos, pues, galopar muy lejos esta tarde.

No galoparon, mejor dicho. Pusieron las monturas al paso, en cualquier dirección, y en vez de guiarlas se dejaron llevar por ellas. La hora vespertina convidaba en esa ocasión a marchar despacio, saboreando el ambiente tibio y cargado de emanaciones vegetales; llenándose, lo mismo que vasos de un vino generoso, de esa sensación vaga e indefinible que produce en el espíritu todo paisaje que se adormece, toda cosa que acaba.

Habían ido a sentarse en un oterito, dejando que las bestias ramoneasen a su antojo, y desde allí miraban cómo el sol, semejante a un reflector enorme, enfocaba los campos en una llama agónica y rojiza que tergiversaba su color.

—¡Parece un incendio!— exclamó Cecilia, ingenua y sentimental.

Pero de pronto la visión cambió: la bola de fuego se hundió con golpe súbito, echándose a rodar por la invisible espalda de la remota cordillera, y dejando un pálido rastro luminoso que luégo desapareció. Recobraron los árboles su oscura verdura, las extensas dehesas su tono tierno y parejo de herbazal que aún no tostó el verano, los cortijos su verdadera apariencia de albergues campesinos, y por ende llenos de sencillez. Una vasta penumbra se difundió sobre el panora-

ma, en forma tal que parecía que la lumbre diurna se hubiese apagado bajo la acción de un brusco soplo.

Escapadas de sus prisiones, brisas volanderas corrieron por la llanada, colmándolo todo de frescura y suscitando una emoción tierna y recóndita. Se mecieron las hierbecillas, se balancearon los ramajes, y un largo rumor se alzó dondequiera, suave y cuchicheante: el rumor de las hojas innumerables, que juntaban su quedo suspirar al balbuceo misterioso de los ocultos gérmenes.

Virgilio se volvió a mirar a su compañera, que se había quedado absorta contemplando el crepúsculo: una sombra de melancolía ponía en sus pupilas la expresión doliente y encantadora de los ensueños tristes.

¿En qué pensaba? ¿Qué íntima angustia sentimental transía su alma en ese momento de abandono?

—Ahora parece un día de invierno— volvió a decir Cecilia como respondiendo a una lejana evocación.

La noche se anunciaba ya con un vaho cinéreo, en el que se iba disolviendo el impalpable velo vespertino. Podía ser la hora angélica, hora de pastores creyentes y de humildes gentes religiosas. De no tener qué regresar, Cecilia se hubiera quedado allí de buen grado, bajo aquella tarde alucinante, sin preocuparse por el tiempo fugaz. Pero se sacudió de improviso.

—Vámonos; le he prometido a papá que volvería temprano. Mañana nos desquitaremos, Virgilio.

Cabalaron de nuevo, para ponerse en marcha.

—Voy a acompañarla un trecho —anunció Rueda—; iremos juntos hasta las cercanías de su casa, y luego yo continuaré mi paseo. Puedo dar un rodeo por la carretera.

Al llegar al punto indicado, se separaron: él se alejó a galope, siguiendo la dirección opuesta de la que había traído al venir; quería, según lo acababa de advertir, prolongar un rato más su excursión, dando la vuelta por el camino público.

En cuanto a Cecilia, como estuviese cerca, pocos minutos le bastaron para alcanzar la casa. Hipólito Alvear la esperaba ya, listo para comenzar la merienda.

—¿Me demoré, papáito?

—Nó; llegas a tiempo.

—Te noto un poco impaciente.

—No te preocupes. Cuando debo atender a compromisos urgentes, o a negocios de alguna monta, me sucede siempre esto.

Sentáronse a la mesa, y, mientras comían, Hipólito Alvear puso al corriente a su hija de los pormenores de la negociación que iba a celebrar. No tardó en mostrarse alegre y comunicativo por la perspectiva halagüeña del beneficio que tenía calculado, y hasta refirió algunas anécdotas.

La sobremesa fue menos larga que otras veces. Hipólito Alvear la aprovechó para darle instrucciones a Juan de Dios, respecto de una movilización de gana-

dos que debía efectuarse al amanecer, y para recibir informes de éste. Después fue a su cuarto, a descansar un rato, y a disponerse para salir.

Puso en orden los papeles que necesitaba, los que colocó dentro de un gran sobre; se afeitó con esmero; vistióse como para montar, y no olvidó meter incluso en su bolsillo algunos magníficos cigarros confeccionados con tabaco de las vegas nativas.

Juan de Dios, el fiel mayordomo, le ayudó a subir al caballo, un bello animal de grande alzada, muy arrogante, que poseía la rara dualidad de ser a la vez manso y brioso. El dueño de "Cañas" se enorgullecía de esta bestia, y la usaba exclusivamente, no permitiendo que nadie, fuera de él, la cabalgase.

Al entregarle las riendas, Juan de Dios exclamó:

—¡Carambita! Parece que va a llover, don Hipólito.

Como confirmación de tales palabras, éste sintió sobre la piel un chispeo de agua, tibio y sutil; pero se limitó a responder:

—Tráigame un encauchado.

Cecilia salió en aquel momento para advertirle:

—Te mojarás, papá. El aguacero puede ser fuerte y la noche está oscura. ¿Por qué no aplazas esa cita para mañana?

—No es posible, hija. Ya dí mi palabra, y además se trata de un asunto que me interesa.

—El señor que te espera sabrá disculparte, papá. Mira que te vas a volver una sópa.

—¡Pero si esto es un paramillo!

Volviéndose hacia el mayordomo, le dijo:

—Es posible que me demore, Juan de Dios; puedo volver muy tarde. De todas maneras, espéreme.

—Yo también te esperaré, leyendo en tu biblioteca— anunció Cecilia.

Hipólito Alvear partió, desapareciendo en la noche. Hizo que el caballo tomara un paso corto, sostenido, lo que le evitaba la fatiga y le permitía a él cavilar.

Entre tanto, y mientras se cumplían estos sucesos, Benito Guarumo había estado al acecho. Oculto en un escondrijo, desde donde le era fácil observar, vio pasar a Virgilio, y supuso que iba a su acostumbrado paseo. Se tranquilizó, pues, y se dispuso a espiar su regreso. Sabía que por allí habría de pasar de nuevo, y que si lo efectuaba por otro sendero el ruido de las pisadas de la bestia lo delataría.

Su decisión de atacarlo en esta ocasión era ya firme y definitiva. Otras veces había vacilado, o no encontraba las circunstancias bien propicias para proceder a cumplir su propósito. Era hombre prudente y desconfiado, y por lo mismo no se exponía sin precauciones, sin seguridades. Además de esto, tenía que contar necesariamente con el favor de la noche, con su ayuda.

Mucho tiempo aguardó; le produjo extrañeza que Virgilio no regresara temprano, según su costumbre, mas como tenía la certeza de que por allí habría de pasar, se dijo que su demora obedecía sin duda a que aquella tarde quiso prolongar algo más el placer de la compañía.

¿Quién no haría lo mismo en su lugar? Y el vago-bundo sonrió con cierta malicia donjuanesca.

Pronto la impaciencia comenzó a dominarlo. Vio oscurecer; calculó las horas; fue testigo callado del apagamiento sucesivo de los ruidos del campo.

¡Ah, cuán oscura estaba esa noche! Todo parecía apadrinar el malvado proyecto que lo mantenía allí clavado, en expectativa de un hombre: la tiniebla, la soledad, el silencio. Ahora sólo faltaba que se presentase la víctima.

Imprevistamente, sintió sobre él la humedad de una tenue llovizna. Se guareció bajo un árbol, muy contrariado, empezando a sentir ya, además de impaciencia, fastidio. Quiso encender un cigarrillo, de los malos que acostumbraba, pero desistió de su intento, previendo que la chispa lo delatará. Su desconfianza estaba siempre en guardia, como un centinela.

Benito comenzaba a rumiar la idea de largarse, casi persuadido de que también aquella noche se había frustrado su proyecto, cuando percibió claramente el pausado andar de una caballería.

Ya viene —se dijo con involuntario sacudimiento—.

Y oprimió con mano convulsa la carabina que llevaba cargada.

La persona que venía debió detenerse un momento, porque cesó el ruido de las pisadas. A lo lejos brilló el fuego fatuo de una cerilla. Luégo volvió a sonar, aproximándose, el andar cadencioso.

El vagabundo se alegró de que el hombre que iba a matar hubiera tenido la genial ocurrencia de encender cigarro. ¡Con tal de que la lluvia no se lo apagase! Así podría disparar con más seguridad, tomando como blanco el puntico rojo.

Al pasar el jinete por frente a él, a unos diez pasos de distancia, se echó rápidamente la carabina a la cara, e hizo fuego. . . Después huyó por los matorrales, deslizándose como una serpiente silenciosa.

Este fue el tiro que escuchó Serafina, y que la impulsó a emprender tan desatentada carrera.

El resplandor del fogonazo primeramente, y en seguida el golpe violento de la bala, detuvieron en seco a Hipólito Alvear. Sintió un agudo dolor en el brazo derecho, seguido casi a continuación de un adormecimiento de la carne. Tuvo la sensación de que el miembro se le había desprendido, y que lo llevaba colgando. Fue tal su sorpresa, además, por el inesperado ataque, que durante algunos segundos cayó en hondo estupor.

Le pareció haber oído un grito, y que luego todo quedaba nuevamente en silencio. A pesar de la áspera

sensación de dolor, tuvo la lucidez bastante para pensar con inquietud en la cita que lo había movido de casa. No, no podía ir ya —concluyó muy mortificado—; estaba lejos aún del pueblo, sentía que sus fuerzas disminuían, que su cabeza no iba a servirle para nada dentro de poco rato...

Hízole dar media vuelta al caballo, y retrocedió muy despacio. A poco, en su lento regreso, percibió una sombra que se movía: la adivinó mejor, por el ruido del follaje, por cierta intuición singular, pues iba con la testa caída, como trinchada hacia adelante. La sombra le habló, lo palpó nerviosamente. Era una mujer: una pobre mujer que llegaba a tiempo.

Al separarse de Serafina, tras del oportuno auxilio que ésta le prestara, Hipólito Alvear continuó su marcha cansada. Los movimientos de la bestia, a pesar de ser suaves y de que avanzaba con moderado andar, renovábanle a cada momento el dolor.

Por fin pudo distinguir las luces de la hacienda, que ahora, en su deseo de llegar pronto, le pareció que tenían un resplandor alegre e inédito, que brillaban como fuegucitos estimulantes. ¡Ah, su casa! Reconfortado, emitió un gran suspiro; de alivio, de jubilosa esperanza.

El mayordomo, que sintió llegar un jinete, salió a su encuentro, muy sorprendido de que alguien llegase a aquella hora y a semejante paso. A ninguno se esperaba allí, y en cuanto al patrón, como hacía poco

había partido no era natural que volviese tan pronto. Se quedó, pues, estupefacto cuando, ya en el círculo de luz que proyectaba una lámpara desde la casa, pudo reconocer al dueño de "Cañas".

—Volvió temprano, don Hipólito— exclamó alegremente.

Pero al punto se puso serio, ante la mudez y el aspecto desmayado de Alvear.

—¿Qué tiene, don Hipólito?

—Ayúdeme usted a apear-me, Juan de Dios.

Acercóse éste, y entonces pudo ver la palidez de su semblante y sus ropas ensangrentadas; vio también que traía el brazo derecho ceñido fuertemente con un trapo blanco.

—¿Está herido? ¿Qué le ocurrió?

—Sí, me hirieron en el camino; pero no sé quién... no presumo...

Juan de Dios le dio apoyo para que desmontara, ofreciéndole el hombro y aproximando un taburete junto al caballo; luego tuvo que cogerlo en los brazos por varios segundos, para impedir que rodase a tierra debido a un desvanecimiento transitorio.

Algunas gentes de la hacienda, atraídas por la curiosidad, se habían acercado, e impuestas de lo que sucedía, se arremolinaron. Pronto la noticia corrió por toda la casa y sus dependencias. Sonaron voces, órdenes apresuradas; se movieron luces aquí y allá; hubo

carreras... Trastornada por el imprevisto suceso, Cecilia había volado desde la biblioteca, y se hallaba muy afligida al lado de su padre, con los ojos dilatados por la ansiedad fijos en el rostro descolorido.

Aguardaban al médico, enviado a llamar con un posta. Tendido en el lecho, Hipólito Alvear mantenía los párpados caídos, y respiraba con lentas y fatigosas aspiraciones. Un círculo de servidores lo rodeaba.

—Déjenme sola —ordenó Cecilia—, y cuando llegue el doctor háganlo entrar inmediatamente.

Se inclinó en seguida sobre el herido, muy compungida; lo besó en la frente pálida; examinó sus facciones con honda atención. Deshizo luego con suma delicadeza la venda que le ceñía el brazo enfermo, y pudo observar, entre un coágulo de sangre, un pequeño orificio.

—¡Una bala!— murmuró con sorpresa, con ese desconcierto que producen las cosas inexplicables.

¿Quién podía haberlo herido? —pensó—; ¿quién odiaba hasta tal extremo a un hombre que a ninguno hacía daño?

El médico llegó, intervino, y el resto de la noche lo pasaron en vela los de la casa. No era de gravedad ni de peligro la herida, lo que tranquilizó bastante a Cecilia.

Tres días después, a eso de las dos de la tarde, y cuando todo el personal se hallaba en el trabajo, Serafina se presentó en la casa de "Cañas". El mayordo-

mo, que la conocía, y que, como todo el hombraje del agro, la llamaba por su nombre de guerra, le preguntó con urbanidad rústica:

—¿Qué desea, Piernona?

—Necesito ver a don Hipólito.

—El patrón está en cama. ¿No sabe, pues, que casi lo matan?

—Todo el mundo lo sabe —dijo Serafina—. ¡Pobre don Hipólito! ¡Una persona tan buena! Solamente un bandido, un hombre de alma muy negra, pudo haber hecho eso.

Después de una pausa, inquirió:

—¿Y cómo sigue?

—Ya va mejorcito; muy débil sí, porque perdió mucha sangre. ¿Por qué no vuelve después, Piernona? Otro día...

—No; tengo que hablarle hoy mismo, ahora; necesito comunicarle algo muy grave.

—En ese caso, espere; siéntese allí un momento mientras voy a avisarle.

Regresó a poco con la orden de hacerla entrar. Hipólito Alvear se hallaba en su alcoba, solo, con la cabeza un poco levantada sobre altos cojines. Miró a la mujer con curiosidad, y con voz débil la invitó a que ocupara un sillón próximo a su lecho.

—¿Cómo está, don Hipólito?

—Aquí postrado, ya lo ve; y con vida de milagro.

Luégo, recordando súbito:

—Yo he oído su voz en alguna parte.

Serafina sonrió con cierta malicia.

—Talvez, don Hipólito.

—Me ha dicho Juan de Dios que tiene usted qué confiarme algo importante. Nadie nos escucha. Puede hablar con toda libertad.

Ella refirió entonces cuanto sabía, sin ocultar la verdad ahora y como paladeando el gusto de poner al descubierto a los responsables. Hablando le parecía quitarse un pesado fardo de encima, de sobre la conciencia abrumada por el peso de aquel secreto que no le interesaba guardar. La noche del atentado, al simular ignorancia de lo sucedido, había obrado de conformidad con sus sentimientos del momento: la vacilación, el miedo a las complicaciones sobrevinientes, su propio egoísmo; pero después, caminando de regreso a su chagra, la acometió el remordimiento de no haber hablado. ¿Por qué no se lo dijo todo allí mismo a Hipólito Alvear? ¿Qué le importaba a ella la suerte de ese infame "Ochododos", a quien odiaba y despreciaba en el fondo, a pesar de ser ella una cualquiera? ¡Ah, y ese doctor Jerjes, que no hacía sino humillarla en toda ocasión porque la pagaba, y que, porque podía disponer a su arbitrio del dinero de su padre, se veía por encima de todos y se inflaba como un sapo, de petulancia y vanidad!

A medida que las horas pasaban, sentía Serafina que su rabia se reconcentraba, estimulada por la idea de lo que habían querido hacer.

¡Si hubieran asesinado a Virgilio! Gracias a la casualidad estaba él vivo aún; y ella... ¡ah, poco faltó para que realizado el plan cobarde, hubiese quedado como una pobre mujer burlada!

Hipólito Alvear, que había escuchado el relato con profunda atención, frunciendo el ceño, y que dos o tres veces levantó la cabeza con sorpresa visible, preguntó cuando la mujer hubo concluido:

—¿Usted vio al peón esa noche?

—No, no pude verlo; pero tengo la seguridad de que él fue.

—¿Por qué no me lo contó en el acto?

—Estaba muy nerviosa... me dio miedo... yo no quería enredarme...

Alvear meditó; él también tenía la impresión de que era la verdad lo que la moza afirmaba, pero ¿qué pruebas podían aducirse? Nadie había visto al vagabundo; nadie daría crédito al cuento de una mujer cuya intervención en los sucesos parecía inverosímil. Y en cuanto a la convicción legal, ni pensarlo.

—Bien —dijo al fin en tono que indicaba que la entrevista había terminado—: le doy las gracias por la información. Y tranquilícese usted, que nadie sabrá a qué ha venido a esta casa.

Ya de pie Serafina, Alvear añadió tendiéndole un paquetito que tomó del velador:

—Acepte este pequeño obsequio en señal de agradecimiento.

—¿Dinero? —exclamó Serafina rechazándolo—; gracias, don Hipólito.

A continuación repuso con un indefinible acento de crueldad y de rencor satisfecho:

—Estoy bien pagada.

XV

Entre la peonada primero, y después entre la gente de los contornos, empezó a cundir la sospecha de que el autor del atentado fue Benito Guarumo. Recordaban los hurtos de ganado, la expulsión del peón de la hacienda de "Cañas", y sus amenazas contra Hipólito Alvear.

¿Quién podía ser, por otra parte, sino aquel vago lleno de vicios, el único capaz de acción semejante?

Aunque nadie podía ofrecer una prueba, estaba en la conciencia de todos, como una intuición de la verdad, que Benito, y nadie más que éste, era el responsable exclusivo. Se murmuró, hiciéronse conjeturas, se inventaron historias... Al principio, hablaban en voz baja de aquel suceso; pero después, envalentonados acaso por la convicción que iba surgiendo, no se recataron de comentarlo públicamente, a gritos, dando ya sin temor cada uno su opinión personal.

—Ochodedos tuvo que ser; ese hombre es capaz de todo.

Como es natural en casos parecidos, la fantasía intervino, y también un poco la superstición. No faltaron, por tanto, quienes creyeran haberlo visto la tarde de los acontecimientos rondando por el campo en

actitud sospechosa. Alguien afirmó haber observado que llevaba una escopeta de cápsula; otro dijo cómo iba vestido, detallando minuciosamente la guisa; y hasta hubo un tercero que hubiese prestado juramento de que el peón estaba ese día descolorido y taciturno. Una vieja soñó la víspera lo que iba a ocurrir.

El hecho es que Benito Guarumo no aparecía por parte alguna, lo que intranquilizaba los ánimos. Tal vez se había ausentado en una de sus habituales jiras profesionales, como solía efectuarlo cuando tenía negocios qué atender en otros Distritos; o estaba por allí escondido, al abrigo de cualquier rancho sin dueño, o asilado por cualquiera de sus amigas, de esas que no les faltan jamás a los rufianes, si éstos son generosos y saben prestar oportunos servicios.

No se había marchado, no; tampoco sentía el menor deseo de largarse. Dado el golpe, y persuadido de que acababa de expedirle a Virgilio el pasaporte en toda regla, la noche del crimen, no bien hizo el disparo, se tiró a tierra como un reptil y emprendió la fuga... Huía silenciosamente, a favor de la sombra y la soledad campestre. Tan seguro estaba de la consumación del asesinato, y de que no tuvo testigos, que él mismo se admiró de haber hecho tan bien las cosas. Evidentemente, fue un golpe acabado; un trabajo fino, limpio, del que no quedaba la menor huella, y que honraba su maestría.

¿Indicios? ¡Bah! Ya sabía él lo que son estos sombreros de la verdad, escurridizos como anguilas y frá-

giles como hojas tostadas por el estío. Conocía el Código como cualquier leguleyo, y se sabía de memoria las doctrinas sentadas por la pedantería judicial. Además, ahí estaba el doctor Jerjes para cualquier emergencia.

Júzguese cuál sería la sorpresa del peón cuando se enteró de que la víctima fue Hipólito Alvear y no el que esperaba. ¡Un golpe frustrado! ¡Un trabajo magistral perdido completamente!

En el fondo, a él no le importaba el sujeto; hasta pensó que no estaba mal así, porque por Alvear sentía odio. Pero ¿con qué le iba a salir ahora al doctor Jerjes, que lo mandó a hacer otra cosa, y que con seguridad le echaría en cara su torpeza?

Pronto se dio cuenta de los rumores que contra él circulaban; adivinó los gestos y las palabras acusadoras; husmeó el peligro. Mas ¿qué podían hacer contra él? Comprendiendo, no obstante, que el ambiente era hostil, porque así lo vio en la cara de todos y en su mudez agresiva cuando se presentó de nuevo entre los vecinos, se dijo que era indispensable marchar en busca de más propicia atmósfera.

Como hombre previsor, no quería dejar tras de él rastros delatores; nada, por pequeño que fuera, que pudiese comprometerlo. Desconfiaba de Jerjes, convencido sin duda de que todo es de aguardarse entre pillos. ¿No lo sacrificaría el doctor, llegado el caso?

A pesar de la seguridad que tenía de la impunidad, estaba receloso e inquieto; aquellas hablillas le causaban gran malestar. Un grano de arena puede convertirse en una montaña, la gota de agua en océano...

Fuese, pues, de mal grado, en busca de Jerjes; lo solicitó en su oficina y en su casa, y no pudo hallarlo. Al día siguiente, atisbándolo, lo detuvo en pleno camino, en las afueras del lugar. El abogado volvía a la población en su carro plateado, a eso de las tres de la tarde. Solitario estaba el paraje en ese momento, pues toda la gente se hallaba en la faena y era raro ver transeúntes expuestos a la resolana.

Apenas lo vio, Jerjes paró el vehículo, y exclamó con cierta animosidad:

—Es una imprudencia que hablemos donde nos pueden ver; ya sabes lo que se dice.

Benito se limitó a alzar los hombros.

—¿Necesitas dinero?

El abogado y el peón se contemplaron fijamente durante unos segundos.

—Necesito que hablemos, doctor Jerjes— dijo Benito.

—Vén otro día a mi oficina.

—Nó; ha de ser ahora precisamente.

—Aquí es imposible: puede pasar alguien. Ya te he dicho que no conviene que nos vean juntos.

Notando la inquietud de Jerjes Araque, el peón sonrió. Su sonrisa fue una mueca burlesca. Le chocó también el aire evasivo del abogado, por lo que observó con aviesa intención:

—¡Caramba, doctor Jerjes: no parece que hubiera sido usted el interesado en este negocio!

—¡Cállala! —ordenó Jerjes palideciendo—. ¿Estás loco?

—Es que me gusta poner los puntos sobre las íes, doctor.

—¿Y qué tienes qué decirme?

—Es asunto largo de hablar.

Tendió en torno Jerjes la vista, inquirendo por un sitio apropiado. Hallándolo al fin, fue a meter su automóvil bajo un sombrío, entre el monte, de tal suerte que nadie pudiera verlo desde el camino, y juntos se internaron por una trocha que los condujo a un descampadito.

Pero ahora fue Jerjes el que tomó la ofensiva.

—Te has portado como un animal, Benito —dijo muy irritado—; como un perfecto burro. Cuando tratamos la cuestión, ¿se habló acaso de don Hipólito?

—Fue una fatalidad; nadie podía prever lo que sucedería.

—¡Se necesita estar ciego!

—Si usted se hubiera hallado en mi lugar, doctor, no lo habría hecho mejor que yo, se lo aseguro.

—¡Qué cinismo! —replicó Jerjes con cólera—: cometer un error tan estúpido, echarlo a perder todo miserablemente, y luégo salirme con semejantes subterfugios. ¿Y ahora pretenderás que te pague?

—Trato es trato: yo cumplí mi parte.

A continuación agregó el peón:

—Pero a mí me interesa es otro asunto. La gente está hablando demasiado de mí, y si esto se complica...

—¿Qué ocurrirá? —preguntó Jerjes—.

—Pues que nos podemos ver muy comprometidos, doctor.

Al oír esto, el abogado sintió un involuntario sacudimiento nervioso. Disimuló su desasosiego. Advirtió en seguida que era peligroso mostrar debilidad o inferioridad de ánimo ante aquel hombre.

—Te verás muy comprometido, en efecto —aseveró tranquilamente—; los antecedentes te acusan; y nadie sabe si a última hora...

—A última hora hablaré yo —dijo Benito con tono de amenaza—; y ya que estamos aquí, hablemos en plata, doctor Jerjes: si usted piensa que con mis manos saca del fogón las castañas, se ha equivocado. Cuando otros van, yo vengo... Desde ahora le aviso que si me llega a ocurrir algo desagradable, no se quedará usted por fuera del baile. Yo también sé algo de leyes.

—¿De modo que cantarás?

—Cantaré, como que hay luz ahora.

Durante largo rato permanecieron callados. Benito añadió al fin, como si enunciara un supremo argumento:

—Además, si me llego a ver perdido, me queda contra usted una defensa que no falla.

—¿Cuál? —preguntó Jerjes con curiosidad.

—No olvide, doctor, —al decir esto los ojos del vagabundo brillaron siniestramente y su voz adquirió un tono sombrío—; no olvide que usted también anda por los caminos.

Jerjes se estremeció, a su pesar. Comprendió, porque conocía bien a Benito, la terrible significación de esta frase. Calculó su alcance mortal. Y de pronto rompió a reír con fingido humor.

—Sabes más leyes que yo, Benito, lo reconozco; sabes incluso las que no están escritas. Bueno, acabemos: me parece que, en interés de ambos, lo mejor es que te marches definitivamente de aquí. ¿No crees lo mismo?

—Eso pensaba cabalmente cuando salí a buscarlo. Pero quería también una seguridad: su promesa formal de que no menearán este negocio, de que no se irán detrás de mí, como perros, a molestarme.

—Puedes marchar tranquilo; se le echará tierra al asunto. Mañana mismo trataré con Chucho la cuestión.

Dos días después, provisto de bastante dinero que le dio Jerjes, Benito Guarumo hacía su equipaje para

un viaje largo, talvez sin retorno. Como buen vagabundo, que tiene el universo por patria y la tierra por camino, su equipaje era sobrio: lo que llevaba encima y sus malas artes. Experimentó cierta melancolía al dejar, quizás para siempre, ese paisaje familiar; esas llanadas y arboledas, testigos de tantas cosas; esa gleba pródiga, hasta para los vagos y holgazanes. El era de todas partes, pero ¿quién no siente apartarse de donde está, de donde vivió, aunque tenga un espíritu de voluble condición y de irremediable tendencia viajera?

Se alejó una noche, bajo la luna, porque es más cómodo y agradable viajar así, y no bajo el resistero. Desde una loma dijo adiós: fue una despedida muda, patética, que se concentró en la mirada; una despedida brusca, entre sentimental y burlona, como lo es la de aquellos que van a partir, y que, llegado el momento supremo, dicen adiós de prisa, sonriendo falsamente, para disimular la emoción.

XVI

En la hacienda de "Cañas", en el escritorio de su dueño. Hundido en ancho sillón acojinado, ya en plena convalecencia, Hipólito Alvear parecía meditar en algo que ocupaba su atención por completo. Una profunda estría, entre ceja y ceja, le partía la frente, delatando la tormenta interior. Pero de pronto se serenó; a su adusta expresión sucedió una sonrisa plácida, humana, llena de esa vis comprensiva con que los hombres que han vivido bastante acogen todos los hechos de la vida, por absurdos que sean.

Aguardaba a Cecilia; le había dicho que viniese, para que le sirviera de secretaria. Y Cecilia vino: entró radiante, jubilosa; henchida, como un panal nuevo, de la savia de su magnífica juventud; llena de la vitalidad contagiosa que despiertan la salud cabal y la alegría orgánica en los cuerpos lozanos. Acababa de salir del baño; aún persistía sobre su piel, y sobre sus cabellos transitoriamente pegados, la humedad de la reciente ablución. Sus maravillosos ojos tropicales brillaban con ese fulgor limpio y cambiante de lo que está bajo la luz. Sonreía gozosa.

Alvear la contempló por algunos segundos, con satisfacción paternal, con ternura recóndita; lo conmovía un poco el aire infantil de aquella muchacha, muy delicada, muy femenina, muy ingenua, a pesar de sus

graciosos humos de centaura y de la libertad de que disfrutaba. ¡Era interesante y curiosa en verdad esa jineta, amazona y medio vaquera, que, contra lo que pregonaban sus masculinos arreos de montar y su aire delicioso de chiquillo travieso, continuaba siendo tan mujer!

Bajo la espléndida mañana, coronada por un tembloroso halo de sol, envuelta en la tela frágil y blanca de un peinador espumante de encajes, Cecilia podía ser un símbolo vivo, una encarnación milagrosa del verdadero sentido de la primavera: gracia, fugacidad, pasajero encanto; y sin embargo, de todo su sér se desprendía, como la impalpable esencia de un cáliz, la sugestión de algo adorable, tenaz, esperanzador; la promesa de una juventud larga, fértil, arraigada a la tierra, capaz de renovarse siempre y de renacer por su propia virtud.

Algo había, sin duda, que le comunicaba esa fuerza, que le infundía ese vigor sorprendente, colmándola de confianza tan eficaz en sí misma y en su destino; y ese algo era el amor, el divino y humano amor que henchía el ánfora de su cuerpo, que rebasaba la copa de su corazón, a modo de un vino hirviente y rojizo que la embriagaba, ilusionando sus pupilas y enriqueciéndola en confusos deseos.

Después de besar a su padre, como de costumbre, averiguó curiosa:

—¿A quién vas a escribirle, papá?

—Ahora lo sabrás— respondió él con aire enigmático.

Añadió en seguida:

—Siéntate allí, ante esa mesa.

Y empezó a dictarle, con voz pausada, una carta para Timoteo Araque. A medida que iba escribiendo, fiel amanuense de lo que Alvear decía, una alegre sorpresa iluminaba cual interna luz su semblante fresco. Miraba a hurtadillas a su padre, y le sorprendía verlo y oírlo pronunciar todas aquellas frases sin alterarse, sin la menor emoción, con un tono tranquilo e indiferente, lo mismo que si estuviese dictando una carta de negocios. El severo rostro permanecía imperturbable.

¿Qué cambio fundamental —pensaba— podía haber ocurrido en los sentimientos y en las ideas de aquel hombre inflexible? ¿Qué motivos poderosos lo determinaban a cambiar de improviso de parecer, desatendiendo a viejas convicciones y revocando promesas que él consideraba sagradas como pactos de honor?

Pero Hipólito Alvear no exponía motivos: los términos de su carta eran de una cortesía seca y concluyente; una de esas cartas que no admiten réplica, pero ni siquiera dan lugar a contestación.

Sin decir palabra, Cecilia le presentó el papel para que lo firmara. Luégo quedó un momento en expectativa.

—Mándala —ordenó Alvear—.

Ella salió, y regresó a poco.

—Vén, colócate aquí, a mi lado.

Añadió en seguida, con una sonrisa pícaro:

—¿Verdad que no esperabas esto? Yo tampoco, hija. El hombre vive siempre expuesto a cosas inaguardadas. No trates de conocer las causas de mi conducta. He recapacitado, he pensado mejor, ¡qué sé yo!

Tras de una pausa:

—Por mí no lo siento, hija; y por lo que toca contigo... Supongo que ahora estarás contenta.

Viéndola silenciosa, la miró fijamente. Comprendió que ella deseaba algo más, que quería oír de sus labios palabras de mayor halago.

—Un día me hablaste, Cecilia, de que el señor Rueda quería visitarnos... ¿Tal es también tu voluntad? Sea. Puedes decirle de mi parte que las puertas de esta morada quedan abiertas para él.

—¡Papá! ¡Papaíto!

Nada más pudo responder en su dichoso júbilo, la encantada Cecilia. Casi llorando de alegría, rodeó el cuello de Alvear con sus brazos fragantes, y lo besó repetidas veces agradecida.

¡Cuán largo fue ese medio día! ¡Qué lentas corrieron las horas, para sus ardorosos anhelos, para sus ansias contenidas de mensajera del amor! En la ventana de su deseo, como una castellana ideal que hilase en lenta rueca el copo de su propia impaciencia, esperó a que llegase la tarde, para volar al encuentro del ama-

do. ¡Albricias! ¡Albricias! le gritaba ya su corazón, estremecido por la dulce inquietud de la felicidad próxima; y su alma cantaba, como un ruiseñor en la luminosa mañana, el anuncio de su ventura.

No recordaba Cecilia haber presenciado, a todo lo largo de su vida, de sus dieciocho años magníficos, un atardecer como ese. Tenía las pupilas llenas de la visión reiterada de los crepúsculos de estío, rojos, maravillosos, ebrios de los perfumes de la tierra que empieza a desnudarse ante la inminencia de la noche, henchidos de la luz palpitante que arroja sobre los campos el occiduo sol; toda la vespertina paleta se había volcado en ellos, viva y cromática; toda la emoción posible la absorbió su alma, extasiada por el paisaje, acariciada por los rumores múltiples, desvanecida por los indefinibles olores de mil pebeteros ocultos; pero jamás, que lo recordase al menos, sintió como ahora, en ese divino momento del amor que presagiaba su plenitud, la honda, la verdadera alegría de vivir y de haber vivido.

Y sin embargo, la tarde era como todas, como cualquiera... Una bella tarde del trópico, trocada por el sol veraniego en purpúrea hoguera de sueños, en pira fugaz de fantasías. Mas ella la veía al través de sus ojos, por entre el prisma adulador y lisonjero de su ilusión. Y su ilusión la embellecía, añadiéndole nueva hermosura, nuevos aspectos seductores, a su natural encanto efímero. ¿Qué paisaje, por desolado que sea, no parecerá delicioso y alegre cuando se ama y

se tiene el espíritu grávido de esperanza? ¿Cuál no será triste y lúgubre, aunque en él la naturaleza sonría, cuando el corazón es un desierto afectivo o un nido de desengaños?

Cecilia, como suele ocurrirle a todo ser humano que tiene la conciencia de sí, llevaba el paisaje dentro, y su paisaje se reflejaba sobre el exterior, infundiéndole a éste su personal emoción, su propio espíritu. Experimentaba una recóndita ternura; sentía que su amor, desbordante y pródigo, se iba difundiendo también, con virtud de rocío, con poder de semilla ideal, sobre todas las cosas próximas: la tierra tibia que convida al descanso y al sueño, el aire diáfano, los árboles en cuyo follaje se columpian las brisas, el agua locuaz, los pájaros, la hierba y las florecillas de los prados. Todo lo amaba, todo lo comprendía, todo hubiese querido estrecharlo contra su pecho con generoso desprendimiento maternal.

Volvió a la hacienda sola, contenta, parlanchina; pero al siguiente día, al anochecer, Juan de Dios y algunos peones que estaban por allí cerca de la portada, se asombraron de verla llegar en compañía de otro jinete. El mayordomo reconoció al punto a Virgilio, y persuadido por lo que veía, de que las cosas empezaban a tomar un viso agradable, sonrió y fue a saludarlo. Luégo, con su ademán peculiar y para expresar entendimiento, encendió un cigarro guiñando el ojo con malicia y torciendo la boca, a tiempo que su mirada

se cruzaba disimuladamente con la de la patroncita. Rueda comió esa noche con los Alveares.

Un mes después, en la amplia casona de "Cañas", una fiesta feérica, de esas que hacen época en los pueblos tranquilos, congregaba a muchos amigos de los dueños. De la ciudad vinieron también amigos de Virgilio, que se sorprendían del suceso. ¡Rueda, el poeta modernista, el hombre que siempre vivió en busca del arte y de la mujer imposibles, casado, y casado con una campesina! Lo pensaban, pero se lo callaban.

Otros, en cambio, se hubieran admirado más bien viendo a Virgilio contraer matrimonio con una mujer de la ciudad: su Secretario, por ejemplo; el fiel y romántico Pedro Fernández, que lo conocía tan a fondo, y que sabía de memoria lo que se ocultaba tras la apariencia escéptica del poeta. El regocijo de este personaje fue tal que pronunció varios brindis en verso, todos húmedos, es decir estimulados por el licor que corría por su garganta como por un cauce natural; recitó, además, con voz patética y ligeramente epitalámica, media docena de poemas, de los de los primeros tiempos de Rueda. Por último, y en el paroxismo de su loco entusiasmo, tuvo la genial ocurrencia de salir al patio, entre la peonada jubilosa, a bailar un bambuco con Petronila.

El ama de llaves se resistía formalmente a danzar, alegando su edad y su ignorancia de los nuevos bailes; pero al fin, estimulada por todos y contagiada por la alegría general, accedió a acompañar a Pedro, a la vie-

ja usanza, lo que hizo entre los aplausos de los espectadores. Era digno de verse el arranque de esta corpulenta mujer, un poco heroica, y siempre solemne en toda circunstancia, haciendo pasos y figuras con singular donaire y agilidad, lo mismo que una quinceañera.

—¡Ah, don Pedro, —exclamó medio sofocada cuando concluyeron—: ponerme en estas vueitas a mis años!

A lo que replicó Fernández muy serio:

—El corazón no envejece, y la vida es un continuo bambuco, Petronila; triste o alegre, según el aire. Ahora tocan alegre. ¿Quiere que bailemos el otro?

Pero la mujer esquivó sus brazos, y corrió a perderse por el interior de la casa.

¿Qué hacía Jerjes entre tanto? El despecho, más que la pena por su definitivo fracaso amoroso, lo llevó a buscar lenitivos en la velocidad y el alcohol. Primero corrió como un poseso, atropellando con su automóvil plateado la retorcida película de la carretera. Luego se dio a beber durante ocho días consecutivos, al cabo de los cuales y todavía con la cabeza llena de humos de licor, se fue a buscar en la chagra de Serafina, donde se hallaba ésta metida, un artificial y transitorio consuelo. Habían reñido, pero no tardaron en reconciliarse.

—No te desesperes, tinterillo —díjole la moza, entre tierna e irónica, como para darle ánimo y aprove-

chando con cierta saña la superioridad que le daban las circunstancias—: ¿acaso se acabaron las mujeres? Cualquier día elegirás entre las muchas que hay en el pueblo. Sí, hijo; y mientras tanto, aquí estoy yo, aquí está esta pobre Serafina que te quiere de veras, y que...

—Cállate —la interrumpió él, dándole un manotón al aire cual si espantara una mosca importuna—; cállate, necia. Yo no me casaré jamás, moriré soltero.

EPILOGO

Hundidos en los muelles cojines del asiento del carro, muy pegados el uno al otro como si necesitaran sentir perenne contacto de sus cuerpos, Cecilia y Virgilio regresaban de la ciudad. Volvían del viaje de bodas, de la acostumbrada jira idílica de los recién casados, después de recorrer como en un largo sueño tierras extrañas y llenas de encantamiento. ¿Quién hubiese reconocido ahora a la amazona de "Cañas" en aquella mujer elegante y fina, de aparente fragilidad y muy a la moda, que había estado en París y en Londres, que traía las pupilas llenas de la visión de cosas maravillosas, y que adquirió incluso, porque las mujeres poseen sorprendente capacidad de asimilación y de adaptación rápida, ese aire singular, un tanto artificioso y epidérmico, que les imprime tan gracioso sello cosmopolita?

Pocos meses bastaron para transformarla: su perfil se había estilizado, embelleciéndola; era más honda y serena su mirada; las formas de su cuerpo gallardo habían crecido en plenitud. Cierta ponderación de sus ademanes y cierto déjode su voz completaban el cambio.

Por el momento, al correr de la máquina, aquello, el paisaje familiar que volvía a pasar ante su retina, como la evocación de algo antiguo, se le hacía un poco ex-

traño, un poco melancólico. Este sentimiento imprevisto la desconcertaba, anegando su ánimo en sutil y confusa angustia. La placa sensible de su memoria guardaba aún, impresas con asombrosa nitidez, las impresionantes imágenes del vasto mundo que venía de mirar. ¡Y ella que pensaba que el mundo era aquel rinconcito amado de su país!

Pero la sensación de extrañeza fue tan fugaz como su marcha, tan pasajera como la estabilidad del paisaje visto desde el asiento del automóvil. De repente, al divisar la casa de la hacienda y sus arboledas, una emoción brusca le arrancó un grito espontáneo.

—¡Cañas!— exclamó sin poder contenerse.

Y rió con el entusiasmo de una niña ingenua y gozoza, ante un espectáculo de magia.

No tardaron en encontrarse con Hipólito Alvear y su mayordomo, ambos a caballo, que iban a darles la bienvenida al camino.

—¡Hijos míos!

—¡Señorita Chila! ¡Don Virgilio!

Ellos respondieron muy conmovidos:

—¡Papá!

—¡Juan de Dios!

Por la noche, después de la comida, se reunieron los tres en el salón, en íntima velada que se prolongó hasta muy tarde. Rueda y Cecilia tenían el propósito

de permanecer allí tres días únicamente, transcurridos los cuales regresarían a la ciudad, donde iban a fijar su residencia.

—Ah, ¿de modo que me dejáis?— dijo Alvear con tono de vago reproche.

A lo que respondió Cecilia:

—Virgilio tiene en la ciudad sus negocios, papáito; debe estar en ella para atenderlos. Vendremos a verte con frecuencia. Pasaremos aquí, a tu lado, largas temporadas.

A su pesar, se quedaron todos un poco meditabundos.

El día de la partida, Cecilia se levantó muy temprano; recorrió la casa y sus dependencias; fue hasta el río a darse la cotidiana ablución. Después montó a caballo, y, acompañada de Virgilio, galopó largo tiempo por los campos. Viéndola, parecía que cabalgaba por última vez; tal era su entusiasmo y tal su infatigable disposición. En una parada, advirtió entre triste y risueña:

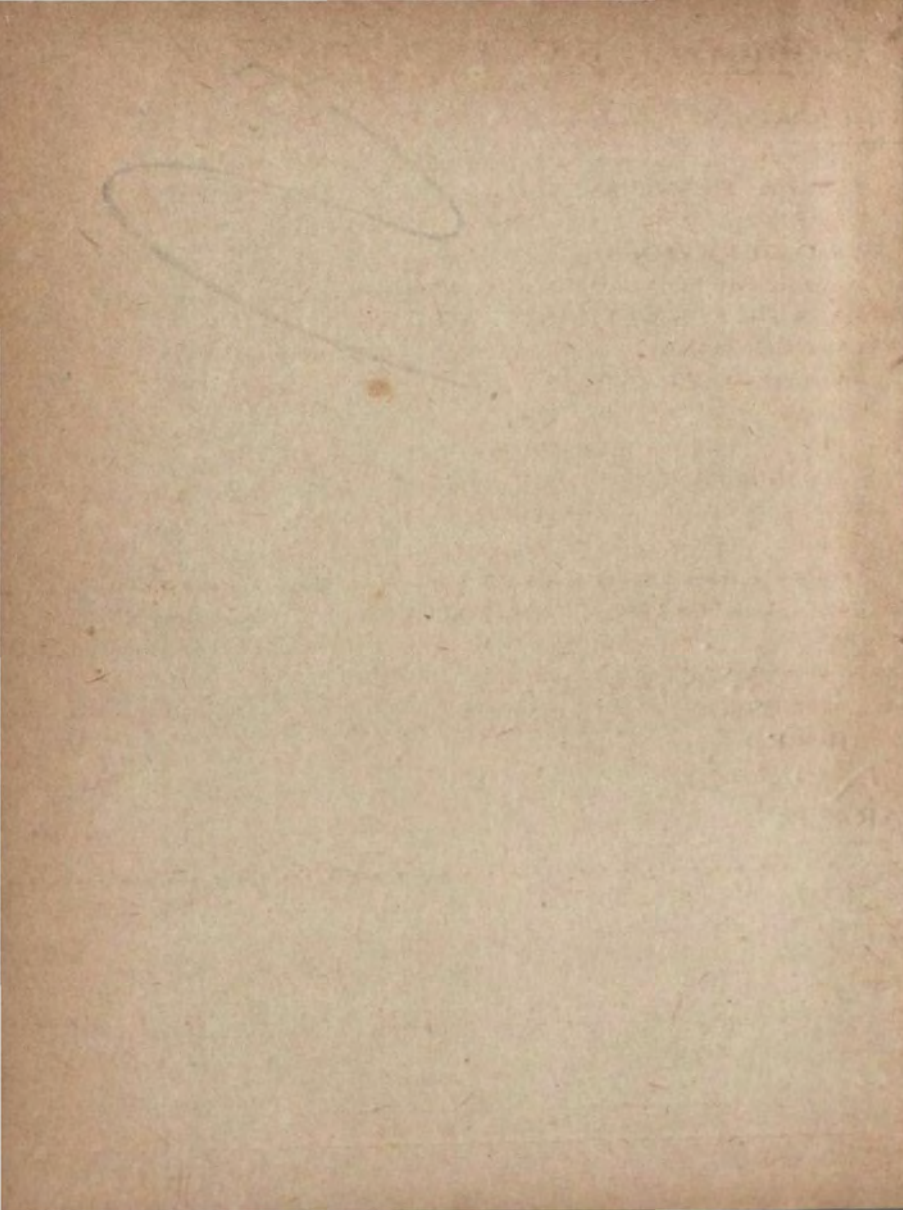
—Como ahora voy a ser una señora, ya no correré más como una loca por los prados.

Volvieron a casa, para disponer la salida. Ya todo listo, y aprovechando un momento de confusión, Cecilia se encaminó a la cuadra, sin percatarse de que Virgilio la seguía. Se acercó a su caballo; lo acarició largo rato, besándolo con mimoso afecto; le dijo pala-

bras tiernas, de cariño y de gratitud; se le humedecieron los ojos. . . . Luégo se quedó pensativa durante algunos minutos, contemplando talvez con la imaginación, en el no remoto pasado, una muchachita ágil y diestra que galopaba alegremente bajo el crepúsculo. . . . Lloró, lloró dulcemente, con el corazón conmovido de nostalgia futura y de amor cumplido.

Al serenarse, vio con suave rubor que Virgilio la miraba sonriendo desde la puerta.

FIN.



ESTA OBRA SE ACABO DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL
SANTA FE, DE BOGOTA - COLOMBIA,
EL DIA QUINCE DE ENERO DE MIL
NOVECIENTOS CINCUENTA Y OCHO.





Secretaría de Cultura y Turismo

RBPC - Cali



107679

EDITORIAL SANTAFE — BOGOTÁ.

